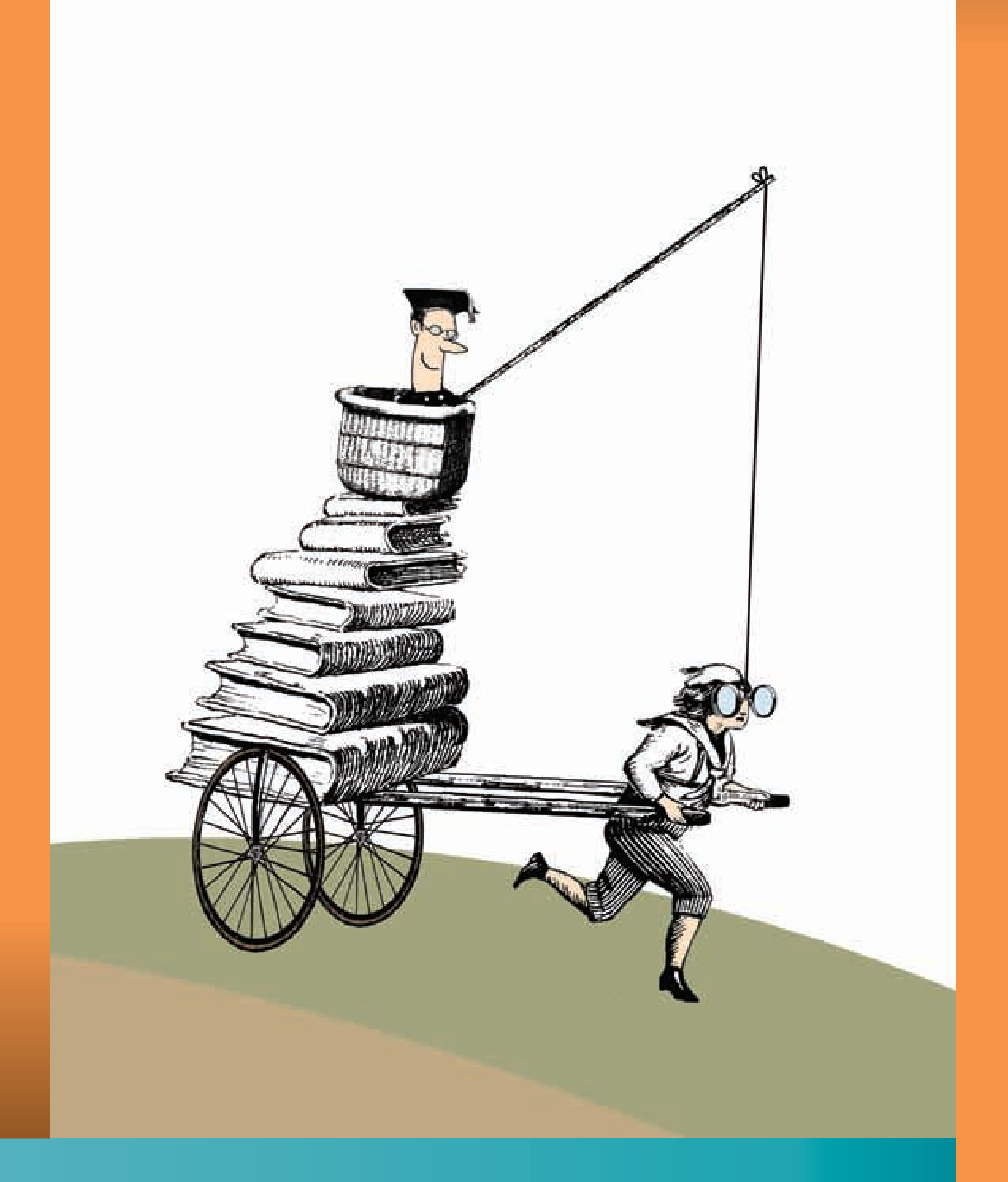
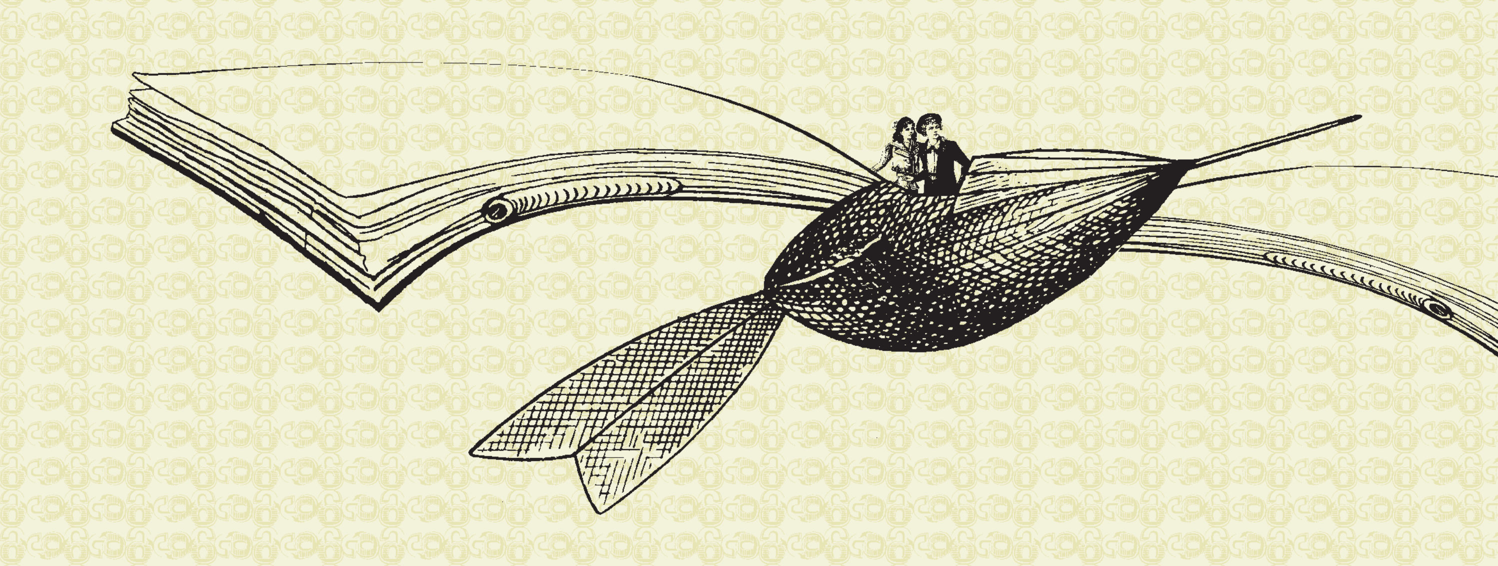
Español lecturas

Sexto grado




INEGI
2010
8670,000,001,000 X
12,456,000,000,000
=
Zazil, esta ofrenda es para ti. Espero como tú, aprender a apreciar las pequeñas cosas de la vida.
47497
VALOR
25





LIBRO DE LECTURAS

Sexto grado

Esta edición del *Libro de lecturas. Sexto grado* fue desarrollada por la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) de la Subsecretaría de Educación Básica, Secretaría de Educación Pública.

Coordinación técnico-pedagógica
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos, DGME/SEP
María Cristina Martínez Mercado

Autores
Antonio Domínguez Hidalgo, Aurora Consuelo Hernández Hernández (versión de "Las hadas"), Bárbara Atilano Luna, Beatriz Espejo, Carlos Alberto Reyes Tosqui, Carlos Chimal, Carmina Narro, Edna Marisol Torres Olvera, Elsa Cross, Enrique Lepe García, Enrique Serna, Estela Maldonado Chávez, Francisco Hernández, Francisco Hinojosa, Javier Malpica, José Agustín Escamilla Viveros, José Gordon, Karolina Grissel Lara Ramírez, Laura Martínez Belli, Luis Guillermo Silva Rojas, Luis Mario Moncada, M. B. Brozon, Manuel Acuña, Marlene Guerin, Miguel Ángel Pérez Rojas, Norma Guadalupe Ramírez Sanabria, Pedro Ángel Palou García, Sandra Lorenzano, Sergio M. Tenorio Sil, Vivian Mansour Manzur, Ximena Sifuentes Mar

Coordinación editorial
Dirección Editorial, DGME/SEP
Alejandro Portilla de Buen

Cuidado editorial
Modesta García Roa

Coordinación iconográfica
Fabiola Buenrostro Nava

Producción editorial
Martín Aguilar Gallegos

Servicios editoriales (2011)
Galera Diseño

Dirección de arte
José Luis Lugo

Diseño y diagramación
Bredna Lago, José Luis Lugo

Formación
Santiago Fernández, Paloma Ibarra

Edición gráfica e ilustración
Andrea Aguilar Álvarez, José Alberto Alonso Rodríguez, Gustavo Amézaga Heiras, Julia Díaz, Bredna Lago, Carla Fernández, Santiago Fernández, Paloma Ibarra, Artemio Rodríguez

Primera edición, 2012

ISBN: 978-607-469-730-8

Impreso en México

Presentación

La Subsecretaría de Educación Básica, a través de la Dirección General de Materiales Educativos, ha preparado este *Libro de lecturas* como material de apoyo para la formación de nuevos lectores y el fomento a la lectura. En este contexto, la selección de textos que integran la presente publicación responde a tres propósitos: leer para tomar decisiones, leer para disfrutar la experiencia literaria y leer para aprender.

Con el objetivo de acercar a los niños y niñas a la literatura contemporánea, aquella que se está produciendo día a día en México, hemos reunido en los libros lecturas de cuarto, quinto y sexto grados de primaria a escritores cuya trayectoria ya es parte del patrimonio cultural de México. Consideramos que su aportación, realizada ex profeso para estos libros, promueve y estimula la formación de nuevos lectores.

Asimismo, el apoyo de las familias es esencial para el desarrollo del hábito de la lectura en los niños y jóvenes, por ello las convocamos a participar con nosotros en el propósito de hacer de la práctica lectora una actividad placentera. Cabe recordar a los padres la importancia de que sus hijos sean capaces de leer correctamente desde pequeños, ya que la eficacia en la comprensión lectora está directamente relacionada con el éxito en la escuela y en el futuro profesional.

Por las razones antes mencionadas, mejorar los niveles de lectura en nuestro país debe ser una labor y un compromiso compartidos. Para alcanzar este objetivo, el libro que hoy tienen en sus manos ha sido concebido como un instrumento para impulsar la práctica de la lectura en la familia y cerrar la brecha entre el libro y el alumno.

Este *Libro de lecturas* contribuirá a que, por una parte, los alumnos lean por placer, amplíen sus conocimientos generales y fortalezcan los valores para la convivencia familiar; por la otra, a estimular la participación de los padres de familia la tarea de fomentar la competencia lectora y el progreso educativo de sus hijos.

Secretaría de Educación Pública

A los alumnos y maestros:

A lo largo de nuestra vida, la lectura es una habilidad indispensable para el aprendizaje. Con los libros saciamos nuestra curiosidad sobre los temas que nos interesan y se nos abren las puertas a mundos llenos de imaginación y aventura.

Este libro ofrece una serie de textos que han sido seleccionados para despertar el gusto por la lectura. Conviene adelantar que la lectura, como muchas otras actividades, requiere entrenamiento y práctica, así, lo que en un principio parece complicado y de poco interés, con la práctica será diferente: se convertirán en lectores expertos, se divertirán y podrán compartir su experiencia con los demás.

La lectura es una empresa importante en la que alumnos, familia y maestros debemos trabajar. La adquisición de la fluidez lectora permitirá, por medio de la práctica y la retroalimentación constantes, desarrollar la habilidad de leer un texto de manera rápida, precisa y con la dicción adecuada, para mejorar el rendimiento académico y conseguir el éxito escolar.

Por lo anterior, es recomendable abrir un espacio de intercambio de experiencias sobre la práctica de la lectura en la escuela y en el hogar, que funcione de manera periódica (mensual, quincenal o semanal), en el que se comenten las lecturas, las dificultades que se enfrentaron y las sugerencias, generales y particulares acerca de los temas planteados en la sección “Para comentar la lectura”.



¡Ánimo y disfruten su *Libro de lecturas*!



A la familia:

Leer en familia les dará la oportunidad de practicar diversas formas de leer, propiciará un espacio de convivencia que fortalecerá significativamente el aprendizaje escolar de los alumnos. Compartir la lectura con quienes nos rodean cumple varios propósitos: buscar información, dar solución a situaciones problemáticas y conocer escenarios, ambientes y entornos, que les permitan analizar, comparar y tomar decisiones.

A continuación presentamos algunas sugerencias que pueden apoyar la práctica de la lectura en casa:

- Acordar en familia el momento del día que dedicarán a la lectura.
- Elegir un lugar tranquilo, agradable y con buena iluminación.
- Seleccionar juntos la lectura.
- En el caso de los más pequeños conviene que la lectura se realice siguiendo el texto con el dedo. Esto les ayudará a relacionar la oralidad con la escritura de las palabras, es decir, reconocer que "lo que está escrito, se puede leer".
- Comentar acerca del título a fin de anticipar el contenido del texto y platicar de lo que se sabe del tema.
- Comentar sobre las imágenes de manera que los niños puedan recrear lo que están leyendo.
- Que los niños identifiquen y nombren personajes y lugares de la historia.
- Permitirles que interrumpan la lectura y preguntarles lo que creen que sucederá a continuación.
- Propiciar que sus hijos hagan comentarios sobre la historia, que cambien algún pasaje a fin de promover la comprensión del texto y favorecer su creatividad.
- Alternar el lugar de lector, pues un buen lector se hace con la práctica.
- Al concluir la lectura, conversar acerca de lo que leyeron. En este momento es recomendable revisar con los niños o jóvenes las palabras que hayan omitido o leído de manera incorrecta.
- Recurrir a la sección "Para comentar la lectura", pues en ella se ofrece una serie de temas y preguntas relacionadas con cada texto. Es un complemento a las sugerencias, ideas y actividades que cada acompañante de lectura proponga.

Recuerden que el maestro siempre está dispuesto a apoyarlos.

¡Disfruten en familia la experiencia de la lectura!


WITH LEE IN VIRGINIA
WITH LEE IN VIRGINIA

Índice



El Batallón de San Patricio

Carlos Alberto Reyes Tosqui

Uno de los episodios más interesantes de la guerra entre México y Estados Unidos es la historia del Batallón de San Patricio: un grupo de irlandeses que habían llegado recientemente a América huyendo de la hambruna que se vivía en su país durante esos años y quienes, ante la falta de trabajo en los Estados Unidos, habían decidido participar en la guerra contra México porque como soldados recibirían un sueldo de siete dólares al mes.

Durante el mes de abril de 1846, en las cercanías del poblado mexicano de Matamoros, en el actual estado de Tamaulipas, 48 de estos hombres decidieron desertar de las filas norteamericanas y unirse al ejército mexicano. Las causas de su decisión fueron varias. Una de ellas fue porque en los campamentos norteamericanos eran vejados y golpeados por sus propios compañeros de armas; quiénes, además, les encomendaban las tareas más pesadas y se burlaban de ellos por tener una religión diferente (Irlanda, al igual México, era un país de



religión católica, mientras que en Estados Unidos, la religión más practicada era la protestante).

Otra causa de su decisión fue que se habían enterado que el gobierno mexicano, sabedor de que la gran mayoría de voluntarios del ejército norteamericano eran inmigrantes europeos recién llegados, había prometido a quienes desertaran entregarles tierras al final de la guerra y obtener un grado mayor dentro del ejército mexicano, lo que implicaba un salario de 57 dólares mensuales. Aunque algunos de ellos reconocían que la guerra contra México era injusta y que los norteamericanos sólo querían apoderarse del territorio mexicano a cualquier precio.

Fue así como nació el Batallón de San Patricio, había adoptado ese nombre en honor al santo patrono de Irlanda. Su bandera era color esmeralda, con un trébol y un arpa irlandesa al centro, que los distinguía y les daba un símbolo



de identidad. Para julio de 1847, cuando los norteamericanos se dirigían a atacar la Ciudad de México, el número de *los san patricios* rebasaba los 200 integrantes. Participaron en diferentes batallas en contra de los invasores norteamericanos, en las cuales se distinguieron por su valor y disciplina; hasta que, el día 20 de agosto de 1847, se realizó la batalla de Churubusco, que fue devastadora para *los san patricios*: muchos lograron escapar y ocultarse durante algún tiempo, otros murieron o resultaron heridos y 85 fueron hechos prisioneros. Todos fueron llevados a juicio militar por ser considerados desertores del ejército norteamericano, aunque las penas que recibieron fueron diferentes para cada uno de ellos. Algunos fueron condenados a recibir 50 latigazos en sus espaldas desnudas. Otros fueron marcados en la cara con una D con un hierro candente porque los norteamericanos los consideraban desertores. Finalmente, 50 *san patricios* fueron ahorcados de forma cruel y dramática en el pueblo de San Ángel, hoy en la Ciudad de México. El día 13 de septiembre de 1847, antes de morir, a algunos de ellos se les obligó a observar cuando la bandera norteamericana fuera izada en el Castillo de Chapultepec, como símbolo de la victoria de los norteamericanos en esa guerra que ellos consideraban injusta.

Si alguna vez visitas San Ángel podrás encontrar, en el mismo lugar en el que fueron ahorcados los *san patricios*, una placa con la siguiente inscripción:

"En memoria de los soldados irlandeses del heroico Batallón de San Patricio, mártires que dieron sus vidas por la causa de México durante la injusta invasión americana de 1847".







Los sapos son pájaros que cantan

Beatriz Espejo

Para Antonio Espejo Aguirre,
que supo amar y ser amado

Un poderoso señor tuvo un solo hijo porque la diosa de la fertilidad lo distinguió únicamente en la calidad de su fruto. Los supremos sacerdotes dijeron que era casi perfecto y le profetizaron buena fortuna. Lo llamaron Xcambó, o sea cocodrilo celeste, para que al reinar tomara decisiones moviéndose con la cautela de cuatro patas pegadas al suelo; sin embargo, auguraron también un temperamento demasiado amoroso en desacuerdo con ese nombre de conchas verdes que brillaban bajo el agua. Entre huesos de animales sacrificados y restos de yerbas quemadas levantando humo hacia los aires, aquellos sabios controladores del futuro vieron una irremediable tendencia a la pasión. El príncipe flaquearía si alguna vez el amor le extendiera los brazos en señal de bienvenida. Pusieron cara de profundo enojo, arrugaron más las arrugas de su frente, intercambiaron opiniones y tras discutirlo aconsejaron tomar medidas protectoras.

El rey oyó atento, estoico y enigmático, cualidades con las cuales gobernaba. Miró hacia lo alto y acariciando su collar de jades y turquesas no se entretuvo en tomar decisiones. Apenas el niño dejara el pecho de su madre, iría a un retiro custodiado por hombres donde se prohibiría que le hablaran de esos sentimientos dulces y locos que los seres humanos tienen al enamorarse.

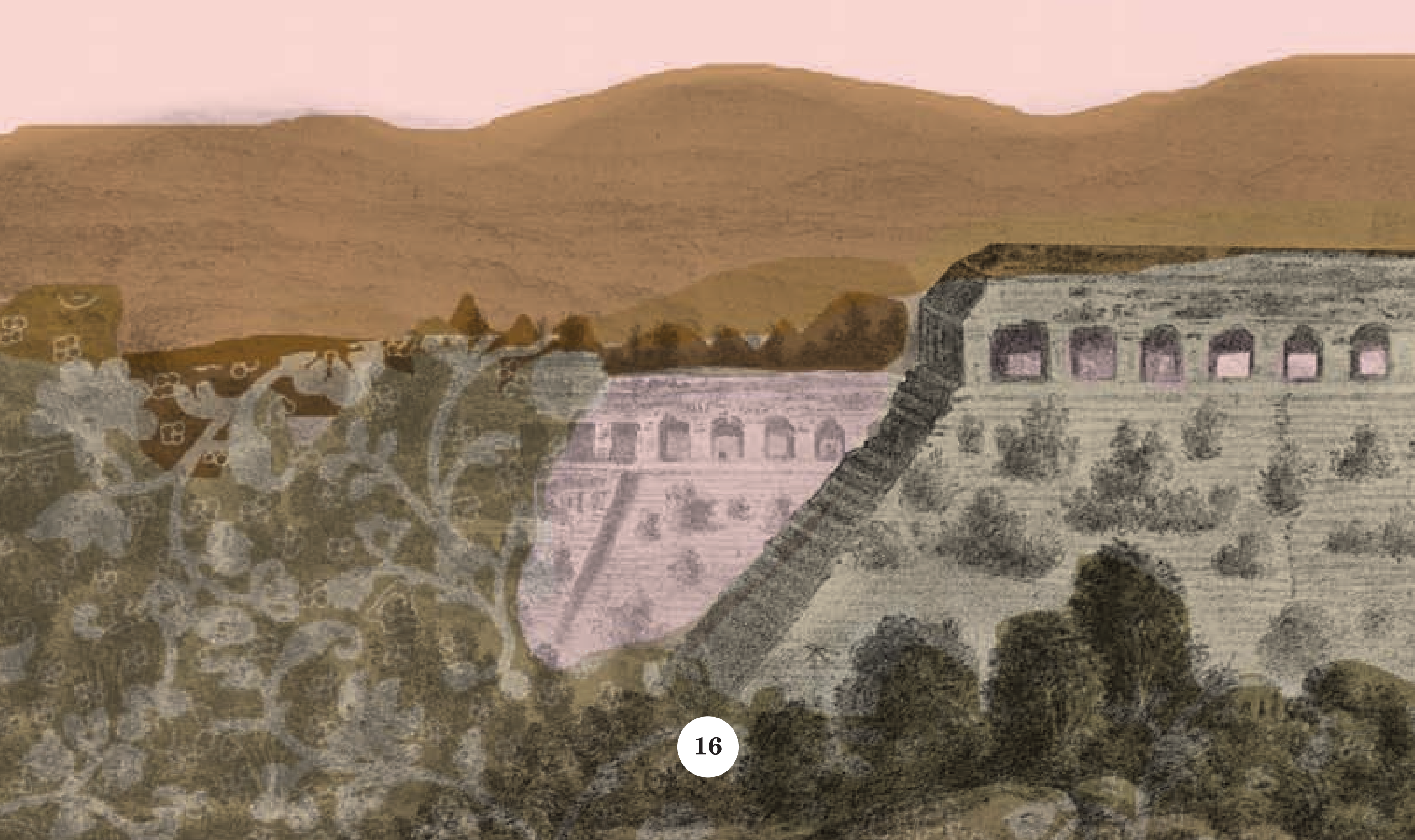
Construyó un palacio alejado de la ciudad y un laberinto lleno de trampas, esquinas y pasadizos ciegos para que Xcambó supiera que la inteligencia rinde frutos apoyada por el empeño de vencer los obstáculos que enfrentamos diariamente. Allí, fue educado bajo la tutela de un maestro. Juntos observaban el movimiento de los astros; la enorme rueda de las estaciones marcando solsticios de verano e invierno cuando el sol se halla en uno de sus dos trópicos; equinoccios de primavera en que los días son iguales a las noches en todas partes; las épocas de florecimiento y cosecha.

El maestro cumplía órdenes. Se encargaba de que el príncipe ignorara caricias y besos y, como era bondadoso, lo alejaba también de la crueldad y las ofensas. Xcambó creció desinteresado en apariencia de conquistas militares y humanas. Dispuesto a contemplar las constelaciones, la luz parpadeante de las luciérnagas; a divertirse con el vestido verde de los loros orgullosos de su perfil curvo y sus párpados arrugados; a escuchar la música de los insectos, el suave tranco de los felinos, el zigzagueante desliz de los reptiles, el chillido de los grillos. Hasta que fue un adolescente. Entonces sus ojos parecían quejarse de la suerte, no porque sintieran nostalgia de su niñez solitaria sino porque

añoraban el porvenir. Las matemáticas que su maestro se esforzaba en enseñarle le servían para contar las horas de su encierro resbalándose hacia el momento de su liberación, en que de acuerdo con su rango participaría de las imposiciones y delicias cortesanas, portaría los trajes apropiados para integrarse como otros jóvenes a los juegos de pelota y aprendería las tácticas necesarias para ser gobernante.

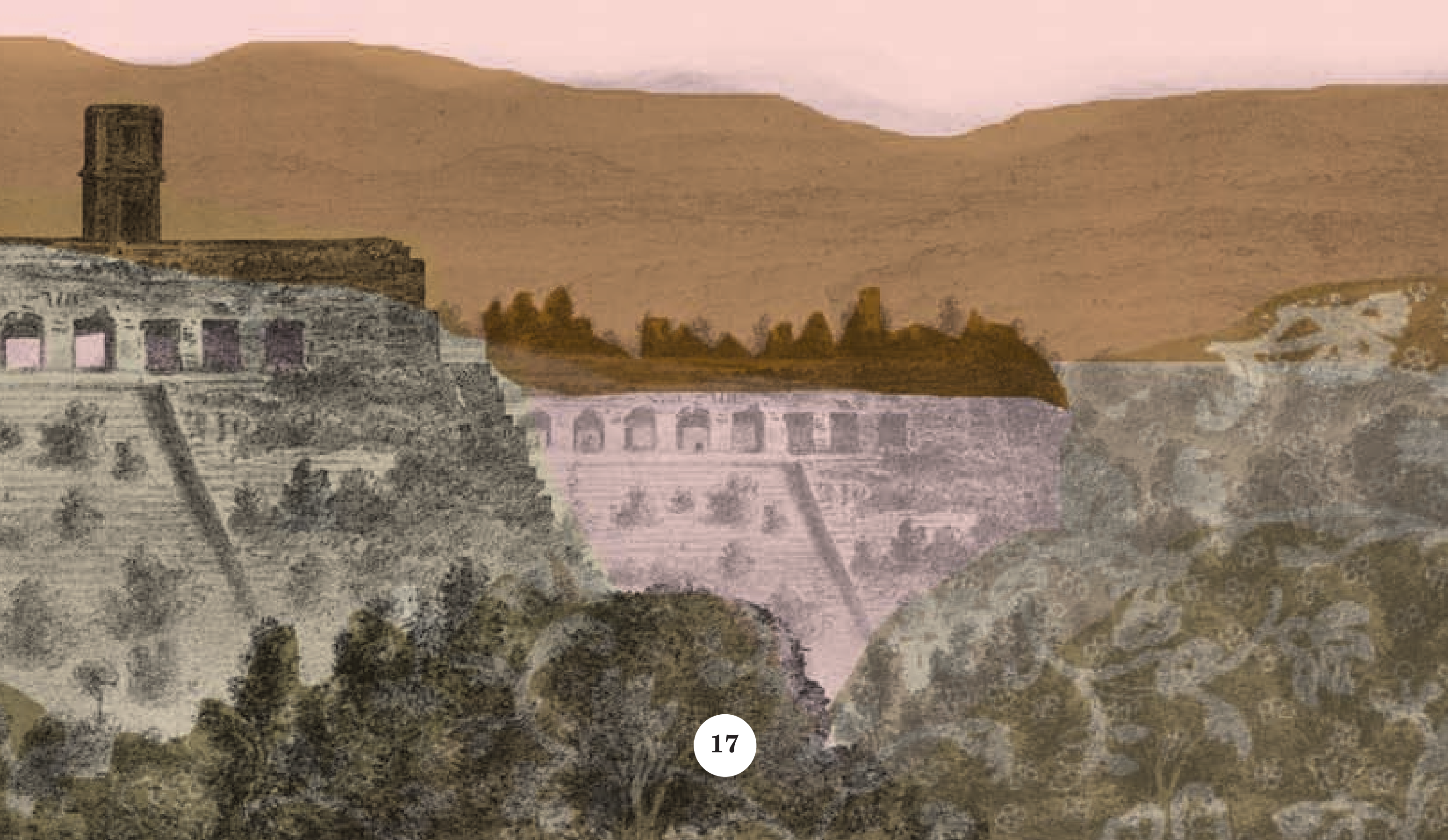
Aunque su horizonte se recortaba en matorrales y arbustos, su prisión le dejaba ver el Castillo de Kukulcán parado sobre sus pies de piedra entre los demás edificios, cambiando de color bajo la luna como un macho en medio del escenario dispuesto a que admiraran su hermosura. Desde otro ángulo, Xcambó identificaba la cabeza redonda del observatorio astronómico, donde le hubiera gustado mejorar sus estudios, y muchas casas llenas de personas entretenidas en tareas cotidianas; pero mientras más pasaban los años más se aburría vagando por su laberinto. Quería que los mercaderes le revelaran aventuras en países remotos. Algo le decía que atrás de la selva lo esperaba la sorpresa. Y por esos impulsos suyos apenas reprimidos, que los adivinos juzgaban tan malos, se aseguraba que en algún sendero iba a sucederle un encuentro maravilloso; sin embargo esa felicidad estaba tan lejana que su corazón palpitaba despacio, el desgano se apoderaba de su cuerpo y las ojeras empezaron a extenderse por sus mejillas.

El maestro, que como todos los sabios sabía bien poco, no aliviaba su tristeza. Le hacía promesas que no podía cumplir y escapaban por las puertas



o le enseñaba poemas con palabras leves y profundas que se aposentaban en el alma del muchacho. Repetía que el secreto es permanecer activo, plantar maíz, chiles y frijoles, cultivar henequén, labrar surcos para darse a conocer; pero eso eran normas adecuadas a los habitantes de las casas con techos de palma. La suerte del príncipe sería principesca y consistiría en conducir un pueblo. El maestro le enseñaba entonces las estrategias que la historia testimoniaba en códices pintados por los antiguos, leyes que los legales practican, la bondad de quienes dejan recuerdos felices, los secretos de las plantas al desenvolver su corola sin que nadie lo note y de los sapos, pájaros que cantan cubiertos de verrugas, llamando a las hembras con su sonsonete espaciado y terco.

Xcambó, a pesar de la paciencia que practicaba por disciplina, se ahogaba de impaciencia. A su tristeza sucedía la desesperación. Su alegría se volvía mal humor como si lo angustiaran dolores creciéndole por dentro. Del decaimiento entraba a las ansias de correr a zancadas para tropezarse con su destino. El maestro aceptaba que sus lecciones no guiaban lo suficiente a un discípulo tan inquieto. Le regaló un perico cresta amarilla que contaba leyendas e historias. Les añadía ese algo inefable que la literatura rescata para que el mundo sea más bello y la gente sienta como si se bañara en un cenote de agua clara. Al príncipe le gustaron y le sirvieron para meditar. Y entre el perico y el maestro lo adiestraron además en el lenguaje de las aves, que habían aprendido de sus propios maestros, y que entendería cualquier niño, cualquier campesino entregado al cultivo de mameyes o zapotes, cualquiera abuela dispuesta a permanecer escuchando el susurro de las cosas.





Después de unos meses, el príncipe comprendió la conversación de las lechuzas, unas señoras muertas de sueño y cargadas de vanidad que dominaban los enigmas del más allá hablando de ciencias ocultas hasta para los curanderos y se metían en problemas de alta metafísica. Se comunicó con el murciélago que tal vez por sus largos encierros en las grutas no mostraba simpatía hacia los extraños ni se interesaba en nada fuera de sus recorridos oscuros. Disfrutó los trajines del chupamirto moviendo sus alas con rapidez y brillos metálicos por el jardín del trópico, admiró sus cabriolas y giros airosos. Interpretó a la golondrina que se acomodaba en las paredes, se mudaba pronto y jamás establecía amistades duraderas. Descifró a los cuervos parados sobre las enramadas con su cola y su nariz afilados como cuchillos de obsidiana. Y escoltó con la mirada el rumbo de los tucanes, llamados pam, formando bandas de doce que dejaban al volar manchas amarillas, naranjas y rojas y sueños enrollados como bolitas. Y de todas esas aves Xcambó tuvo enseñanzas importantes.

Se fueron los calores que blanqueaban las fachadas de los templos y sacaban humo de la tierra. Se fueron con sus atardeceres tibios parecidos a un regalo. Llegó la bendición de las lluvias. Los aguaceros reverdecían el campo. Llegaron el otoño y el invierno con un ligero frescor. La rueda del tiempo trajo consigo nuevamente la primavera en que las avecillas se emparejaban y buscaban rincones para formar nidos. Los gorriones gorjeaban en lo alto de los tamarindos. Aquellos nidos y emparejamientos se acompañaron por clamores del polen fecundando plantas y los zumbidos de las abejas alrededor de sus panales. Y el amor cantó en el viento. Anduvo recorriendo chozas, cámaras de palacios, escaleras de adoratorios. Se enroscó en el tronco de un caobo. Ese Kuché medía veinte metros y al contacto del amor se tiñó de rosa y lo mismo le sucedió a un mango que tocaba el firmamento con los brazos. Sus hojas le hacían señas relampagueantes al príncipe que participaba del contento. Las palomas se enamoraban. Reptaban las orquídeas por las ramas y el







amor seguía bailando entre trinos que aumentaban durante los atardeceres cuando los pájaros formaban ruidosas parvadas arriba de las ceibas. Y el príncipe apreció el ritmo imparable de la vida. Escuchó decir amor a una voz que no había oído antes. Convencido de que las matemáticas y los cálculos astronómicos no le servían para enamorarse, quiso que su maestro le explicara aquel milagro, que le descubriera el escondite de su pareja. El maestro asustado le dijo que lo ignoraba, que esperara los designios de su padre, pues el



amor que trae tanta alegría también causa desventuras; además, los príncipes se casaban por alianzas pactadas entre gobernantes para servir a sus reinos. Pero ninguna de estas razones apaciguaron a Xcambó. Sentía el amor en torno suyo y deseaba participar en su banquete.

La mañana se acurrucaba bostezando en el cielo que de oscuro se teñía de azul pálido aún sin esas nubes que lo llenan de figuras. El príncipe había dormido mal. Puso sobre su hombro al perico que no paraba de hablar, entró en el laberinto y se dolió de su juventud sin compañía; aunque esa misma juventud le daba fuerzas y rompía la sumisión a la que lo habían condenado los falsos consejeros, le prestaba impulsos para enfrentarlos. Sabía de memoria las trampas y enredos del laberinto, salió aprisa y caminó procurando no ser descubierto. Le preocupaba su maestro; sin embargo se propuso volver pronto para pasar inadvertido. Nadie se dio cuenta de su fuga. Nunca lo habían visto y no sospechaban que tuviera la valentía de abandonar su cautiverio.

Como aún era muy temprano encontró, acomodada en un tronco hueco, a una lechuza enemiga de la luminosidad y del ajetreo de los demás animales. Mal humorada, dejó que el príncipe le preguntara si sabía la manera de hallar a la princesa que de seguro lo esperaba con los mismos deseos que él sentía. ¿Piensas tú, le repuso, que le resuelvo problemas a enamorados de mujeres que ni siquiera han visto? Soy una intelectual y mis pensamientos trepan muy alto. Mejor pregúntale a un cuervo amigo mío. Después de vivir años dando tropezones se ha vuelto hechicero, hasta los coyotes lo consultan cuando tienen problemas. Lo verás cerca de aquí. Luego a la lechuza se le erizaron las plumas, entornó sus linternas amarillas y dio por terminado el diálogo.

El príncipe no tuvo más remedio que andar hacia el poniente hasta toparse con un cuervo andrajoso y encanecido. Se había quedado tuerto y se sostenía en una pata. Fijaba envidioso su ojo sano en un pájaro azul, con dos manchas púrpuras sobre el pecho, empeñado en comer mosquitos. El príncipe se acercó con el temor que inspiraban los poderes sobrenaturales del anciano, incluso su perico mostró una reverencia desacostumbrada. Y no lograron abrir la boca. El adivino adivinaba sus pensamientos. Ya sé que buscan a la hermosa que se unirá contigo aunque estés recién salido del cascarón. No debiste desafiar a tu padre porque de cualquier modo él previó ya un matrimonio conveniente. Y lo que ha de ser, será, dijo agorero.

A Xcambó le pareció aquel cascarrabias demasiado conservador. Inconforme con la respuesta, se adentró en una vereda abierta en la vegetación por el misterio. Anduvo sin parar hasta que las piernas le dolieron y la tarde ensombreció su caminata. El perico se había callado montado en el hombro volteando a derecha e izquierda para prevenirlo de algún desastre. Muy cansados, acabaron sentándose bajo la copa de un árbol que sangra. Cansados, se durmieron pronto; pero

despertaron como si estuvieran en medio de algún temblor. El príncipe sintió un golpe duro en la cabeza, el perico revoloteó enojadísimo, perdió algunas plumas y olvidando la frialdad aristocrática que imitaba por haber estado en palacios escupía maldiciones y le pedía al príncipe regresar. El amor le daba risa porque jamás lo había sufrido y juzgaba aquella peregrinación como los caprichos de un niño bobo.

Pero al instante quedaron sorprendidos. Descubrieron que del árbol acababa de desprenderse un regalo. Una *uol*, hecha con la sangre blanca del hule rodó a poca distancia. La bola refulgía diciendo que el príncipe estaba listo para adiestrarse en el juego de pelota. Y Xcambó la recibió dichoso y la sostuvo entre sus manos.

La noche con su abundancia de luceros era un espectáculo precioso y la selva comenzaba su concierto de rugidos. Los viajeros inexpertos se creyeron rodeados por una manada de jaguares; pero los jaguares no son tan roncos. Se acercaba una tropa de monos saraguatos avanzando en fila apoyándose en sus manos, saltando sobre los follajes auxiliados por su larga cola que los pequeñitos emplean para agarrarse de sus madres. Xcambó y su compañero los dejaron ir. Vieron estrellas fugaces cayendo al abismo y, como no sabían qué hacer sin un guía, no abandonaron su refugio hasta que el alba filtró entre las ramas espejos que cambiaban de lugar y dos iguanas contemplaban quitadas de la pena inflando las bolsas de su cuello.

Cruzó un conejo, cruzó un faisán, un venado les indicó moviendo su cornamenta que lo siguieran. El príncipe apretó su bola y continuaron el recorrido hacia el asombro. La vainilla exhalaba aromas, los bejucos acompasados les abrían paso, los chicozapotes y las guanábanas se ofrecieron como alimentos. Los saludaron una hilera de flores silvestres con sus pistilos parados de puntitas y sus pétalos puntiagudos. Los cacaos dejaron sus granos como señal de que iban en dirección correcta. Los sapos entonaban su canción y las ranas saltaban convertidas en pulidas esmeraldas. Ya no tuvieron dudas. El perico se adjudicó todos los méritos y creyó que ganaría un lugar en el paraíso arreglando casamientos. Y al terminar la vereda, como si hubieran dado con el final del arcoiris deshilachando sus cintas de colores, como si hubieran hallado un tributo de joyas preciosas, encontraron a una princesa que le extendía los brazos a Xcambó. Había huido del palacio y del laberinto donde la recluyeron, porque al nacer los supremos sacerdotes pronosticaron que su temperamento amoroso no correspondía a su destino real.





¡Avanza, joven… Avanza!
Estela Maldonado Chávez

¡Avanza, joven… Avanza!
en la senda que has de correr
espero en tu constancia
y en tu afán de aprender,
aún te quedan tus libros,
los lápices y el papel,
atesora hoy tu tiempo,
de ser joven y crecer.



No te salgas del camino,
no desvíes tu deber
prepara para mañana
tu futuro con saber
hoy… el aula es tu batalla,
las ciencias tus armas son,
y tu coraje espartano,
trabaja con gran tesón.

¡Avanza, joven… Avanza!
camina sin rapidez,
si vives con paz y en calma
¡un triunfador has de ser!





Las hadas
*Charles Perrault**

Cierta viuda tenía dos hijas: la mayor, por ser tan consentida, era soberbia y vanidosa; en cambio, la menor era dulce y bondadosa. Como cada cual ama a su semejante, la arrogante madre prefería a la hija mayor, y manifestaba una gran aversión por la otra, a quien obligaba a comer en la cocina, y realizar un trabajo incesante, como ir dos veces al día en busca de agua a un punto lejano donde se encontraba una fuente.

Un día, cuando terminó de llenar la enorme jarra y se disponía a volver a casa, se le acercó una pobre anciana y le rogó le diera de beber.

—Con mucho gusto, mi buena señora —le contestó la hermosa joven y, al tiempo le acercó la jarra y le indicó a la mujer que bebiera lo que quisiera.

Una vez que hubo saciado su sed, la pobre mujer le dijo:

—Eres tan buena, tan hermosa y tan dulce que quiero concederte un don: cada lágrima tuya se convertirá en una flor o en una piedra preciosa.

La anciana era un hada que había tomado la apariencia de una pobre aldeana para ver hasta donde llegaba la compasión de la joven.

En cuanto llegó a casa, su madre la reprendió porque volvía tarde de la fuente, propinándole un fuerte bofetón.

La joven, se disculpó, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Al instante, una lágrima se convirtió en una hermosa rosa y la otra en un bello diamante.

—¡Qué veo! —exclamó su madre llena de admiración, ¡me parece que te salen de los ojos flores y diamantes! ¿A qué se debe eso, hija mía?

Fue la primera vez que la llamó hija. La pobre joven sollozando le contó lo que había pasado, y mientras lloraba saltaron hermosas flores y piedras preciosas de sus lágrimas.

—Es necesario que envíe a tu hermana a la fuente —dijo la madre.

* Adaptación de Aurora Consuelo Hernández

Después se dirigió a la hija menor:

—Mira lo que sale de las lágrimas de tu hermana cuando llora. ¿No te gustaría poseer el mismo don? Para alcanzarlo sólo tienes que ir por agua a la fuente, y cuando una pobre mujer te pida de beber, complácela con mucha amabilidad. Quiero que vayas en seguida —ordenó la madre.

—¡No faltaba más! —exclamó la mayor—, ¡iré a la fuente! Y tomó una pequeña jarra plata para no cargar demasiado.

Mientras se dirigía a la fuente, durante todo el camino iba renegando. Cuando llegó, vio salir del bosque a una dama magníficamente vestida que le pidió de beber. Era la misma hada que se había aparecido a su hermana, pero esta vez se presentaba con las maneras y vestidos de una princesa, para ver hasta donde llegaba la actitud de la joven.

—¿Acaso he venido hasta aquí para darte de beber? —le contestó altanera la orgullosa joven—. ¿Crees que para eso he traído una jarra de plata? Aquí está la fuente y si tienes sed, pues bebe.

Entonces el hada le contestó, sin que sus palabras revelaran irritación:

—No eres buena, y puesto que tan poca es tu amabilidad, te concedo un don: a cada lágrima que brote de tus ojos, saldrá una culebra o un galápago.

Al regresar a la casa, su madre gritó:

—¿Y bien, hija mía?

—¡Y bien, madre mía! —contestó secamente, mientras saltaban dos víboras y dos galápagos.

—¡Cielos! —exclamó la madre—. Tu hermana tiene la culpa de todo y me las pagará.

Dicho esto, corrió detrás de la menor para golpearla, la pobre joven asustada escapó y se fue al bosque próximo donde se refugió. La encontró el hijo del rey que volvía de caza, y al verla tan hermosa se acercó a ella a preguntarle que hacía sola en tal sitio y por qué lloraba.

—¡Oh, señor, mi madre me ha echado de casa!

El hijo del rey, que vio convertirse sus lágrimas en flores y piedras preciosas, le rogó a la joven le dijera a qué se debía tal maravilla. La joven le contó su historia. Al escucharla, el príncipe se enamoró, la llevo a palacio y se casó con ella.

En cuanto a la hermana mayor, todo lo que pasaba le enfadaba y la hizo más odiosa, tanto que hasta su madre la echó de la casa. Nadie quiso recibirla y se fue a perder al fondo bosque, en donde nunca se le encontró y no se supo más de ella.



Después de muertos, sólo flores

Luis Guillermo Silva Rojas

Óscar salió de su casa como cualquier otro día, sin imaginarse que la vida te tenía preparada una gran experiencia.

Caminó por la calle oscura. Al llegar a la parada del camión, vio que una señora de edad avanzada estaba sentada con un bolso tejido, un rebozo cubriendo su cabeza, unas sandalias viejas que dejaban asomar unos pies sucios y callosos.

Óscar le ofreció un poco de café que María, su esposa, solía ponerle en un recipiente para llevarlo al trabajo.

La anciana esbozó una sonrisa y tomó de un sorbo al café caliente. Óscar se atrevió a preguntarle a dónde se dirigía, para ver si sus caminos coincidían. Ella sonrío y le dijo: "No lo sé aún, éste parece ser mi último viaje, pero no puedo llevar todas mis cosas conmigo, no tengo mucho, todo está en esta caja. ¡Qué bueno que te has ofrecido a darme café! Tal vez, también podrías ayudarme con esta caja, pesa mucho y no la puedo cargar".

Entonces, Óscar se percató de que la señora estaba sentada en una caja de madera, más bien parecía un baúl. Pensó que efectivamente podría ser muy pesada para ella, y se ofreció a cargarla cuando llegara el autobús.



Al llegar el camión, Óscar tomó la caja de la señora dándose cuenta que no pesaba de manera excesiva, pero pensó: “para la señora puede ser pesada en verdad”. Tomó el brazo de la señora y la ayudó a subir las escalinatas.

Entonces, la anciana, mientras tomaba la mano de Óscar, le entregó un papel doblado, le pidió que cuidara sus cosas mientras ella iba a comprar algo y despareció. Óscar extrañado leyó el papelito que decía: “En mi baúl, cargo con todas mis pertenencias, desde ahora serán tuyas, pero cuando veas que la muerte se acerca a ti y estés completamente solo y sin familia, tendrás que deshacerte de ella como yo lo hago ahora. Todo lo que hay dentro es tuyo. Recuerda: aunque dejes vacía la caja, la debes regalar antes de morir”.

En ese momento, el chofer del camión llamó a los pasajeros. Óscar no se podía ir; tenía que buscar a la señora. No estaba por ningún lado, había desaparecido. En verdad era muy extraño lo que estaba pasando. Volteó a ver el baúl, pensó que tampoco estaría, pero…, ahí estaba tal cual lo había dejado la señora.

Se le estaba haciendo tarde para llegar a su trabajo, así que decidió llamar a su jefe para explicarle lo sucedido. Su jefe estaba muy molesto y no entendía razones, así que le dijo por el teléfono: “no me importa lo que te pasa, no puedes llegar tarde al trabajo, y menos faltar a trabajar por ayudar a una señora desconocida. Estás despedido”.



Óscar estaba atónito, había perdido su trabajo sin saber realmente por qué ¿Cómo le iba a explicar a María lo sucedido? Tomó el baúl y regresó a su casa, con su termo en una mano y el baúl en la otra.

Al llegar, María lo recibió con sorpresa, pues no era la hora acostumbrada para el regreso del trabajo de Óscar. Le preguntó qué estaba pasando y por qué regresaba tan temprano del trabajo; al ver la cara de Óscar a punto de soltar el llanto, sin entender, pero tratando de comprenderlo, lo tomó entre sus brazos y lo acunó como si fuera un niño desvalido.

Óscar se sentó en la silla del comedor, puso el viejo baúl sobre la mesa y le contó toda la historia. María escuchó con atención y al terminar, preguntó: "¿Ya viste lo que hay en el baúl?". Óscar respondió que no, pues con todo lo que había ocurrido, no había pasado por su cabeza echar un vistazo dentro de la caja.

Estiró la mano y tomando la pequeña aldaba la abrió. Entonces se dio cuenta que sólo eran papeles revueltos sin más, un atadillo envuelto en un listón rosa, tal vez cartas de amor, otros papeles doblados cuidadosamente con palabras y palabras, y sobre dirigido a Óscar con una nota que decía:

"Mi familia me echó a la calle, despojándome de todas mis pertenencias; pero yo, cuidadosamente, guardé mi testamento, en el que claramente indico que la persona que posea esta llave será la dueña de todo lo mío". Y en un pañuelo doblado estaba una llave dorada, con una inscripción que indicaba que el baúl tenía un sobrefondo que se abría sólo con esa llave. Óscar y María lo abrieron con cuidado y encontraron algunas escrituras de propiedades y dos tarjetas de ahorro.

María estaba llorando, Óscar la tomó entre sus brazos y le dijo: "No tomaremos este dinero, lo guardaremos para cuando seamos viejos. Yo saldré mañana a buscar trabajo. No entiendo lo que ha pasado. Es claro que esta anciana quiso darnos un mensaje: debemos atender a nuestros padres. Ellos nos dieron todo mientras fueron jóvenes, ahora nos toca a nosotros devolverles con afecto y atención, todo lo que han hecho por nosotros. Debemos ir a visitarlos. Tu papá querrá saber de nosotros. Desde ahora nos organizaremos para ir un domingo a casa de tu madre y otro domingo a casa de mis padres. Ellos tienen que saber cuánto los queremos y recibir todo lo necesario ahora que están vivos. Después de muertos, sólo flores".




Estado de Cuentas
AHORROS


Haruki
Murakami

El cuento chino de Cornelio

José Gordon

1

“¿Quién cree en el amor a primera vista?”. Cornelio escucha atentamente las palabras de la profesora Luisa María. Los estudiantes se quedan callados. Cornelio levanta una mano que nadie ve. Ni él mismo. Tiene los brazos cruzados para tratar de tapar un agujero a la altura del corazón en el suéter rojo desteñido del uniforme de la escuela.

La mañana es oscura. La luz de un foco pelón está encendida en el salón de clases. La llovizna salpica los vidrios de la ventana. Cornelio no siente frío. ¿Por qué las palabras de la maestra le dan calor? ¿Por qué crean una gran burbuja que lo envuelve y hacen que no se sientan los ruidos de la calle?

La profesora está leyendo un cuento de un escritor japonés: Jakuri Muramaki. Habla de un hombre que se cruza en la calle con la chica cien por ciento perfecta. El corazón de él (y el de Cornelio) palpitan como si hubiera un temblor de tierra cuando la maestra lee las palabras: “Desde el instante en el que percibí su silueta, mi corazón se puso a palpitar como si hubiera un temblor de tierra, mi boca se secó como si estuviera llena de arena.” La boca de Cornelio también se llena de arena. De repente ve una sombra en los ojos de la maestra y siente una punzada en la boca del estómago. La profesora continúa el relato: “el hombre y la mujer no se dicen nada. Se alejan para siempre”.

—¿Ustedes qué hubieran hecho? —pregunta la maestra. Nadie se atreve a dar una respuesta.

—Recuerden que es la pareja ideal —insiste la maestra.

Federico, que se cree el galán de la clase, levanta la mano:

—Yo le hubiera preguntado la hora, un primo mío dice que eso nunca falla para ligar.

Se oyen risas burlonas y la voz perdida en medio de murmullos de una niña:

—¡Pero qué falta de imaginación! ¡Qué tal si te doy la hora y de todas maneras te vas para siempre!

Es la voz de Rossana. Cornelio la reconoce. Sólo con escucharla su corazón palpita. Baja el rostro moreno —que siente de color rojo— para que nadie se dé cuenta de lo que está pasando. ¿Qué hubiera dicho el muchacho del cuento?, se pregunta Cornelio en voz tan bajita que ni siquiera él mismo se escucha.

La profesora pregunta:

—¿Saben lo que el muchacho del cuento hubiera dicho?

Cornelio sonríe. Levanta la vista. La maestra sigue con la lectura. Cornelio puede ver al muchacho del cuento que se acerca con la chica y que ya sabe lo que le hubiera dicho: que hace muchos años, dos jóvenes solitarios estaban convencidos de que en alguna parte existía la persona ideal que les estaba destinada. Afortunadamente, el milagro ocurrió. No lo podían creer. ¡Qué suerte un encuentro así!

Cornelio pensó que también tenía mucha suerte, pero por otra razón. Le encantaban estos momentos en los que la profesora les decía: “Les traigo un regalito” y se ponía a leerles un cuento y apuntaba en el pizarrón los nombres de los autores. Cornelio apuntó también en su cuaderno el nombre del escritor que sonaba a un restorán japonés, como el que veía de lejos en el camión que tomaba para visitar a su tía. Cuando volvió a ver el pizarrón se dio cuenta que no había escrito bien el nombre. Tachó y escribió con letra muy pequeña pero grande como su timidez: Haruki Murakami.

La maestra seguía leyendo el cuento: “el hombre y la mujer no podían creer tanta felicidad. Decidieron hacer una prueba. Si eran de verdad el uno para el otro, se volverían a encontrar por casualidad, de la misma manera milagrosa”. Cornelio

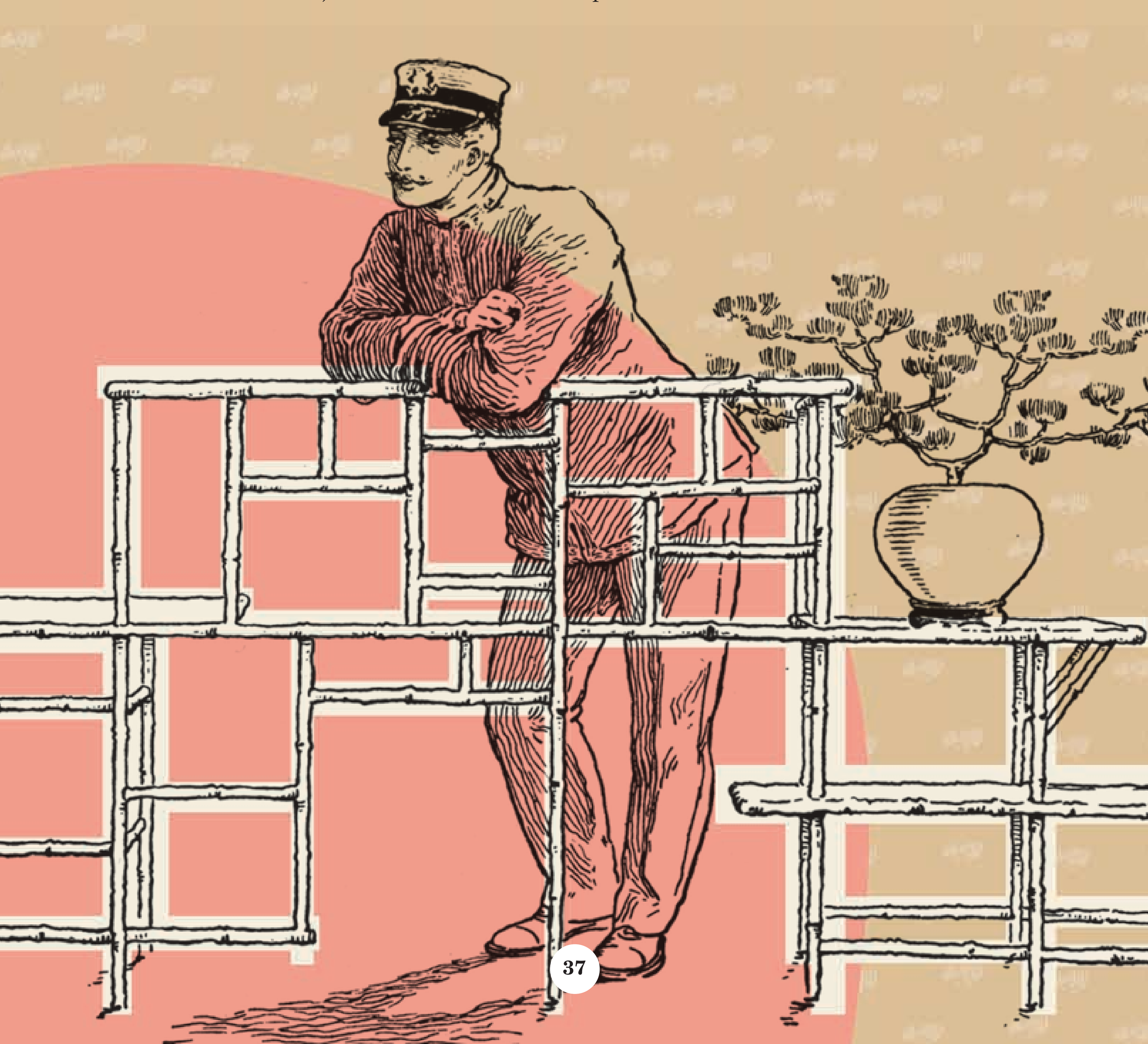


vuelve a ver una sombra en los ojos de la maestra. Ella continúa el relato: “los muchachos se volvieron a encontrar varios años después. Se cruzaron en plena calle sin saber qué decirse y desaparecieron en la multitud, cada uno por su lado, para siempre”.

Los estudiantes están en completo silencio. La maestra levanta la vista del libro. Observa la llovizna que salpica los vidrios de la ventana. Ve el reloj y concluye:

—Así se van en nuestras vidas los encuentros que perdemos por falta de palabras, por falta de imaginación.

Ve el reloj nuevamente. Suena la campana.




Querida amiga:
Hola. Espero que te encuentres muy bien. Te escribo esta carta
para saludarte y también para compartir contigo algo que he
estado pensando. Cuando leímos el cuento de Murakami,
como se dice, me quedó el saco. Contigo me pasa algo parecido.
Te veo y me hacen falta las palabras. Leer este cuento me
hizo pensar que debo quitarme la timidez que tengo para
hablarte, porque sino me pasará lo mismo que al de la
historia y no quiero que eso ocurra. Por eso he tomado
la decisión de sacar a la luz mis sentimientos. Estoy seguro
que aunque casi nunca hemos hablado sabes lo que siento
por ti. No puede ser que a mí sea el único que me esté
pasando esto. Si estamos destinados a ser amigos, te
esperaré a la salida en el patio, debajo de la canasta de
basket. Espero que no te incomode lo que te escribo.
Me despido y agradezco que hayas escuchado esta carta.
Cornelio

2

Cornelio pide permiso para usar la computadora de la escuela. Busca el cuento de Murakami y lo imprime. Lo guarda en su mochila y lo lee una y otra vez. Investiga sobre el escritor japonés. Sabe que a la maestra le gusta preguntar sobre los cuentos que les lee. ¿Cuáles son los que más les han gustado? ¿Cómo se relaciona el cuento de la semana pasada con sus vidas? ¿Qué han averiguado sobre los escritores?

Cornelio levanta la mano. Para su sorpresa su mano realmente está levantada. Su voz es muy bajita y tierna:

—Maestra. A mí me gustó mucho el cuento de Murakami. Lo que averigüé de él y que me llamó la atención es que dice que nunca publica un libro sin dárselo a leer a su esposa. Eso se me hizo muy gracioso. ¿Por qué tiene que pedir permiso a su mujer? Es raro eso. ¿No? Pero la verdad me gustó —los compañeros se sorprenden al oírlo hablar en clases. Se sorprenden más cuando Cornelio dice que quiere leer una carta que acaba de escribir. Sus palabras son pronunciadas con gran rapidez, como en un suspiro:

—El cuento de Murakami me gustó en parte porque estoy enamorado.

En el salón de clases estallan las risas y el bullicio, como cuando todos salen al recreo. La maestra pide silencio con un gesto. Le dice a Cornelio que continúe. Cornelio abre de manera nerviosa una hoja doblada tantas veces que parece acordeón para un examen. Se arma de valor y lee sin levantar la vista:

—Querida amiga. Hola. Espero que te encuentres muy bien. Te escribo esta carta para saludarte y también para compartir contigo algo que he estado pensando. Cuando leímos el cuento de Murakami, como se dice, me quedó el saco. Contigo me pasa algo parecido. Te veo y me hacen falta las palabras. Leer este cuento me hizo pensar que debo quitarme la timidez que tengo para hablarte, porque si no me pasará lo mismo que al de la historia y no quiero que eso ocurra. Por eso he tomado la decisión de sacar a la luz mis sentimientos. Estoy seguro de que, aunque casi nunca hemos hablado, sabes lo que siento por ti. No puede ser que a mí sea al único que me esté pasando esto. Si estamos destinados a ser amigos, te esperaré a la salida en el patio, debajo de la canasta de básquet. Espero que no te incomode lo que escribo. Me despido y agradezco que hayas escuchado esta carta.

Cornelio levanta la vista. La maestra empieza a aplaudir lentamente. Las niñas se unen a los aplausos. Los compañeros poco a poco también aplauden hasta que retumba todo el salón.



3

Cornelio está solo, parado bajo la canasta sin redes del básquet. Su mochila está en el suelo. El sol pega con fuerza. En los pasillos del segundo piso de la escuela sus compañeros se asoman para verlo. Algunos se burlan:

—¡Cornelio Murakami! A ver si aprendes que la vida no es un cuento chino.

Suenan las carcajadas. Cornelio sigue parado, como una estatua pequeña. Se ve todavía más bajito de lo que es. No es un cuento chino. Es un cuento japonés, piensa Cornelio mientras se ríe por dentro.

Las niñas salen juntas, en bolita, de la escuela. Rossana se queda viendo al autor de la carta. Cornelio se emociona, pero como en el cuento, ella pasa de largo sin decirle una palabra. Se aleja junto con sus amigas. Es un cuento como el de Murakami. ¿Se puede contar de otra manera?

A Rossana también le había gustado el cuento de Murakami, entonces se dio la vuelta y modificó la escena final. Esto, aunque parece de película, sucedió realmente cuando terminaba el año de la generación de sexto de primaria. Ante la mirada atónita de sus amigas y de sus compañeros, bajo la luz intensa del sol, bajo la canasta de básquet, se distinguían dos siluetas en las que relumbraban unos suéteres rojos.





Primavera de papel

Enrique Lepe García

En la casa de mis abuelos, la primavera empezaba en octubre. Las paredes de la sala se iban llenando de flores, hojas, enredaderas, pétalos de colores…

Y en el piso iba engordando una alfombra de triángulos verdes, rosas, amarillos, rojos, morados…

Pero era una primavera de papel.

Mis tías, las solteras eternas, apenas empezaba el mes "de las lunas más hermosas", sacaban de los roperos las viejas tijeras, los moldes, el pegamento; encargaban de la tienda el papel crepé, los alambres; reunían viejos periódicos, con nuevos bríos; se reunían en torno de una fogata de charlas en que ardían las palabras y empezaban a elaborar sus coronas del Día de Muertos.

Y es que en la casa de los abuelos habitaban más muertos que vivos: los dueños de la casa ya no estaban, mi tía María encabezaba la fila de los hermanos difuntos, y mi tía Meche todavía dejaba sentir sus ausencias por la casa. Mi primo Toño ya no podía mirar con sus ojos de vivo esta primavera de octubre, y seguro que desde Allá nos mandaba sus recuerdos para estas fechas. Otros primos, tíos, hermanos, sobrinos, papas e hijos se iban nombrando en los murmullos del recuerdo, mientras las flores de papel coloreaban las manos de las mujeres de la casa.



Durante 31 atardeceres, las manos de las tías iban tejiendo al calor de las llamas de las pláticas, las coronas de nuestros muertos. Y cuando acababa el mes, íbamos en procesión hacia el camposanto del pueblo para coronar las tumbas de nuestros fallecidos: la primavera de la casa se iba a alegrar la soledad de nuestros difuntos.

Yo no recuerdo que en el pueblo de Quesería, donde se fui escribiendo mi infancia, la gente hiciera altares para sus muertos. Lo digo desde esta distancia, con más altura en la edad: desde el centro del país veo que la tradición de los altares de muertos bien puede atravesar el territorio mexicano; pero en mi pueblo, plantado en el estado de Colima, esta tradición no la tengo ni siquiera borrosa en la memoria.

Más bien recuerdo que, semanas antes del Día de Muertos, todas las casas del pueblo tenían su primavera de papel de la que iban saliendo las coronas de los difuntos. De hecho, aquellas primaveras caseras escondían un concurso tácito: a ver quién hacía las mejores coronas, las más grandes, las más coloridas, las más hermosas.

En el puente de los días que va de octubre a noviembre, el camposanto del pueblo se llenaba de colores. Nuestro panteón perdía, en esos días, su fealdad



natural: las lomas y las barrancas, los pozos y los tepetates, en que está clavado nuestro cementerio, se veían bonitos por unos días.

Y es que todo Quesería es una loma, un cerro de los cerros que rodean el volcán. Este pueblo de octubres primaverales está colgando en la orilla del pueblo de Colima y se asoma entre barrancas al estado de Jalisco.

Quesería es hermano de Comala: ese pueblo del que Rulfo tomó el nombre para pintar el pueblo de los muertos de Pedro Páramo. Yo creo que don Juan tomó el nombre de allá pero la soledad de Quesería. Comala y mi pueblo son hermanos: hijos del mismo Colima.



Hace mucho que no voy al pueblo de Quesería: dicen que por ahí el tiempo no pasa, que las mismas personas que habitaron mi infancia viven todavía en el pueblo, aunque ya se llamen muertas; dicen que todavía las primaveras de octubre florecen en las casas; que en las primeras noches de noviembre las tumbas blanquean de tantas flores; dicen que todavía yo mismo, con una niñez que no se muere, me asomo de vez en cuando a la casa de los abuelos, para juntar los triángulos de colores que van dejando las manos inasibles de las tías solteras que habitan la casa abandonada.



La luna de abril

Miguel Ángel Pérez Rojas

La luna brillaba enorme en el fondo de un cielo casi sin estrellas, pues la gran cantidad de luz eléctrica opacaba su brillo natural. Faltaban pocos días para que celebráramos el 30 de abril, día del niño. Tal vez, mi última celebración de este día, pues el próximo año pasaría a la secundaria, y me habían comentado que en muchas escuelas ya no hacían fiesta para los niños, ya que consideraban que eran mayores y que no era necesario hacer este tipo de fiestas. Así, todos mis compañeros y yo esperábamos con gran deseo nuestra fiesta de este año. Estaba previsto que saldríamos de paseo para festejar, todos estábamos muy ansiosos; teníamos que aceptar que, efectivamente, estábamos dejando de ser niños, aunque yo pienso que sería muy bueno que la infancia durara toda la vida, para no perder la capacidad de jugar, de asombrarnos de todo lo nuevo que aparece en nuestras vidas y poder ver, con menos ansiedad el conjunto de obligaciones que a veces agobian a los adultos.

Era la noche del 25, en la radio y la televisión se anunciaba que no habría clases al siguiente día. Todas las escuelas debían cerrar sus puertas, pues una gran amenaza se esparcía por toda la ciudad, una enfermedad que podría matar a toda la población, por eso, era importante que se encerraran en sus casas y que no dejaran entrar a nadie: "no se saluden de mano, mucho menos de beso". Repetían una y otra vez: "a lavarse las manos, muchas, muchas veces al día, usar tapabocas, no congregarse, no salir, no visitar a nadie, no recibir visitas".

Los días corrieron, la luna en el cielo, brillaba espledorosamente sin que nadie la tomara en cuenta. Todos estaban muy preocupados por el virus desconocido que amenazaba con quitarle la vida a quien se viera contagiado.

Como hablaban de virus, y esta palabra se usa mucho en la computación me imaginé que se referían a un virus de este tipo, se destruiría el disco duro, se perderían los archivos y la computadora quedaría totalmente inservible, tal vez llegaría a través de Internet o, quizá, al usar un usb infectado por este virus. Pero no, decían que el mal podía llegar por una mano, incluso, por mano amiga que se había contaminado de la saliva de un enfermo. De mano, en mano, de beso en beso, de saludo en saludo.

Las casas se volvieron cárceles desinfectadas. El silencio. La televisión repitiendo lo mismo todo el día y la noche. La radio insistiendo: "lávense las manos, no salgan". Cerraron los comercios, los restaurantes, los partidos de futbol se jugaron a puerta cerrada. ¿A quién le iba a importar el día del niño?

Y así fue, este año, el día del niño pasó inadvertido. Así, como nadie miraba la luna de abril, nadie pensaba en que los niños, este año, no tendríamos nuestra fiesta.

Todos estaban preocupados, iban a las tiendas y se gastaban su dinero en jabones, alcohol, tapabocas, toallas, todo lo que pudiera protegerlos contra ese virus que agobiaba el andar de los habitantes de la ciudad más grande y, a mi parecer, bella del mundo.

Algunos restaurantes cerraron unos días, después, sacaron las mesas para dejarlas separadas unas de otras. Conocimos a una amiga cuya tía, después de estos días ya no pudo levantar su negocio y lo tuvo que cerrar.

Todo lo que sucedía era muy raro. Generaba incertidumbre e incomprensión. ¿Cuántos días estaríamos sin clases? ¿Cuánto tiempo dejaríamos de saludar con beso a los amigos? ¿Cuánto tiempo respirarimos el aroma del tapabocas? No se sabía. Las noticias determinaban actuar con precausión.

Yo me hacía estas preguntas y muchas más. Me pesaba, de verdad, que se hubiera suspendido el paseo. Pero se sucedían a otros los días y todo paracía que duraría mucho más.

Empezó el 26 y seguía, rompió el 30 y los primeros días de mayo. En México se conmemora el día del trabajo el 1.º de mayo y, el 5 de mayo, cuando el general Ignacio Zaragoza comandó al ejército mexicano contra la invasión francesa en el triunfo de la batalla de Puebla. Luego el 10 se celebra el día de la madre y 15, el del maestro; pero nada, ninguna de estas fiestas se celebraron este año, ni el cumpleaños de mi hermano, ni el de Sebastián, ni el de Debbie, todos teníamos que estar en nuestras casas y no reunirnos con otros, no había fiestas, ni comidas en compañía de los amigos, ni nada que celebrar. De verdad, que parecía una película de esas que presentan ciudades destruidas y derrumbadas por distintas razones. Aquí, ahora, el virus caminaba por los barandales, los picaportes, las computadoras, los ratones de la compu, los teléfonos, las llaves. Estaba presente en todas partes y era mejor cuidarse de él con llevar la limpieza al extremo mismo si las cosas continuaban igual.

Los días fueron pasando, uno tras otro, hasta que las cosas, lentamente, volvieron a su lugar. Los niños, a las escuelas, los trabajadores a sus empresas y los comedores pudieron de nuevo abrir sus puertas, con guantes y tapabocas, las mesas separadas entre sí y todo, absolutamente todo, desinfectado.

Pero no todas las historias terminan bien. Además, aquí no termina aún la historia. El tiempo que se pasa, no vuelve jamás y el tiempo de este año, cuando teníamos que celebrar el día del niño no volverá, no volverá jamás.

Terminada la época de los tapabocas y los guantes, parece que sólo quedaban recuerdos, aunque, viendo bien las cosas, quedaron aprendizajes que durarán toda la vida: no se estornuda en la mano, pues los virus del estornudo se quedan y luego se pegan en las cosas que tocamos o en otras manos al saludar; por eso, el estornudo debe ir al hueco del codo; también, que nuestra manos siempre deben estar limpias, ya no sólo para este virus, que a la mera hora no fue tan dañino, pero sí contra todos los demás microbios que nos asechan y enferman del estómago. Este famoso virus vino a recordarnos la importancia de ser siempre prudente, de vivir con higiene y cuidarnos los unos a los otros.

Dice mi abuela: “No hay mal que por bien no venga” y, así es. Ya que ha pasado todo, nos podemos dar cuenta que no fue tan dramático lo que sucedió pero ahora podemos vivir mejor si lo aprendido no lo guardamos en un saco roto. Sabemos que el tiempo no se puede recuperar, pero la alegría de vivir sí.

Así que este cuento termina bien. No tuvimos estas fiestas, pero otras fiestas vendrán. La secundaria fue fabulosa, como dicen que es. En lugar de la maestra Carmelita y el maestro de deportes, tuvimos a 13 maestros. ¿Te imaginas lo que fue congeniar con 13 maestros, cada uno con su propia manera de ver las cosas? Con todo, mis tías me platicaban que la secundaria y luego la preparatoria son épocas fenomenales. Son momentos decisivos para la vida de cualquier persona. Poco a poco te van enseñando lo que el hombre ha ido descubriendo a lo largo de la historia de la humanidad. Ahí, en la secundaria, te forjas como ciudadano del mundo, te comprometes con la existencia y encuentras el proyecto de tu vida.

En verdad, pensando en todo lo bueno que trae consigo la secundaria, se vuelve poco importante que no haya habido una fiesta ese año.

Después de todo, cada año tiene un mes de abril, y en todos los meses, como abril, en el cielo brilla una luna.

A veces volteó la mirada al cielo y ahí está. La luna de abril de mis días de infancia.







El coyote hambriento, príncipe de Texcoco

Edna Marisol Torres Olvera

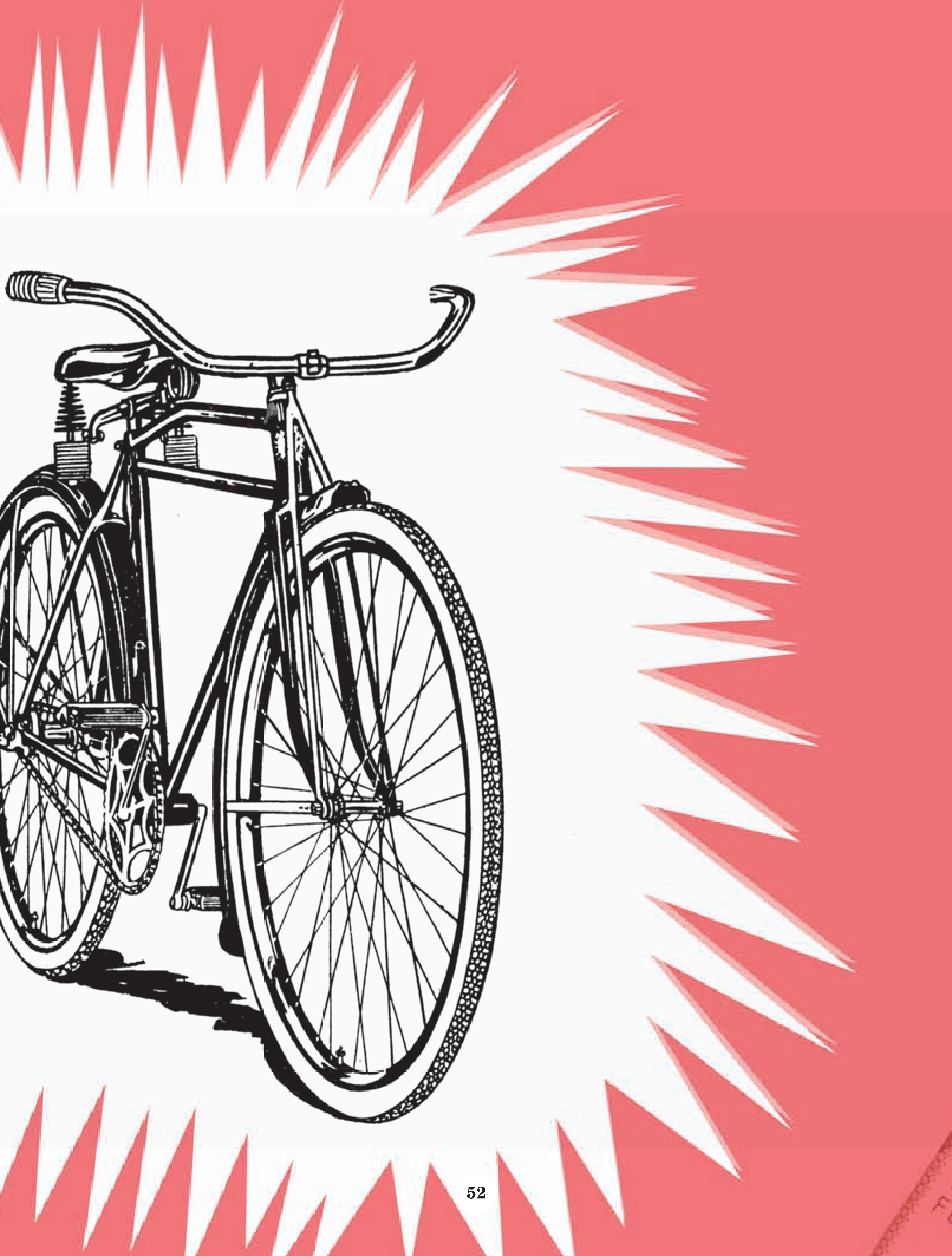
Nezahualcoyotl, “Coyote Hambriento”, príncipe de Texcoco, nació en 1402 y murió en 1472. Su nombre era Acolmiztli, hijo del sexto señor de los chichimecas, y de Matlalcihuatzin, hija de Huitzilihutl, segundo señor de Tenochtitlan.

Recibió una educación propia de su linaje, aprendió todo lo necesario para ser un gobernante de su pueblo: escritura, costumbres, ritos, tradiciones e historia de sus antepasados chichimecas, toltecas, mexicas y acolhuas. A pesar de estas enseñanzas y condición privilegiada, no pudo evitar los problemas y desventuras de todo ser humano. Uno de los sucesos más difíciles que cambió su vida fue provocado por Tezozomoc, señor de Azcapotzalco, cuando asesinó a su padre frente a sus ojos, mientras él se ocultaba para no ser visto. Esta situación motivó a Acolmiztli a cambiar su nombre por el de Nezahualcoyotl que significa “coyote hambriento o en ayuno”, como una forma de sacrificio y promesa de justicia.

A partir de la muerte de su padre, tuvo que ser desterrado y combatir las constantes persecuciones de Tezozomoc para darle muerte, se ocultó en Tlaxcala y se tuvo que ir a vivir con las hermanas de su madre a Tenochtitlan.

Pese a todo esto, Nezahualcoytl fue un hombre de gran fortaleza, poeta, filósofo y arquitecto de grandes obras como calzadas, jardines, monumentos, presas, acueductos, los bosques de Tezcutzingo y Chapultepec.

En fin, un hombre virtuoso que gracias a su gran elocuencia diseñó las estrategias necesarias para recuperar el trono que le correspondía a su padre.



Lotería Nacional

Luis Mario Moncada

De color azul y plata, rodada 26, era la más linda bicicleta que uno pudiera soñar, aunque fuera usada y en el taller de bicis la vendieran en mil pesos. ¡Quién pudiera tener esa cantidad para llevarse la preciosura que colgaba como trofeo a la mitad del taller! Pero nunca en la vida había tenido mil pesos… Bueno, estuve a un pelito de tenerlos.

Mi mamá me había mandado a cobrar un cheque al banco que estaba cerca de la Lotería Nacional, donde ella trabajaba.

—Pon mucha atención y cuenta bien el dinero —me dijo, a pesar de que no era la primera vez que me mandaba a cobrar los 800 pesos de su quincena; pero ya saben, cuando tienes 12 años, los papás te lo explican todo dos veces, como si no entendieras.

El cajero me entregó ocho billetes de cien; yo los conté dos veces antes de guardarlos en mi pantalón, y caminé de regreso a la Lotería. Al salir, una señora de aspecto humilde y poco más de 50 años se acercó para preguntarme por una calle, y yo, que conocía el rumbo, le respondí sin dudar que esa era la calle.

—Es que no sé leer, y ando buscando una dirección —me dijo con voz débil, mientras sacaba un papel doblado de su bolsa descosida. Lo puso frente a mí para que yo leyera un nombre y una dirección.

Entonces me explicó que tenía que cobrar un premio de la lotería, pero como no sabía leer le habían dado el nombre de un licenciado que la ayudaría con el trámite. Junto al papel había un cachito de lotería con terminación en 7. Yo volteé para mirar los números de las casas y descubrí que cerca de allí estaba el edificio que ella buscaba, así que la acompañé a la puerta.

Antes de tocar el timbre del despacho, salió del edificio un hombre de traje que ya peinaba canas.

—¿Señora Emilia?

La señora volteó hacia él mientras afirmaba con la cabeza.

—¿Licenciado?

El hombre dijo que llevaba horas esperando y pidió disculpas por no hacerla pasar pues ya se estaba yendo.


SORTEO
LOTERIA NACIONAL
PARA LA ASISTENCIA PUBLICA
EXTRA 533
VALOR
$25.00
47497
16 DE DICIEMBRE
EL SRIO. DEL CONSEJO.
EL GERENTE GRAL
VIGESIMO
4
27453
EL PDTE. DEL CONSEJO
Millones
DE PESOS
BILLETES

—Pero si trae el cachito de lotería podemos ir a cobrarlo ahora mismo.

La señora Emilia le mostró el cachito, el licenciado lo revisó detenidamente y sacó un papel periódico doblado que tenía los resultados de la lotería. Es verdad que el periódico se veía viejo, pero nadie reparó en el asunto. Lo que los tres buscábamos con ansiedad era el número del cachito con terminación en 7 que, según descubrí en ese momento, no había ganado cualquier premio, sino el premio mayor de la lotería:

—¡150 mil pesos por cachito! ¡Premio mayor!, ¡premio mayor!

El licenciado me dijo que había sido muy amable en acompañar a la señora, y sugirió que, en agradecimiento, fuera con ellos a cobrar el cachito. Tal vez la señora aceptaría darme una retribución, algo simbólico: mil pesos o algo así. ¡Después de todo ella iba a cobrar 150 veces esa cantidad!

Mientras la señora asentía yo ya no vi nada; lo que veía era una hermosa bicicleta azul y plata de rodada 26. Me vi pedaleando en el parque. Me vi feliz, rebasando la velocidad del sonido…

La imagen se borró cuando, inesperadamente, la señora comenzó a retorcerse de dolor. El licenciado preguntó qué le pasaba y ella se aguantó otro retortijón antes de afirmar que eran los dolores de la diabetes.

—¿Está enferma? —preguntó el licenciado con preocupación, y ella respondió que si no iba al Seguro para aplicarse una inyección el dolor aumentaría cada vez más.

—¿Qué hacemos? —me preguntó el licenciado, pero yo no supe qué responder ante la inesperada situación.

Para colmo, la señora decía entre retortijones que no podía llevar el cachito porque en el Seguro le iban a pedir que se quitara la ropa, y ella tenía miedo que se lo fueran a robar.

Entonces, el licenciado me miró de arriba abajo como evaluando si era persona de fiar, y me preguntó si podía ayudarlos.

—Sssí —vacilé en responder, porque no entendí lo que pretendía.

El licenciado miró a ambos lados de la calle antes de exponer el plan:

—Yo voy a acompañar a la señora al Seguro y tú nos vas a esperar en la escalinata de la lotería. ¡Tú vas a guardar el cachito! Nadie va a imaginar que un niño lleva el premio mayor en su bolsillo, ¿verdad? —y volteó como esperando la aprobación de la señora—. ¿Pero de verdad podemos confiar en ti?, —me preguntó, como sospechando que la codicia se despertaba en mi interior.

—Por mí no hay problema —respondí con la mayor convicción que pude.

El licenciado le hizo un gesto a la señora, como interrogando si ella confiaba en mí, y como ella no decía nada, él se puso de mi lado diciendo que yo parecía un niño muy decente.

—La gente decente no necesita robar porque no le hace falta dinero —dijo, mirándome comprensivamente, mientras metía la mano a su bolsillo y sacaba un fajo de billetes—. Yo tengo dinero —y agitó el fajo— soy una persona decente. Y tú, ¿eres tú una persona decente?

Ambos me miraron fijamente y yo no supe qué hacer, hasta que metí la mano en el pantalón y mostré los 800 pesos de mi mamá.

El licenciado sonrió confiado en que todo saldría bien. Y para no dejar dudas propuso que envolviéramos el cachito en un pañuelo, así nadie sospecharía nada. Yo no entendí muy bien cuál era el sentido; no pensaba enseñárselo a nadie. Sin embargo, estuve de acuerdo. Después de todo no podía desperdiciar la oportunidad que tenía de comprar la bicicleta soñada.

Era un pañuelo de rayas verdes que el licenciado extendió sobre la palma de su mano, poniendo allí el cachito. Entonces nos miró fijamente y propuso algo que sellaría definitivamente nuestra complicidad.

—Vamos a guardar nuestro dinero junto con el cachito —dijo—, así lo vas a cuidar con más empeño.

Sin pensarlo dos veces, el licenciado puso su fajo de billetes sobre el pañuelo, esperando que yo hiciera lo mismo. Yo seguía sin entender muy bien el objetivo, pero para que no desconfiaran volví a sacar mis ocho billetes de cien y los puse en el pañuelo de rayas verdes. Entonces, el licenciado hizo un rápido nudo y, antes de entregármelo, me advirtió por última vez:

—Guárdatelo muy bien; guárdatelo así…

Y mientras lo decía metió su mano adentro del saco, como indicándome la forma en que debía guardarlo. Acto seguido metió el pañuelo en mi pantalón sin que yo lo tocara y me hizo poner las dos manos encima, con la promesa de que no las despegaría de allí.

Yo asentí, obediente, y me fui caminando hacia la Lotería Nacional, mientras ellos se alejaban en sentido contrario. Cuando los perdí de vista eché a correr para llegar más rápido. Mi corazón latía con una fuerza que nunca antes había sentido.

Al llegar a la escalinata de la Lotería dudé sobre lo que tenía que hacer: "¿los espero o no?".

Fueron unos instantes de mirar al angelito y al diablito que se paran en tu hombro para aconsejarte. "No", pensé resuelto, "lo voy a cobrar yo".

Y me enfilé resuelto a las cajas de la Lotería. Escogí una que estaba vacía y puse sobre el mostrador el pañuelo de rayas verdes.





—¿Qué? —me preguntó la cajera, esbozando una sonrisa enigmática.

—Vengo a cobrar un cachito —dije lo más serio que pude.

—El premio mayor, ¿no?

Y al decirlo, la cajera de al lado soltó una risa medio descarada. Mi cajera tomó el pañuelo, que en ese momento —me extrañó—, tenía demasiados nudos. “¿A qué hora se los hizo?”, me preguntaba mientras las uñas largas de la cajera deshacían los nudos uno tras otro.

Fueron largos segundos de no entender nada. Cuando terminó con el último nudo yo había perdido el aplomo, pero aún tenía esperanzas de ver allí mi gran tesoro…

Adentro del pañuelo no había más que papelitos blancos, papelitos blancos y nada más que papelitos blancos.

Los estafadores habían hecho un trabajo perfecto.

Al menos no hubo ninguna burla ni regaño cuando subí al piso 15 de la Lotería a decirle a mi mamá que me habían robado toda la quincena. Sólo hubo un silencio enorme en toda la oficina. Y un hoyo en la boca del estómago que me acompañó todo el camino de regreso a casa. Cuando pasé frente al taller no quise ni voltear a ver la bicicleta de mis sueños y me seguí de largo hasta llegar a la casa y meterme a la cama, donde me pasé todo el día reconstruyendo la escena.

¿Cómo habían podido engañarme? ¿A qué hora lo hicieron? Si vuelven los pasos y desmenuzan el relato descubrirán dónde y cómo estuvo el engaño: comprenderán, por ejemplo, que el periódico tenía el mismo número que el cachito, pero no la misma fecha; por eso se veía tan viejo.

Confirmarán que nunca tocamos un timbre en el edificio y que no existía el despacho del licenciado porque, en realidad, él sólo fingió que salía de su oficina.

Se darán cuenta también que resultaba absurda la idea de darme a guardar el cachito a mí: si a la que iban a inyectar era a la señora, ¿por qué no podía el licenciado guardar el cachito?

Lo que habían hecho era alimentar mi codicia.

Y, por último, descubrirán que al momento de enseñarme cómo debía guardar el pañuelo, allí fue donde el licenciado intercambió los pañuelos: metió su mano al saco y guardó el pañuelo del dinero mientras hábilmente sacaba un segundo pañuelo idéntico, pero lleno de papelitos blancos.

¿Por qué yo nunca quise darme cuenta? ¿Tal vez porque lograron sembrarme la ambición? ¿Tal vez porque era un ingenuo? ¿O porque eran ellos unos estafadores profesionales? ¿O las tres al mismo tiempo?

Lo cierto es que esa quincena no la olvidaré jamás. Después de esa estafa, pasaron diez años para que yo comprara una bicicleta, que encantado pagué con mi primer salario. Pero lo más cierto de todo es que, desde entonces, nunca juego a la lotería.

El mito de Atlatl

Antonio Domínguez Hidalgo

Yo soy todos, porque si no, nada sería. Estaría solo y según me han enseñado mis antepasados, poco podría yo hacer sin la ayuda de los demás, pues cada quien es como un dedo de la mano, diferente, pero en unión, los cinco, los diez, pueden realizar muchas cosas. Por eso me siento feliz y satisfecho cuando junto con todos los que usamos el atlatl, este maravilloso instrumento que inventaron nuestros abuelos toltecas y que nos sirve para cazar, pescar y defendernos gracias a nuestra hermanita caña, a unas cuerdas y los dardos, vamos levantando con todo el sudor que provoca nuestro esfuerzo, la primera de las estatuas gigantescas que representan a quienes con su valor, su voluntad y su inteligencia creadora nos han dado el Tloque Nahuaque, la comunidad, la hermandad, en la cual vivimos. Los hombres de conocimiento combatientes. Ellos supieron utilizar al máximo el atlatl y lo portan a su lado. Al ponerlos en la parte plana de la pirámide, el momuxtli, nos harán sentir que son el sostén del cielo, ese espacio bajo el cual transcurren hoy nuestras vidas. Uf, un poco más y lograremos instalar el primero. ¡Fuerza! ¡Podemos lograrlo! Somos muchos quienes lo estamos haciendo y todos respondemos como uno. Es necesario colocarlos todos para la gran fiesta o mitote de la atadura de años. Un nuevo ciclo comenzará, aunque yo siento un poco de temor, pues he

visto que se aproximan en la nueva era, algunos cambios. Ce acatl Topiltzin, nuestro señor Quetzalcoatl, que lleva el nombre del símbolo creador, ha estado preocupado y se le nota como triste, hasta angustiado, a pesar de su seño severo, pero amable. Digo que he visto, porque yo, como individuo poseo un don que me ha otorgado el Teotl Ipalnemohuani, la energía por la cual todos vivimos, y que consiste en descubrir por medio de los signos que van apareciendo en la naturaleza y en la sociedad, lo que puede suceder. Es como un proceder numérico que me permite anticipar los hechos posibles de suceder. Descifro y comprendo las infinitas combinatorias sígnicas. Dicen que soy un vidente y por eso mi nombre, como persona, Cuauhtlatoa, está formado por dos palabras Cuauhtli que significa en nuestra lengua, águila, pues mis ojos como los de ella, pueden ver a grandes distancias, y tlatoa, que quiere decir hablar. Mi fama como portador de un atlatl se debe a esta cualidad que con frecuencia me asusta, pues no quisiera que pasara lo que deduzco en los agüeros que veo, y sin embargo tengo la obligación moral de comunicarlo para prevenir e intentar evitar la realización, o por lo menos suavizar, los presagios que siempre nos rondan: sequías, diluvios, invasiones, enfermedades; aunque también abundancia, alegría, mayores uniones entre los pueblos.

¡Al fin hemos colocado el primer macehualli atlatl! El recordado elegido portador de un atlatl. Pero faltan más y debemos continuar con los que siguen. Este primero nos ha llevado mucho tiempo esculpirlo. Hemos traído entre todos, enormes bloques de piedra de las sierras circunvecinas y de las muy lejanas, y nadie ha dejado de mostrar sus fuerzas para lograr esta alegría individual de contribuir a la felicidad colectiva. A veces, cuando toco las piedras, aparecen en mi mente unos signos extraños (Atlantes de Tula) que me indican que serán eternas y en un lejano futuro causará asombro esto que hacemos con gran contento; por nuestro propio gusto y con toda la fuerza de nuestra voluntad irradiada por nuestro cerebro y que da órdenes de entereza a nuestros músculos y a nuestra resistencia.

Me asusta un poco los rumbos que adquirirán nuestras grandes estatuas; a muchos les asustarán; a otros les sorprenderá hasta la admiración infinita; unos supersticiosos invasores las tomarán como engendros del mal, pero con el tiempo, cuando ellos se alejen y los nuevos días maduren, les servirán a los futuros videntes para aprender lo que para entonces parecerá olvidado. Así será como nuestros esfuerzos de hoy, repercutirán en la salvación del mañana.

Ya el grupo de los ocelotl atlatl, ocelotes combatientes, traen la segunda escultura. ¡Qué aguerridos son! ¡Cuánta musculación despliegan! ¡Es un asombro ver el feliz esfuerzo que hacen! Ya la pusieron al pie de la escalinata central. Ahora nos toca a nosotros, los del calpulli Cuauhtli atlatl, los que formamos la comunidad de los videntes, subirla poco a poco. ¡Adelante compañeros! ¡Tihui, tihui! Vamos juntos... ¡Uf! ¡Vamos, vamos! ¡Un poco más...y ya!



Agujereado colador

Laura Martínez Belli

Tres cosas que Beatriz no decidió afectaron su vida: su peso, su estatura y su miopía. Y por esas tres cosas, precisamente, Beatriz odiaba ir a la escuela. No le gustaba la forma en que Arturo y Valentina la molestaban. Todo el día se la pasaban incordiándola con comentarios de mal gusto. Que si estaba gorda, que si estaba chaparra, que si usaba lentes. Comentarios crueles y estúpidos que, aunque al principio le resbalaban como mantequilla en pan caliente, al escucharlos constantemente terminaron haciendo mella en un corazón noble, pero ajado.

A fuerza de escuchar las burlas de sus compañeros y sus insistentes menosprecios, Beatriz terminó por convertirse en una especie de colador. Cualquier comentario amable o de aliento terminaba por escurrirse por los agujeros de su alma sin que nada pudiera contenerlos.

Pero Beatriz tenía un don secreto a la espera de alguien que viniera a descubrirlo como un jeroglífico o una gran piedra de Roseta: su voz. Su vozarrón, para ser exactos. El volumen de su caja torácica era tal, que cuando Beatriz cantaba, su voz resonaba como en teatro griego. Pero Beatriz sólo cantaba en la regadera o —si insistían mucho— en los cumpleaños de sus papás. Todos los invitados comprendían la insistencia de los familiares cuando después de mucho rogar, aparecía una tímida Beatriz en escena, y a viva voz comenzaba a cantar como la mejor de las sopranos. Algunos se emocionaban hasta las lágrimas, otros, sin habla, se limitaban a aplaudir a la niña y a su maravillosa capacidad de entonar las notas más difíciles.

Pero en la escuela nadie sabía que Beatriz cantaba. Mucho menos Arturo y Valentina, que juzgaban por lo que veían en la superficie. En realidad, ellos eran a su vez personas más inseguras que Beatriz, y sólo molestándola conseguían proyectar una imagen superior de sí mismos. Molestar a Beatriz sólo era un reflejo de cuán pequeños se sentían ellos.

Y así fueron pasando días, escondiendo sus dones tras una coraza.

Hasta que llegó el concurso. El letrero decía: “IX Festival de Talento” y por la fecha del cartel, estaba próximo a celebrarse. Los niños, quien más, quien menos, se inscribieron en manada. Incluso Beatriz se apuntó en la lista. Estaba emocionada. Llegó a imaginarse dando gracias a un público en pie. En su ensoñación estaba cuando sintió que le golpeaban en la nuca. ¡Zas!



—Qué te pasa, gorda… ¿a poco piensas participar para que todos se rían de ti?

Sin necesidad de voltear, Beatriz supo muy bien quién le hablaba. Conocía esa voz porque se colaba en sus pesadillas. Ni siquiera se atrevió a levantar la mirada. Pensó en contestar, pero el miedo se lo impidió. De nuevo, otro insulto. Otro menosprecio. La sonrisa de Beatriz desapareció, y ella —como tantas otras veces— se convirtió en un colador.

Pero de pronto, de la nada salió otra voz. Jamás la había escuchado antes. Era una voz fuerte, segura, firme. La voz dijo:

—Déjala en paz.

Sólo entonces Beatriz alzó la vista, sorprendida.

Y lo vio.

Ahí estaba él. De pie. Desafiante, sosteniéndoles la mirada a Arturo y a Valentina sin parpadear. Nunca lo había visto antes.

—¿Y tú quién eres? ¿Su novio? —dijeron socarrones.

Beatriz contuvo la respiración.

—Déjala en paz o te arrepentirás.

Había algo en él que imponía respeto. Quizás era su forma de mirar. Miraba como los valientes. Como miran aquellos que no se callan ante las injusticias, ni se achantan ante la adversidad. Era, simple y llanamente, un triunfador.

Arturo y Valentina se dieron media vuelta, burlones. Disimulando con sus muecas el jarro de agua fría que acababan de recibir.

Cuando se fueron, el chico le preguntó a Beatriz:

—¿Estás bien? —a lo que ella respondió asintiendo con la cabeza.

Luego, él le dijo:

—¿Por qué dejas que te hablen así?

Beatriz se sintió sumamente incómoda.

¿A qué se refería el muchacho? ¿Qué quería decir con eso? Ni modo que se pusiera de a pechito. Ellos, por maldad, la traían con ella desde hacía años. Y ya se había vuelto costumbre.

Incluso se sintió culpable. Quiso argumentar muchas cosas, en lugar de eso, tan sólo dijo:

—Porque sí.

El muchacho la miró severo, como un juez justiciero.

Beatriz se achantó.

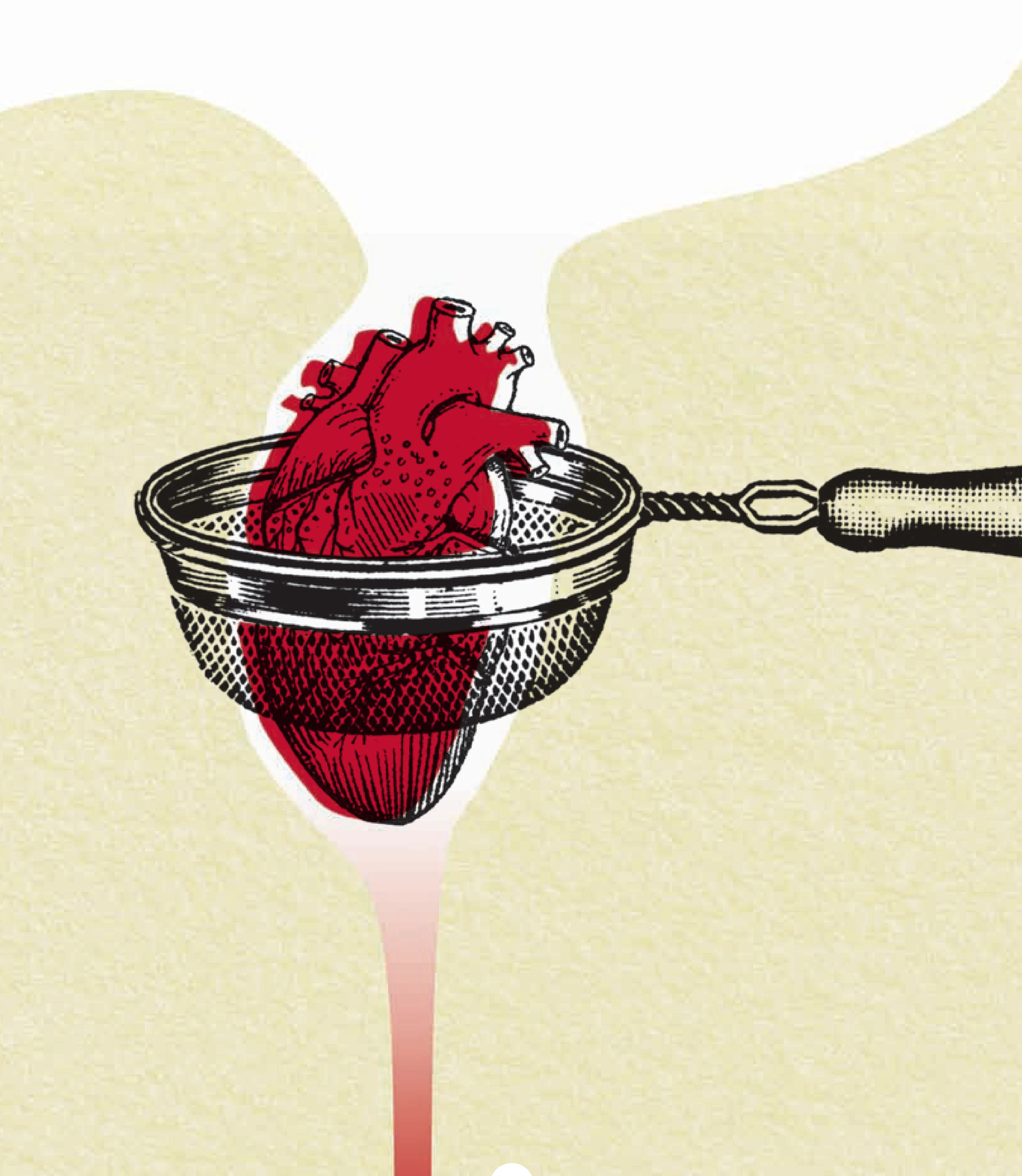
Después él le habló:

—Escucha bien lo que voy a decirte.

Beatriz se acomodó los lentes sobre el puente de la nariz.

—Vas a cantar en ese concurso…

Beatriz abrió los ojos como hacen los búhos. ¿Cómo sabía este muchacho,



al que no había visto jamás en su vida, que ella sabía, podía, cantar? Sin embargo, no interrumpió.

—...Y vas a ganar. Y cuando ganes, vas a ir donde este par de escuincles babosos y les vas a decir que ésta es la última vez, ¿me sigues?, la última vez que se burlan de ti o de alguien más. Y se lo vas a decir segura, contenta. Pero lo más importante, es que tú te lo creas. Porque si tú no te quieres y te respetas y te valoras, jamás nadie lo hará.

Beatriz escuchó la retahíla motivacional con la saliva atorada en la garganta. Sintió como si una mano invisible la zarandeara. La abofeteara. Le gritara "despierta, reacciona, no te dejes". Y luego sintió un abrazo cálido, como si algo o alguien la apapachara, transmitiéndole paz y fortaleza. De pronto, Beatriz se reconoció fuerte, capaz, y no entendió cómo se había dejado achantar por palabras tan necias como las de Arturo. Ella no era una foto en un anuario, ni las medidas de su cintura. Cerró los ojos un momento, y al abrirlos, el muchacho ya no estaba.

A partir de ese día comenzó a cantar a todas horas. En los pasillos de la escuela, mientras esperaba el transporte, cuando ayudaba a hacer la compra. Todo el tiempo iba cantando. Y con cada melodía se reforzaba en la idea de que ella era grande, talentosa, capaz. Comenzó a cuidar su dieta y cada vez que se veía al espejo se reconocía nueva. Diferente.

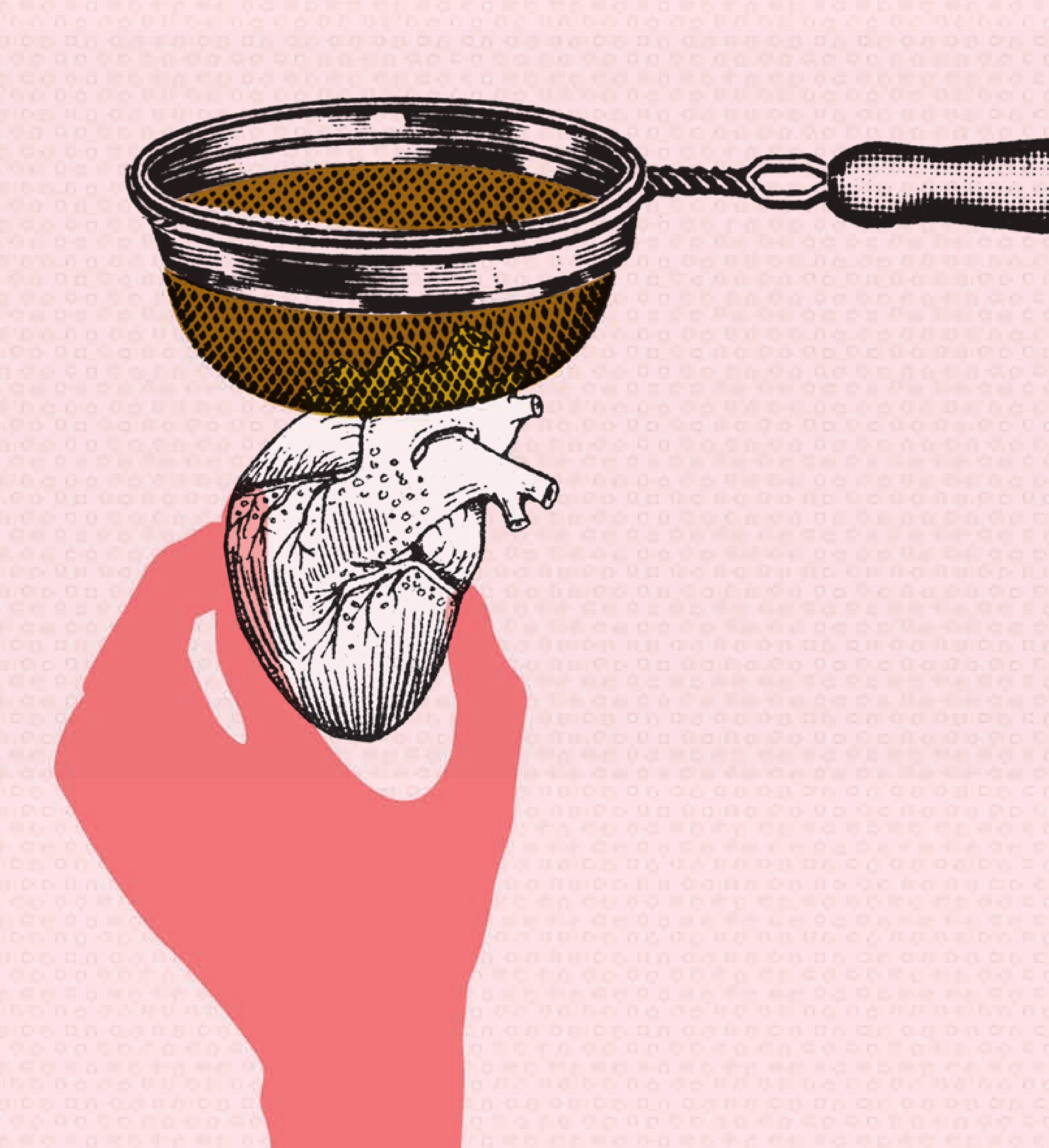
Hasta que llegó el día del festival.

Y cantó.

Cantó con toda su alma a ese muchacho al que nunca más volvió a ver, pero que le había hecho creer, así, sin más, que había una salida. Que aguantar el maltrato, el acoso, la humillación, no es opción ni debe tolerarse.

Al terminar, recibió una ovación más gratificante que cualquier premio. Y se prometió que jamás permitiría que nadie la menoscabara ni menospreciara de nuevo. Ella era Beatriz, la de la voz portentosa. Y venía envuelta en ese paquete. Quien no fuera capaz de ver la belleza del conjunto no merecía ni la más diminuta de sus lágrimas.

Y Beatriz jamás volvió a ser el agujereado colador que una vez fue.



La monja roja

Karolina Grissel Lara Ramírez





Por fin, hogar dulce hogar. Regreso a casa para descansar después de una larga jornada de trabajo, prendo el televisor —insisten en que votar es importante—, por favor, "el voto", ¿para qué pensar en cosas innecesarias?, mañana hay más trabajo. Decido ir a dormir.

Sueño que recorro un hermoso parque, en él me encuentro con una estatua de un hombre que tiene su mano izquierda en el pecho y la mano derecha se encuentra levantada hacia el cielo, el clima de ese lugar es cálido; de repente, una mujer se acerca a mí, ella está vestida elegantemente con un vestido rojo, me llama por mi nombre: "Ximena", y me pregunta:

Elvia: ¿Ha cambiado nuestro país para nosotras las mujeres?

Ximena: Sí, pero… ¿Quién eres tú? ¿Dónde me encuentro?

Elvia: Soy Elvia y te encuentras en Motul, Yucatán, ciudad donde yo nací en el 1878.

Ximena: Y tus papás, ¿cómo se llamaron?

Elvia: Mi mamá Doña Adela Puerto Solís y mi papá Don Justiniano Carrillo Pasos.

Ximena: ¿Tuviste hermanos?

Elvia: Sí, 13 hermanos, Felipe uno de mis hermanos mayores fue gobernador de nuestro estado, es el hombre aquel del cual se inspiraron para la estatua que se encuentra en este parque. De pequeña observaba las injusticias, las desigualdades económicas, la explotación que pasaban los campesinos mayas con jornadas largas de trabajo y sin salario, las mujeres no tenían tantas posibilidades educativas y económicas, hay tantas cosas, ¡mare!

Fui bilingüe: dominé la lengua maya y el castellano. Estudié en una escuela religiosa y también ayudaba a mis padres a atender una tienda de abarrotes, pero a los 13 años me enamoré de un joven maestro llamado Vicente Pérez Mendiburo.

Era unos años más grande que yo, con él tuve a mi único hijo, al que decidimos ponerle por nombre Marcial.



Ximena: ¿¡Tan joven te casaste!?

Elvia: Sí, en mi época las mujeres se casaban muy jóvenes Bueno, desafortunadamente, enviudé 10 años más tarde.

Ximena: Yo tengo 25 años y no he casado aún, no es una decisión que me parezca oportuna. Además, ahora las mujeres y los hombres tenemos los mismos derechos. Es una decisión que me toca a mí y sólo a mí.

Elvia *(muy contenta)*: ¿¡De verdad!? Yo de joven no podía tomar decisiones, me asignaron marido y marido tomé. Sin embargo, como me quedé viuda tuve que trabajar. Había aprendido taquimecanografía y un tiempo después decidí ser maestra, me inspiraron las ideas del sacerdote catalán anarquista Serafín García, y de Rita Cetina, maestra que fundó la primera organización feminista de Yucatán "La Siempreviva", y una revista con el mismo nombre. Con los artículos de esta revista yo aprendí mucho de lo que sé. Antes de que se levantara en armas nuestro país, trabajé activamente para la causa antirreleccionista contra los gobernantes de esos tiempos, era mensajera y propagandista.



Durante la Revolución fundé, con la ayuda de más mujeres, la primera organización femenina campesina, en 1912. Por ello, era conocida como la Monja Roja del Mayab, por mis ideas socialistas; luché por la reivindicación de los derechos políticos de las mujeres, por buscar incorporarlas en la política agraria y que a las mujeres jefas de familia, se les garantizara los mismos derechos que a los hombres en la distribución de tierras, por eso tenía enemigos. Tiempo después de la Revolución fui la primera candidata de izquierda electa al congreso yucateco, cargo que desempeñé por dos años y que tuve que dejar por amenazas de muerte.

En los congresos feministas que asistíamos, destacábamos las demandas que queríamos lograr: control natal, el divorcio y el voto femenino. Años más tarde desaparecieron estos grupos, pero continúe mi lucha de manera individual por la ciudadanía de las mexicanas, presenté ante el Congreso de la Unión una reforma al artículo 34 constitucional, para hacer valer el derecho a



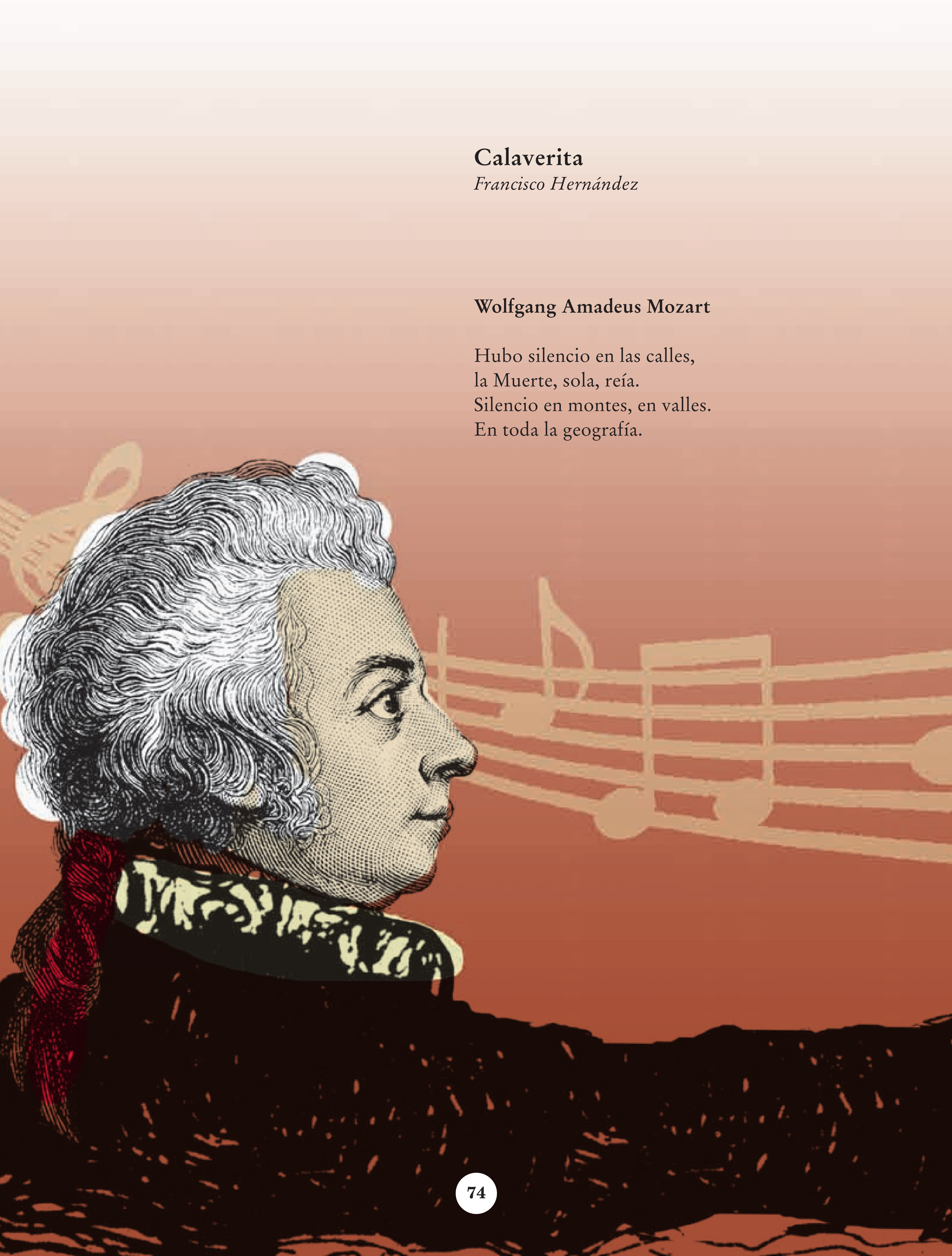
la Mujer, pasaron diferentes presidentes y ninguno enviaba una iniciativa de ley para reformar este artículo, hasta que Adolfo Ruiz Cortines lo hizo posible en el año de 1953.

Ximena: ¿Y por qué tú te apareces en mi sueño Elvia?

Elvia: Porque tú crees que el voto no es importante y vaya que lo es. Te cuento que en mi época no teníamos la posibilidad de elegir, de estudiar, de que reconocieran nuestro trabajo, de tener un salario. En cambio ahora, tú puedes elegir cuántos hijos tener, así como disfrutar de muchos derechos más; mismos por los que, las mujeres luchamos en la Revolución, y dimos incluso hasta la vida para que posteriormente las mujeres disfrutáramos de éstos.

Es la hora de partir para mí, y para ti de despertar no sólo de este sueño, recuerda que el voto no es únicamente marcar una hoja para ponerla en una casilla, es el derecho de elegir y piensa en las mujeres que lucharon por ello. Adiós, espero que vuelvas a mi Motul querido.

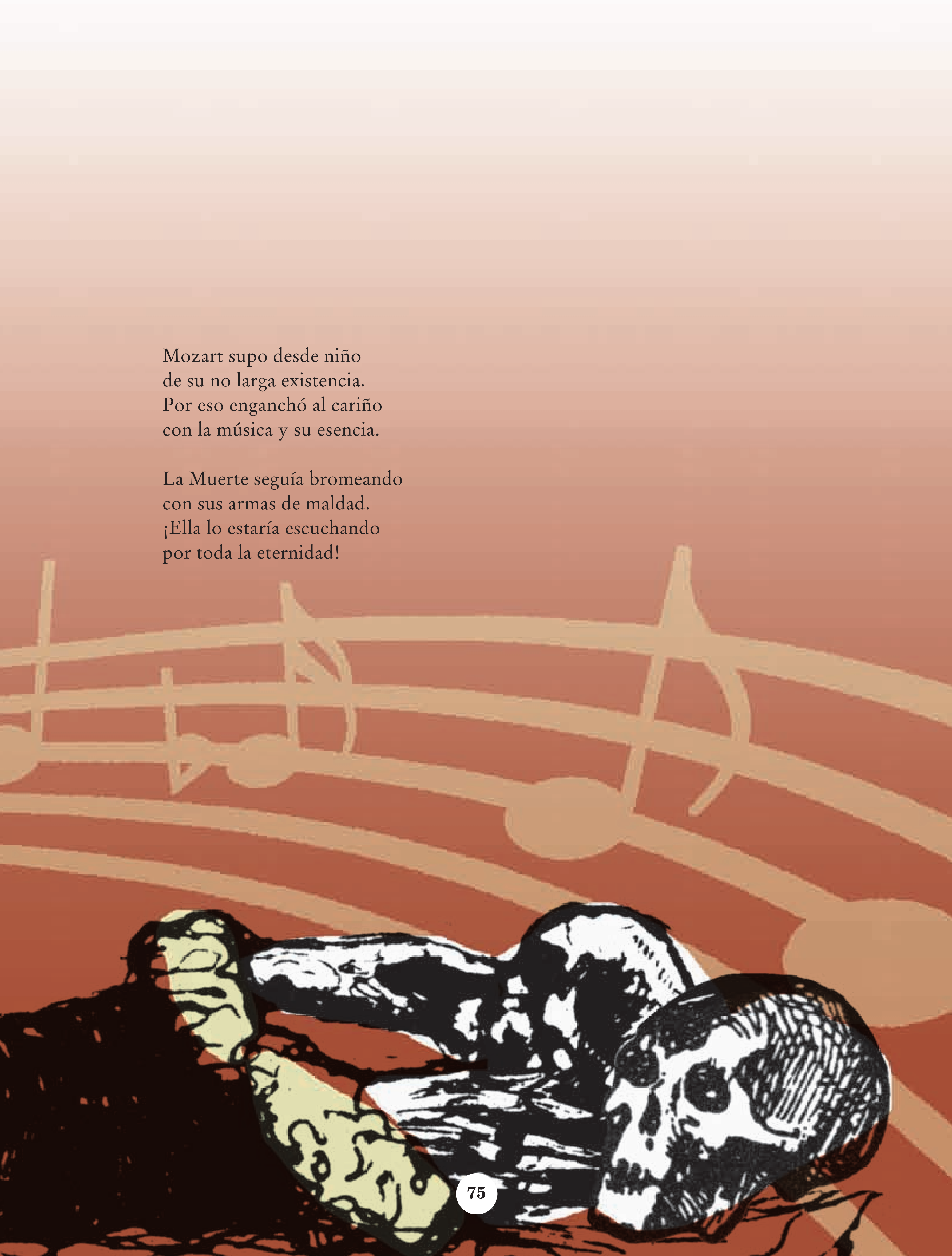




Calaverita
Francisco Hernández

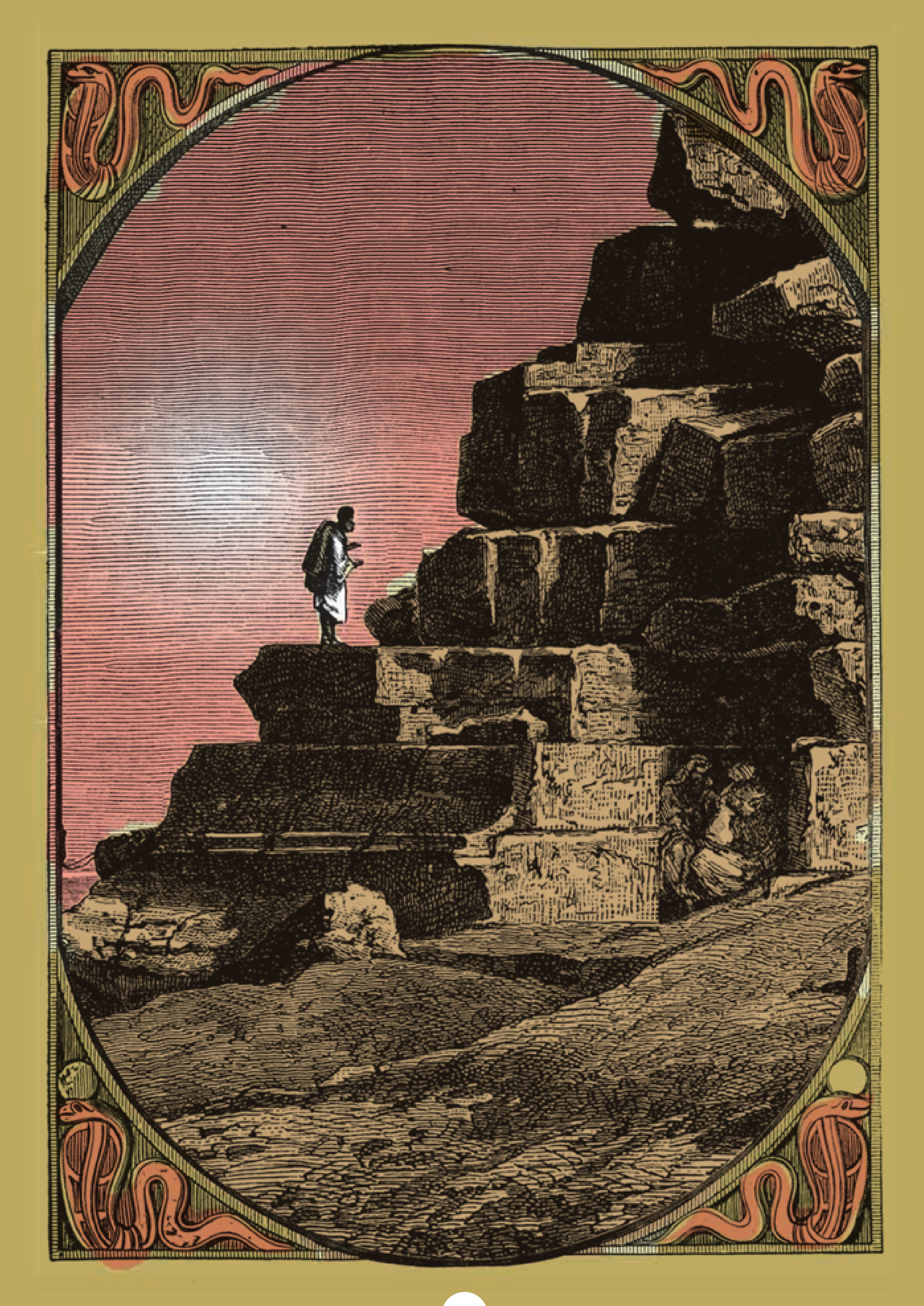
Wolfgang Amadeus Mozart

Hubo silencio en las calles,
la Muerte, sola, reía.
Silencio en montes, en valles.
En toda la geografía.



Mozart supo desde niño
de su no larga existencia.
Por eso enganchó al cariño
con la música y su esencia.

La Muerte seguía bromeando
con sus armas de maldad.
¡Ella lo estaría escuchando
por toda la eternidad!





La recompensa de Nefru

Enrique Serna

Pasada la medianoche, Nefru se levantó de la cama y caminó descalzo hacia el dormitorio de sus padres: ambos roncaban con un sueño de piedra. Era el momento de emprender la gran aventura que había estado planeando en los últimos meses. Suti, su mono, le saltó a los hombros con ganas de jugar y tuvo que apartarlo de un manotazo. Fue a la cocina en busca de una lámpara de aceite, que se ató a la cintura con una cuerda. Por si las dudas también se metió una daga en el taparrabos: así estaría más seguro si alguien lo atacaba. Con el mayor sigilo abrió la reja de bambú que daba a la calle. Estaba desierta y sólo se escuchaban a lo lejos los aullidos de los lobos y el ulular de las hienas. Desde su nacimiento, Nefru había vivido en Deir el Medineh, la aldea de trabajadores que erigían y adornaban las tumbas de los faraones, y tenía un mapa mental de sus callejuelas que le permitió caminar a ciegas, en medio de la espesa oscuridad, sin tropezar con ningún hoyanco.

Más allá de la aldea comenzaban las dunas del desierto. Al empezar a recorrer sus abruptas veredas encendió la lámpara de aceite. No temía a las fieras de los alrededores, porque el fuego las ahuyentaba. En cambio le aterraba toparse con alguno de los animales fantásticos que merodeaban por el desierto: leones alados, lobos con hocico de víbora, halcones gigantes que podían alzarlo en vilo con sus enormes garras. Al cabo de una larga caminata llegó al Valle de Los Reyes, el gran cementerio de los faraones egipcios. Era un valle árido, circundado por peñascos y montañas de piedra caliza donde jamás había crecido una hierba. Los promontorios alzados en el valle indicaban el lugar de las tumbas y cada uno tenía una puerta de piedra sellada a cal y canto. Nefru había oído historias fabulosas sobre los tesoros que los faraones se llevaban al inframundo, para gozar en el más allá los mismos lujos y comodidades que tuvieron en vida, pero jamás había podido ver una tumba por dentro. La única vez que le había manifestado ese anhelo a su padre, se llevó un duro regaño:

—¿Estás loco? Los faraones son dioses y sus tumbas son sagradas. Profanarlas puede costarte la vida.

La prohibición sólo avivó más su curiosidad y a partir de entonces, bajo el pretexto de llevarle la comida a su padre, que trabajaba en el valle con un grupo de canteros y escultores, se había dedicado a explorar la necrópolis por su cuenta. De tanto subir y bajar por las pequeñas lomas, había descubierto que





una de las tumbas más antiguas, la del faraón Tutmosis I, excavada al pie de un roquedal, en el recodo más apartado del valle, tenía una imperceptible hendidura en la bóveda, por la que podía caber un muchacho flexible y delgado como él. Era una tumba con tres siglos de antigüedad, olvidada por los sacerdotes de Tebas, que sólo llevaban ofrendas a los faraones de la última dinastía. Cuando llegó a ese inhóspito confín del cementerio, Nefru escaló el promontorio como una lagartija, localizó la hendidura de la bóveda y trató de ensancharla usando como mazo una piedra de buen tamaño. Cuando ya había metido la mitad del cuerpo hasta la cintura, se quedó con las piernas colgando en el aire. No había tomado en cuenta que esas bóvedas podían tener una altura considerable. O saltaba al vacío, exponiéndose a una fractura, o volvía a casa con el rabo entre las piernas.

El golpe contra la piedra caliza fue duro, pero pudo amortiguarlo con el muelleo de las rodillas. Sólo se falseó el tobillo derecho, uno de sus puntos más débiles. El frío le puso la piel de gallina y lamentó haber salido de casa con el pecho desnudo. Al encender la lámpara de aceite advirtió que no estaba en la galería principal de la tumba, sino en el corredor de acceso, una gruta decorada con relieves multicolores de escenas de caza, pesca y trabajos agrícolas. Soy el primero en ver estas hermosas pinturas, pensó con orgullo, sólo por esta hazaña merezco hacerme famoso. Caminó por el estrecho pasadizo, cojeando un poco por la torcedura del tobillo, hasta llegar a un punto donde el corredor se bifurcaba. Tomó el pasillo de la izquierda hasta topar con una pared llena de jeroglíficos. Era un falso corredor para despistar a los intrusos. No le sorprendió hallarlo, pues de tanto escuchar las charlas de su padre con otros obreros y artesanos de la necrópolis, sabía que por dentro las tumbas tenían esas trampas. Regresó a la bifurcación tiritando de frío: ya empezaba a sentir en la garganta un incómodo escozor con flemas. Tomó el pasillo de la derecha, adornado con pinturas de Osiris, el dios descuartizado y momificado que juzgaba a los muertos en el cielo inferior, y llegó a otro callejón sin salida. Ayúdame, Osiris, padre mío, si me pierdo en este laberinto quizá nunca pueda salir, pensó con espanto. Se imaginó una muerte horrible por inanición, la angustia de su madre cuando lo buscara por toda la aldea, la gula de los gusanos devorando sus vísceras. Quién le mandaba ser tan atrevido y tan loco. Pero al recargarse en el muro para tomar aire, descubrió que una de las rocas estaba suelta. La empujó con todas sus fuerzas, los pies recargados en el muro opuesto para tener un punto de apoyo, y cuando al fin logró removerla se metió de cabeza por el boquete. ¡Había dado con la cámara funeraria! Honor a ti, patriarca de las tinieblas, me inclino ante tu poder con humildad y fervor.

En la bóveda del techo estaba pintado un cielo azul oscuro con estrellas doradas, el emblema de la diosa Nut, la señora de la noche, también llamada











la Vaca del Cielo, que se tendía con el cuerpo arqueado sobre su marido Geb, el dios de la tierra. Ambos habían procreado a Osiris en el principio de los tiempos. Como los muertos se unían al sol en su peregrinaje nocturno, debían quedar cobijados por el firmamento. Contempló el cuerpo estrellado de Nut con el fervor que sus padres le habían inculcado desde la cuna, y avanzó despacio hasta el centro de la cámara mortuoria. El corazón le dio un vuelco al encontrar una barca solar chapada en oro, con asientos forrados de seda carmesí. Era idéntica a la que navegaba por el Nilo en los días de fiesta, cuando los sacerdotes de Tebas sacaban en procesión la estatua del dios Amón-Ra. El muerto la necesitaba para surcar los ríos subterráneos en su viaje a los aposentos del sol. Nefru lo sabía y sin embargo tuvo el atrevimiento de sentarse en el sitio destinado al faraón. Por un momento sintió el dulce mareo del poder absoluto, pero temió despertar la ira de los dioses y se levantó de inmediato. Detrás de la barca solar había un cofre de marfil con incrustaciones de zafiros, envuelto en un denso velo de telarañas. En sus cuatro costados tenía relieves que describían las gestas heroicas del faraón en las guerras contra Nubia y Siria. Levantó la tapa con ansiedad, haciendo chirriar los enmohecidos goznes. Contenía vasos de alabastro, figurillas de campesinos y artesanos tallados en madera (la cuadrilla de siervos que debía trabajar para el difunto en la otra vida), un matamoscas que podía serle útil en su travesía fluvial, una jarra de cristal cortado que alguna vez estuvo llena de vino, un ojo de Horus con incrustaciones de lapislázuli, numerosas estatuillas del faraón, la efigie de Anubis, el perro negro que acompañaba a los muertos en su viaje de ultratumba y una montaña de alhajas que fue sacando de dos en dos, y de tres en tres, deslumbrado por el fulgor de las piedras preciosas. Pero apenas tuvo tiempo de engolosinarse con ellas, porque de pronto reparó en la pieza más importante de la tumba: la capilla de madera recubierta de oro que encerraba el sarcófago de Tutmosis I.

No pudo descifrar los jeroglíficos inscritos en la superficie exterior, porque en Egipto sólo sabían leer los nobles, la casta sacerdotal y los escribas de la corte, pero un reverente pavor le hizo recordar las advertencias de su padre. Si violaba el sepulcro tal vez quedaría reducido a cenizas, pero la tentación de ver a la momia de Tutmosis I era demasiado fuerte. Hizo un esfuerzo sobrehumano para tratar de abrir las pesadas puertas plegables, cerradas con tornillos de ébano. Imposible, la gruesa madera de cedro con espigas de bronce y roble era inexpugnable. Cuando hacía el segundo intento por allanar el sepulcro, pujando hasta ponerse morado, lo sobresaltó un ruido de pasos que provenían de la gruta de acceso. Cuidado, quizá era un centinela. Apagó la lámpara de aceite y corrió a esconderse detrás de la capilla. Enseguida irrumpieron en la







cámara funeraria tres hombres de fea catadura, con la barba mal rasurada, que llevaban sacos de cáñamo, trancas y herramientas para excavar. Dos de ellos eran altos y fornidos, el otro, delgado y pequeño. Hasta el escondite de Nefru llegó su tufo a cerveza. Si me descubren estoy perdido, pensó, empuñando la daga con el pulso trémulo. Por fortuna se dirigieron al cofre de marfil, como si conocieran de antemano la disposición de los tesoros y tuvieran un plan bien estudiado. Quizá entraron por la puerta principal —dedujo Nefru—, pues no han advertido el agujero que abrí: deben estar coludidos con algún centinela. Los hachones que llevaban eran más potentes que su lamparita y la tumba quedó mejor iluminada. Nefru pudo ver con claridad como echaban en los sacos todas las joyas y objetos preciosos del cofre. Cuando terminaron de vaciarlo se dirigieron a la capilla.

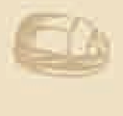
—Ábranla —ordenó el ladrón de baja estatura, lampiño y picado de viruelas, que parecía el cerebro de la banda.

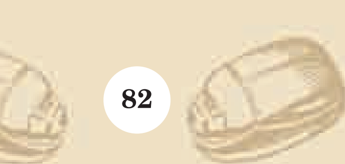
Los dos fortachones forzaron las puertas plegables con una destreza que denotaba allanamientos previos. Pero adentro había otra capilla, más pequeña y lujosa, con el techo inclinado. Esta vez, el propio jefe de la banda destrozó el cerrojo con un mazo. Pero dentro de la segunda capilla había una tercera más pequeña. Nefru pensó que el truco de las capillas superpuestas se prolongaría hasta el infinito. Los fortachones abrieron a patadas la tercera capilla, impacientes ya por largarse de ahí. En su interior había un sarcófago de cuarcita roja con la efigie del faraón.

—Bravo, esto se merece un brindis. A tu salud, majestad —el hampón cacarizo sacó del saco una jarra de cerveza, brindó con el difunto, y después de eructar en forma soez le pasó la bebida a los dos compinches.

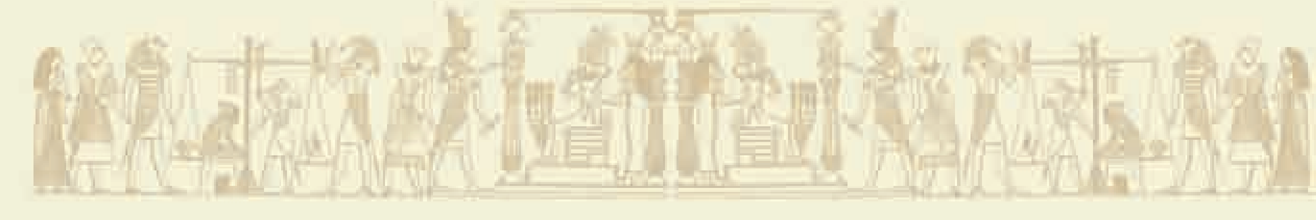
Envalentonados por el trago, los ladrones abrieron el sarcófago con un cincel y un mazo. La momia del faraón, asombrosamente bien conservada, tenía un rictus de dolor en los labios, como si hubiera sufrido atroces tormentos para expiar sus culpas. ¿O había torcido la boca en protesta por ese ultraje? Una enmarañada cabellera negra le bajaba hasta la cintura y el cutis amarillento con textura de pergamino permitía adivinar su fisonomía severa y autoritaria. En los gruesos vendajes de lino que envolvían su cuerpo llevaba prendido un escarabajo de rubí, una habichuela de oro, un pectoral con el ojo de Horus, y otros amuletos que debían protegerlo contra los colmillos de Apofis, la serpiente que torturaba a los muertos impíos.

—Lamento perturbar tu sueño —dijo el jefe de los ladrones—, pero me van a pagar una fortuna por ti.







En son de burla, el rufián acarició con la punta del dedo la barbilla de la momia. Parecía saborear al máximo la oportunidad de humillar a un hombre que en vida había sido venerado como una deidad. Nefru tuvo ganas de estornudar. A duras penas logró controlarse, las sienes palpitantes de angustia. Esos malditos no se tentarían el corazón para matar al único testigo de su sacrilegio. Pero aunque se tapó la nariz con los dedos, la comezón nasal volvió con más fuerza.

—¡Achú!

—¿Qué fue eso? —dijo el ladrón más fornido, repentinamente acobardado.

—¡Es él, huyamos! —el jefe cacarizo señaló a la momia del faraón, y los tres corrieron despavoridos.

Nefru se quedó escondido un buen rato detrás de la capilla, por miedo a que los ladrones volvieran. Finalmente se atrevió a salir, sorprendido por el







efecto imprevisto de su estornudo. Sin querer había salvado al faraón de errar en las tinieblas y caer en las fauces de Apofis. Alarmado por los destrozos de los profanadores, tapó como pudo el sarcófago de madera, cerró las puertas de las tres capillas y volvió a guardar en el cofre todos los tesoros que los rufianes habían abandonado en su precipitada fuga. Él era un explorador temerario, no un vil ladrón, y el comportamiento de los saqueadores le había repugnado.

Volvió a casa poco antes del amanecer, débil y aquejado por una tos seca. Desde la calle no se podía abrir la reja de bambú. Trepó como una lagartija el muro de adobe, raspándose las piernas y los brazos con las espinas de la enredadera. Se deslizó por el techo hacia la terraza, procurando no hacer ruido, y logró meter las piernas por un hueco del emparrado. Momentos después, cuando su madre entró al cuarto a despertarlo, lo encontró acatarrado y con fiebre. Le preparó una infusión de hibisco y le ordenó que se metiera todo el día en la cama. Durmió de un tirón más de siete horas, soñando que salvaba los doce obstáculos del inframundo para obtener el máximo premio destinado a los muertos: vivir para siempre convertido en estrella. Lo despertó a media tarde una charla de sus padres en el cuarto vecino.

—Eché a perder la estatua de la reina —dijo su padre, angustiado—. Sin querer le partí el dedo gordo del pie y ahora tendré que pagar todo el bloque de granito. Es enorme y cuesta una fortuna. Pero mi único bien es esta casa.

—No pueden echarnos a la calle por un accidente.

—Claro que pueden, y encima voy a recibir doscientos bastonazos.

—Osiris nos ayudará, voy a implorarle clemencia.

Nefru se sintió culpable por dedicarse a profanar tumbas mientras la familia pasaba apuros. Para colmo, su gripa empeoraba. Al filo del anochecer soltó un violento estornudo. Pero en vez de arrojar mocos por la nariz le salió una pequeña turquesa. Alcanzó a ocultar la piedra bajo la manta antes de que su madre entrara en el cuarto.

—Tápate bien, mi amor —lo reprendió con afecto—, no sé cómo pudiste resfriarte si aquí hace tanto calor.

Nefru siguió estornudando toda la noche piedras preciosas: rubíes, perlas, amatistas, cornalinas, hasta reunir debajo de las sábanas un pequeño tesoro. Con cada estornudo iba desapareciendo la congestión de los bronquios, la debilidad muscular y el dolor de cabeza. Antes de que sus padres se despertaran dejó el montículo de piedras preciosas en el altar familiar donde su madre había estado orando. Creerá que Osiris oyó sus ruegos, pensó, pero yo sé a quién debemos darle las gracias.



Rasgo de buen humor[1]

Manuel Acuña

¿Y qué? ¿Será posible que nosotros
tanto amemos la gloria y sus fulgores
la ciencia y sus placeres,
que olvidemos por eso los amores,
y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
que por no darle celos a la ciencia,
no hablemos de los ojos de Dolores,
de la dulce sonrisa de Clemencia,
de aquélla que, tierna y seductora,
aún no hace un cuarto de hora todavía,
con su boca de aurora,
"No te vayas tan pronto", nos decía?

¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
y tan duros y esquivos con las bellas,
que no alcemos la copa
brindando a la salud de todas ellas?
Yo, a lo menos por mí, protesto y juro
que si al irme trepando a la escalera
que a la gloria encamina,
la gloria me dijera:

—Sube, que aquí te espera
la que tanto te halaga y te fascina;
y a la vez una chica me gritará:
—Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina,
yo juro, lo protesto y lo repito,
si sucediera semejante historia,
a riesgo de pasar por un bendito
primero iba a la esquina que a la gloria.

[1] http://orbita.starmedia.com/toqomx/POEMAS.htm

Porque será muy tonto
cambiar una corona por un beso;
más como yo de sabio no presumo,
me atengo a lo que soy, de carne y hueso,
y prefiero los besos y no el humo,
que al fin, la gloria no es más que eso.
Por lo demás, señores,
¿quién será aquel, en fin, que no ha sentido
con su libro de texto bajo el brazo
no se olvidó de Lucio de Robredo
por seguir paso a paso,
a alguna que nos hizo con el dedo
una seña de amor, así… al acaso?
¿O bien, que aprovechando la sordera
de la obesa mamá que la acompaña, nos dice: —¡No me sigas!
porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
en separarse del objeto amado
con tal de no mirarlo confundido?
¿Quién será aquel, en fin, que no ha sentido
latir su corazón de enamorado,
y a quién, más que al café, lo ha develado
el café de no ser correspondido?
Al aire, pues, señores
lancemos nuestras hurras por las bellas,
por sus gracias, sus chistes,
sus amores,
sus perros y sus gatos y sus flores
y cuanto tiene la relación con ellas.

Al aire nuestras hurras
de las criaturas por el ser divino
por la mitad del hombre,
por el género humano femenino.



Antonio y los Lectroides Púrpuras

(una aventura extraterrestre)

Pedro Ángel Palou García

El día en que Antonio cumplió diez años no fue el más feliz de su vida, como se lo había imaginado. Ni siquiera ocurrieron las cosas como en su cumpleaños número nueve donde lo único que le importaba era que sus amigos se divirtieran y en lugar de hacer una gran fiesta los invitó a comer, al boliche y al cine: comieron tantas palomitas que Antonio creyó que reventarían. Su mamá le armó una casa de campaña en el jardín y allí durmieron pensando que el mundo es mejor cuando se tienen nueve años.

—¡Qué horrible tener ocho, eres un bebé! —le dijo a su mamá esa mañana de hace un año.

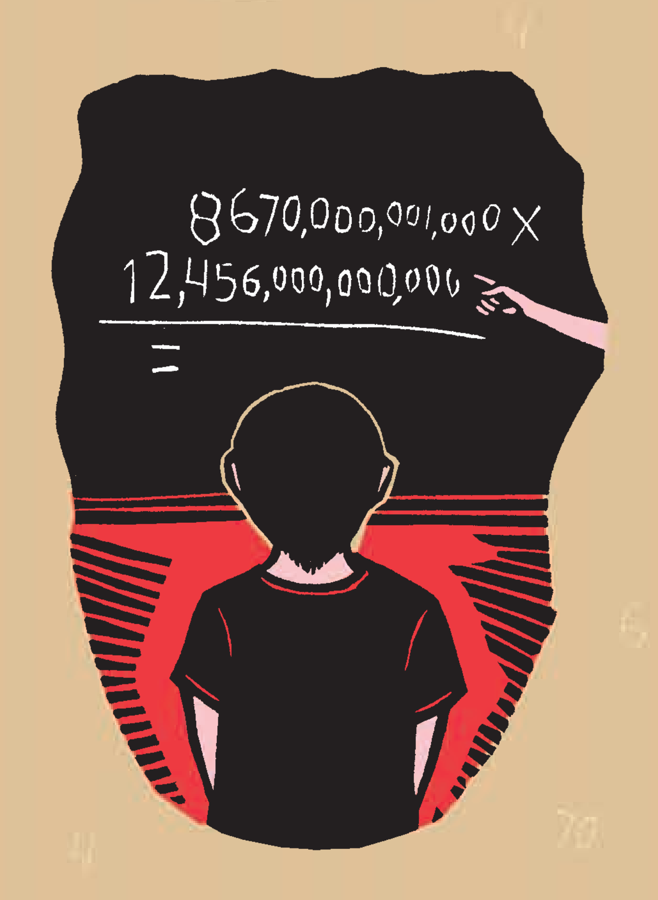
Esta nueva mañana, ahora, en este mismo instante Antonio cumple diez años. Todos están despiertos ya en la casa, se escuchan ruidos terribles en la cocina, como si su papá —que es chef— quisiera matar a los sartenes o castigar a los huevos tibios. La regadera en el cuarto de su hermano produce silbidos como los de un barco de vapor y el sol entra tibio y veloz por su ventana como empujándolo de la cama:



—¡Anda, flojo, que hoy es tu cumpleaños! —parece decirle.

Antonio se estira como un gato, bosteza por última vez y al fin se levanta. Nadie lo saluda, nadie lo felicita. Parece que todos se hubiesen olvidado de qué día es.

—¡29 de mayo, el mejor día de la humanidad! —quiere gritarles, pero le da pena.



Mejor se viste, se peina el cabello que ahora se ha dejado largo y que casi le tapa los ojos como a un perro viejo de los Pirineos.

Entonces se escucha la primera señal de que el día no va a ser el mejor:

—¡Antonio, apúrate, se hace tarde para la escuela! —seguido de un: —¡No te va a dar tiempo de desayunar, tus vitaminas, Antonio!

A veces los adultos no se dan cuenta de que el tiempo puede pasar más lento, más calmado, más a gusto y que los minutos sí alcanzan para hacer todo lo que uno se ha propuesto.

Con desgana Antonio toma el maletín de la escuela y llega a la mesa donde ya todos están desayunando. Su hermana disfrazada de princesa y su hermano de corredor de Fórmula 1. El único que falta es su papá que trae lo que falta del desayuno.

Nada de un pastel, ni velas, ni canciones. Antonio piensa que es mejor no recordarles, a ver cuánto duran sin darse cuenta de que él ya es un año más viejo.

En el colegio, a pesar de que todos sus amigos conocen la fecha tampoco se acuerdan. Lo saludan como todos los días, hasta un poco más distantes. Alonso le dice que si quiere jugar futbol y le tira el balón a la barriga, sacándole el aire. Luego su maestra empieza a poner cifras en el pizarrón. Números locos, gigantescos, como él nunca ha visto.

—Antonio, despierta —le grita—, contesta este ejercicio, ¿cuánto es 8670,000,001,000 por 12,456,000,000,000?



Por su cabeza danzan los números macabramente como en uno de los cuentos de terror que su papá le cuenta frente a la chimenea en las noches de otoño.

Una voz le susurra la respuesta y él la dice.

¿De dónde viene esa voz? Es una voz como eléctrica, como si saliera de una grabadora vieja, sin pilas. No es la de ninguno de sus amigos.

La clase de matemáticas termina y todos salen al recreo. Antonio se queda a buscar de dónde salió esa voz amistosa y metálica que le salvó la vida. Nada. Por ningún lado aparece. ¿Será que ya empezó a volverse loco como dice Alonso que les pasa a los niños que son muy callados como él?

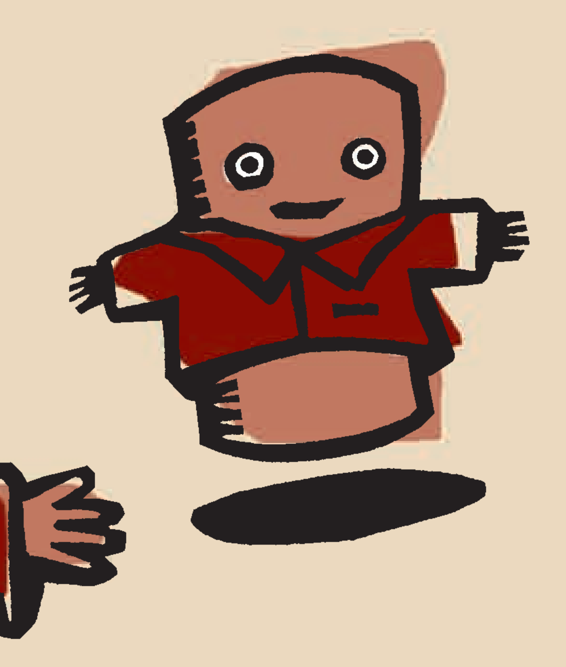
Entonces las cosas se complican porque siente en su oído un cosquilleo que le produce risa, como si algo muy pequeño se moviera dentro de él. Con la mano se rasca y entonces la voz le grita:

—¡Cuidado, me haces daño!

—¿Quién eres? ¿Dónde estás?

—Descansando en tu oreja, intentando dormir una siesta.

—¿Eres un insecto? Los insectos no hablan.



—No, frío fríoooo, como dicen ustedes los humanos. Soy ÑP-309, mucho gusto.

—¿ÑP-309, eso no puede ser un nombre?

—Soy hijo de Ñ y de P...

—Y no me digas que eres el hijo número 309.

—Al final dices algo inteligente. Efectivamente soy su último vástago, su benjamín.

Entonces la criatura da un salto de su oreja y viene a caer en la madera de su escritorio. Es púrpura y no tiene forma. O sí, una especie de cilindro con ojos. Diminuto. A Antonio le asombra que pueda salir una voz tan potente de un individuo tan pequeño.

—¿De dónde vienes, ÑP-309?

—Somos los Lectroides Púrpuras, Antonio, y vivimos a años luz del sistema solar. Para ti Plutón está lejísimos ya ni crees que se trate de un planeta. Bueno, nosotros vivimos muchísimo más lejos que Plutón. Plutón está a la vuelta de la esquina comparado con nuestro pequeño planeta.

—Si eso es cierto no podrías haber viajado hasta aquí. Te hubieras tardado tantos años luz que ya serías más viejo que mi abuelo.

—No estoy aquí. Lo que estás viendo de mí es una proyección de mis átomos. Y ahora el gran acto, mi querido Antonio. Tú ya tampoco vas a estar aquí.

De quién sabe qué lugar sacó una pistolita pequeñísima y plateada y le apunto al corazón. Antonio se desmayó al instante.

Cuando despertó, quién sabe si muchas horas o un minuto después, se encontraba junto a ÑP-309, pero en un lugar extraño. Rojo y seco como un desierto, pero sin camaleones ni cactus.

—Despierta, amigo, has llegado a mi planeta. O más bien, para que no te asustes, una proyección de tus átomos ha viajado conmigo hasta este lugar. ¿Te parece bonito?

—Un poco seco, a decir verdad.

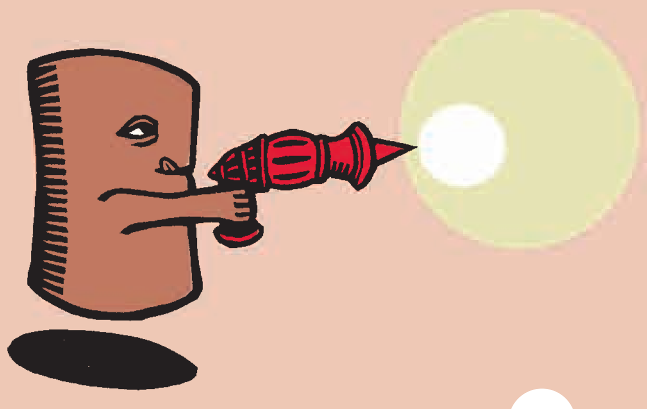
—Nosotros no necesitamos agua. Y ahora, manos a la obra. Acompáñame.

—¿Adónde? Exijo una explicación, prácticamente me secuestraste...

—Efectivamente, querido amigo. Eres requerido para un experimento sobre el comportamiento de los humanos.

—¿Y para qué demonios quieren saber cómo nos comportamos los humanos si ustedes viven hasta el fin del mundo?

—Dirás del universo, Antonio. Es muy simple: queremos ver si tu planeta es seguro para nosotros. El nuestro va a explotar muy pronto. Se colapsará para siempre. Necesitamos encontrar una casa.



—¿Y no pudieron buscarse una más cerca?

—No, nuestros enemigos se hallan en todos los planetas cercanos. Necesitamos ir a un lugar donde no nos conozcan. Pero cómo hablas... Andando, que nos esperan.

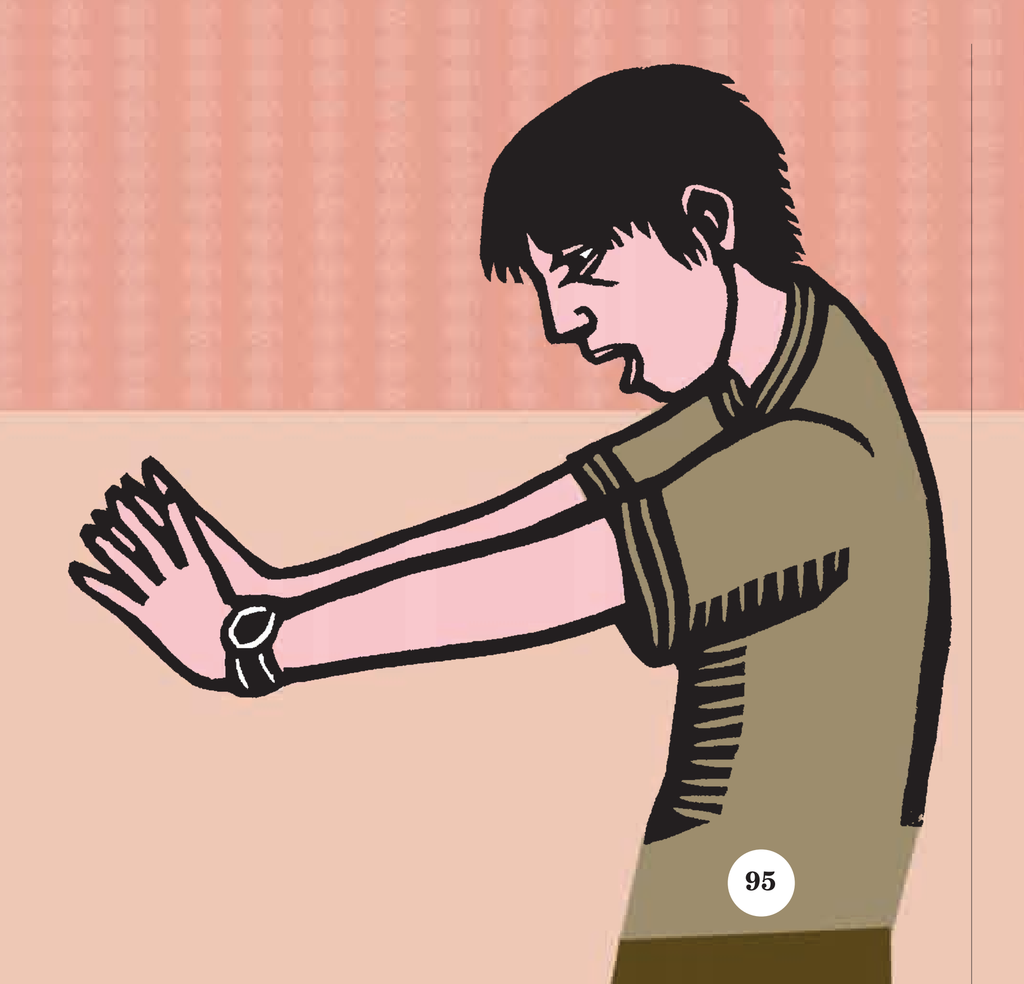
El laboratorio (ÑP-309 le explicó que era un laboratorio) era la casa o la guarida o la bodega de la amplísima familia del Lectroide Púrpura. Salieron del diminuto receptáculo, como del tamaño de una caja de galletas, los 308 hermanos de su amigo y los dos padres. Todos vestidos con unas ridículas batas blancas como de doctor y empezaron a trepar por su cuerpo hasta que lo vencieron y cayó. No le pareció a Antonio una bienvenida amable, pero no le dieron tiempo de protestar. Los 309 pequeños lo amarraron de pies y manos mientras sus papás con gran esfuerzo le colocaban un casco.

—¿Qué hacen?

ÑP-309 les explicó con paciencia:

—Vamos a grabar toda tu vida. Oyes bien: todas las horas de tu vida desde que te sacaron de tu mamá. Todas las veces que lloraste. Todas las veces que vomitaste. Todas la veces que hiciste caca. Todas las veces que dijiste *yo no fui, fue mi hermano*. Todas las veces que dijiste mentiras. Todas las veces que comiste brócoli.

—Ya párale. Te entendí perfectamente.





—No creo. Una vez que te hayamos exprimido como a una naranja no te quedará ningún recuerdo. Ése es el único inconveniente de nuestra máquina, graba todo pero se lo roba de tu cabeza.

—¿Y cómo voy a regresar a la Tierra sin saber quién soy?

—Ese no es nuestro problema. Analizaremos todos los segundos de todas las horas de todos los días de todas las semanas de todos los meses de todos los años de tu larga vida de nueve años.

—Diez, ÑP-309, diez añotes, ni uno más ni uno menos.

—Nueve, Antonio. Hasta mañana cumples diez años. Por eso teníamos que raptarte hoy. Después de los diez años no sabemos por qué esta máquina ya no graba nada. Como si te volvieras transparente. Era hoy o nunca.

Entonces sintió nuevamente que se desvanecía y cerró los ojos.

Volvió a despertar. Otra vez sin saber cuánto tiempo había pasado. Pero ahora con un gran dolor de cabeza. Allí estaba el LectroidePúpura. Ya lo habían desamarrado y ninguno de los hermanos se encontraba por allí.

—No hay tiempo que perder, tengo que regresarte a la Tierra.



—¿Qué Tierra?

—Dónde vives.

—¿Y dónde vivo?

—En la Tierra.

—¿Cuál Tierra?

—Ya, ya, ya. Vayamos por partes. Tú te llamas Antonio. Eres un terrícola y yo te rapté de tu planeta, te traje aquí para grabar todas las escenas de tu vida. Ahora tienes que regresar.

—¿Qué Tierra?

—¿Adónde?

—A la Tierra.

—¿Cuál Tierra?

—Mira, no me voy a poner a discutir contigo. Entonces ÑP-309 sacó de nuevo su pistola y ambos regresaron a la Tierra con el consabido dormir y despertar. Estaban de nuevo en el salón de matemáticas de Antonio. Pero Antonio no sabía ya qué eran las matemáticas ni quién era Antonio. Le habían

borrado el pasado. Lo habían dejado en blanco. De nada le había servido vivir tantísimos años, diez, si no podía acordarse de nada.

Todo le parecía extraño. Alonso entró al salón.

—¿Qué te pasa, Antonio? ¿Por qué no saliste a jugar futbol?

—¿Quién eres?

—No te hagas, Alonso. No me vas a decir que perdiste la memoria.

—Creo que sí. No sé quién eres tú. No sé quién soy yo. Y tampoco sé quién es ÑP-309.

—¿ÑP-309? Ahora sí te volviste loco. Vamos a la enfermería.

La doctora del colegio no pudo descubrir nada anormal: ni calentura, ni un tumor, ni una raspada, ni una caída. Le dio un poco de agua y le dijo que no se hiciera el chistoso.

—Todo para no ir a clases. Regresa a tu salón.

La maestra se pasó toda la hora hablando de las montañas más grandes de la Tierra. Les enseñaba fotos y les decía cuántos miles de metros medían.

Antonio podía acordarse perfectamente de los nombres y las alturas. Pero no podía acordarse de nada más. La maestra lo felicitó cuando dijo que el Everest medía 8 848 metros y eso que ese dato lo había dicho al principio de la clase. O que la cima del Kalapathar está a 5 600 metros de altura. En fin, esos datos con los que las maestras te atiborran en la primaria y luego olvidas para siempre a menos que te vuelvas alpinista profesional.

Escuchó cómo Alonso, su amigo, se reía atrás de él.

Luego le dio mucho sueño, como si no hubiera dormido en diez años y cerró los ojos que pesaban como dos costales de piedras.

Al despertar se dio cuenta de lo que en realidad había pasado: estaba en su cama, recién despierto. Sabía su nombre, el de sus hermanos y sus papás. Se acordaba de todo. ¡Qué tranquilidad, todo había sido un sueño!

Escuchó el grito entonces de sus papás y de sus hermanos:

—¡Felicidades! Y después de vestirse a prisa y medio peinarse llegó hasta la mesa de desayunar y ya lo estaba esperando un pastel gigante con diez velitas encendidas.

Le cantaron las mañanitas, lo abrazaron, le dieron regalos: su papá un coche de control remoto, su mamá un álbum de las escenas más divertidas de sus diez años lleno de dibujos y recados, su hermano un dibujo precioso, quizá su retrato aunque él no estaba tan panzón y su hermana un beso lleno de huevo y un abrazo muy apretadito, como a Antonio le gustan.

Cuando se bajaba del coche para ir a la escuela se dijo:

—¡Menos mal que todo fue un sueño! ¡Ahora sí a festejar!

Entonces sintió un cosquilleo en la oreja y una voz metálica que le decía:

—¡Felicidades, Antonio, qué aventura!


¡DIEZ!
FELICIDADES
ANTONIO

Igual que ayer...

Norma Guadalupe Ramírez Sanabria

Sin duda estoy cambiando,
mi cuerpo ya no es el mismo.
Noto cambios importantes
y me siento confundido:
¿Qué será?
¿Qué seré?
¿Será que ya no soy igual que ayer?

Todos notan que he crecido,
"que he engordado" o "que he enflacado",
el caso es que me recuerdan
que mi cuerpo está cambiando.
¿Está mal?
¿Está bien?
¿Será que ya no soy igual que ayer?

Me parece muy extraño
y no sé cómo decirlo.
¿Es normal?
¿no lo es?
¿Será que ya no soy igual que ayer?

Que "ya no soy un niño",
murmuran por todos lados.
¿Qué soy yo?
No lo sé.
¿Será que ya no soy igual que ayer?



Me miro frente al espejo
y me cuesta asimilarlo.
Mi cara ya no es la misma
pero tengo que aceptarlo.

Han cambiado tantas cosas
en mi vida y en mi mente.
Poco a poco iré entendiendo
que mi voz es diferente.

Me cuesta pensar
que mi infancia ha quedado atrás.
Sin embargo, estoy contento,
pues una etapa nueva he de comenzar.

Comprendo que mis compañeros
se sientan igual,
pues juntos vamos creciendo,
¡no se apuren, es normal!

Los cambios son necesarios,
los debemos aceptar,
son parte del proceso
si queremos madurar.

¡Quiérete tal como eres!
no te fijes en los demás.
Lo importante es que te sientas
seguro y natural.



Oda a las librerías de usado

Antonio Domínguez Hidalgo

¡Oh, librerías amigas!
Todas brindan la emoción
de gastarme mis ahorritos
en una gran recreación.

No importa que sean domingos;
se abren esas librerías
donde leo tantos títulos
colmados de maravillas.

Mesas y estantes dispuestos
cual laberintos de vías;
en ellos libros encuentro
que me dan su fantasía.

Así descubrí a Salgari,
con sus héroes de aventura,
y supe que Julio Verne
había viajado a la luna.

Con las Mil y una noches
me he pasado muchos días
gozando con Sherezada
su divertida agonía.

Juan de Pardaillan, qué astuto,
sorteando la cruel intriga
que Catalina de Médicis
tramaba en cualquier esquina.
Los libros de Paul Feval
me entretienen como pocos
y Xavier de Montepin
casi me vuelve loco.

He descubierto a Dumas
y todos sus mosqueteros,
El conde de Montecristo
y otros cuentos muy amenos
como los del General



que se llamaba Vicente
y sus leyendas en verso
que disfruta tanta gente.

Gracias librerías amigas
que me brindan la emoción
de gastarme mis domingos
en esta gran diversión
de leer y de leer;
como dijo el Periquillo,
el más hermoso placer.
Víctor Hugo me va a hablar
de Quasimodo en París
o Edgar Allan además
del misterio de un mandril.

También Alicia allí está
con sus disparates mil
al lado de Peter Pan.

¡Qué vivan las librerías
nidos de nunca acabar!





La mujer que se casó con un mueble

Marlene Guerin

Cuando se tiene nueve años es difícil entender muchas de las cosas extrañas que hacen los adultos. Siempre me dicen que cuando crezca entenderé, pero simplemente no creo que lo ilógico se vuelva lógico o por hacerme mayor me vuelva loca.

Una de las cosas que nunca he entendido es por qué los adultos comen salsa si siempre terminan padeciendo, ya sea en el momento del picor o más tarde por gastritis. No sé si es porque no aprenden o encuentran divertido el sufrimiento; cosa que nunca creo encontrar divertida.

Otra cosa que nunca he entendido es por qué todos los días se levantan muy temprano y se arreglan muchísimo para ir a un lugar que no les gusta. Deberían conseguir un trabajo que los hiciera felices, así se arreglarían con entusiasmo. Yo no iría a lugares que no me gustan y mucho menos me arreglaría para ello.

También cuando van a restaurantes es horrible que se peleen por pagar la cuenta; si uno de ellos ya se ha ofrecido, ¿por qué el otro insiste en querer gastar su dinero? Yo no gastaría mi dinero si me están invitando. O incluso cuando ya se han despedido que todavía se queden otra media hora hablando, ¿cuándo el adiós dejó de ser válido? Pero lo que en serio nunca creo entender aunque crezca, es por qué mi hermana se casó con un mueble.

Recuerdo cuando íbamos de vacaciones a la playa. Mi hermana, hija de mi papá pero no de mi mamá, era siempre la primera en hacer amigos; primero porque es 12 años mayor que yo y entiende cosas que yo todavía no entiendo, y segundo porque siempre fue muy platicadora.

Sí, la playa le encantaba todavía hace un año, cuando seguía siendo soltera. Recuerdo que nadaba todo el día y jugaba voleibol cuando se cansaba de tomar el sol con sus nuevos amigos.

Un día mi hermana fue a una fiesta en casa del amigo de su amigo y se divirtió como siempre; rió, platicó y

bailó con todos, pero bailar le dio mucha sed, entonces se fue a buscar la cocina y en su camino se topó con la sala.

Era una sala inmensa y antigua, así que no pudo evitar echar un vistazo. Lo primero que vio fue un candelabro de cristal que colgaba en lo alto. Luego vio un librero gigante, que por su glorioso acabado parecía que contenía todo el conocimiento del mundo. En el piso había un tapete árabe tejido a mano que abarcaba toda la estancia. Sobre el tapete estaba una vitrina antiquísima, llena de figurines de porcelana, que si yo hubiera visto me hubieran dado miedo, pero mi hermana era más grande y entendía mejor. Del otro lado había un trinchador con adornos suecos y un baúl de madera cerrado con un candado pesado; quién sabe qué guardarían ahí. Pero lo que más le llamó la atención a mi hermana, fue un sillón antiguo púrpura, que además de estar acolchonado, tenía un cajón integrado en la parte inferior. De tanto bailar con todos sin parar, mi hermana decidió sentarse sólo un segundo, olvidando la sed que la había llevado hasta la sala. Ese momento fue suficiente para que ella se quedara dormida siete días seguidos.



Cuando volvió a la casa ya era otra. Primero su talento de platicar sólo se centraba en hablar del dichoso mueble. Luego con el paso de los días sus desapariciones esporádicas se convirtieron en rutina, pues se la pasaba metida en casa del amigo de su amigo; seguramente dormida con el mueble, pues no creo que haya platicado mucho si el sillón nunca hablaba.

Luego la situación empeoró cuando el mueble se mudó a la casa. Mi hermana perdió su talento de platicar y también perdió a sus amigos, pues nunca les regresaba las llamadas y ya no los veía por estar encerrada con el sillón púrpura que le había robado la alegría que todos conocíamos. Nunca voy a entender por qué alguien preferiría estar con un mueble, pues a pesar de que sea cómodo, especial y guarda los secretos en su cajón, ¡sigue siendo sólo un mueble!

—Me da lo que necesito —decía mi hermana.

¿Lo que necesitas es suficiente? Esa pregunta que nunca le hice rondó mi cabeza durante algunos días y al final llegué a la conclusión de que no hay nada más necesario que ser uno mismo, ¿o acaso un adulto pensará diferente? Yo ya no sé, con eso de que los adultos hacen cosas que yo no entiendo.





Mi hermana dejó de ser mi hermana transcurrido el año, cuando por fin decidió casarse y darme un mueble púrpura como cuñado. Decía que era muy conveniente porque nunca se involucraba con nadie que no fuera ella, pero más bien creo que eso fue precisamente lo que causó que nadie fuera a la boda.

Mi "no hermana" ya tampoco viaja; dice que no le gusta, pero yo sé que eso es mentira, pues nos encantaba ir a la playa antes, cuando seguía siendo mi hermana. Pero hasta yo, que sólo tengo nueve años, me doy cuenta de que un viaje a la playa sería complicado para ella pues implicaría que cargara al mueble hasta allá y cuidarlo de que la humedad no lo echara a perder. ¡Nadar ni se diga! Porque a pesar de que la madera flota, un mueble no está diseñado para hacer ese tipo de cosas aventureras.

Siempre me he preguntado, ¿no se pudo haber casado con uno de sus amigos? O quizás, ¿con un amigo de sus amigos? Ésos sí platicaban como ella antes de perder el talento; también les gustaba la playa, el voleibol y tomar el sol. Pero ella decidió dejar de ser ella, para ser del mueble. Eso es la cosa que sobre todas las cosas no voy a entender nunca, aunque crezca. Y aunque logre entender otras cosas que ahora considero locuras, puedo decir con seguridad que yo nunca me casaría con un mueble, ¿o acaso eso es crecer? Espero que no.



Héroe del equipo ecuestre (anécdota)

Edna Marisol Torres Olvera

Hace unos días llegué a Chihuahua y hoy decidí ir a la plaza del pueblo. Una pareja de gente mayor platicaba en una banca. Me atrajo lo que decían y me acerqué más para alcanzar a escucharlos mejor, se veían agitados, pero contentos:

—Él no ha muerto —decía la mujer, cuando el hombre replicó —¿Te refieres al chamaco aquél que creció montado en caballo?

—Sí, al hijo del coronel Antonio Mariles y de doña Virginia Cortés.

— ¡Claro!, ese que andaba en una cosa de equitación, haya por Londres.

—¡Todo un héroe!

La plática me resultaba intrigante, pensé que alguien se había accidentado y tal vez necesitaría ayuda, así que me acerqué aún más de forma sigilosa para averiguar lo que estaba sucediendo. No había ningún herido, entonces, mi curiosidad fue mayor y me atreví a hablar con la mujer y le pregunté:

—¿De quién hablan? ¿A qué héroe se refieren?

—Niña de mi vida, tú no eres de aquí, ¿verdad? Si no sabrías que nos estamos refiriendo a Humberto Mariles Cortés, el héroe de Chihuhua. Bueno uno de sus héroes. ¿No creerás que no tenemos más?

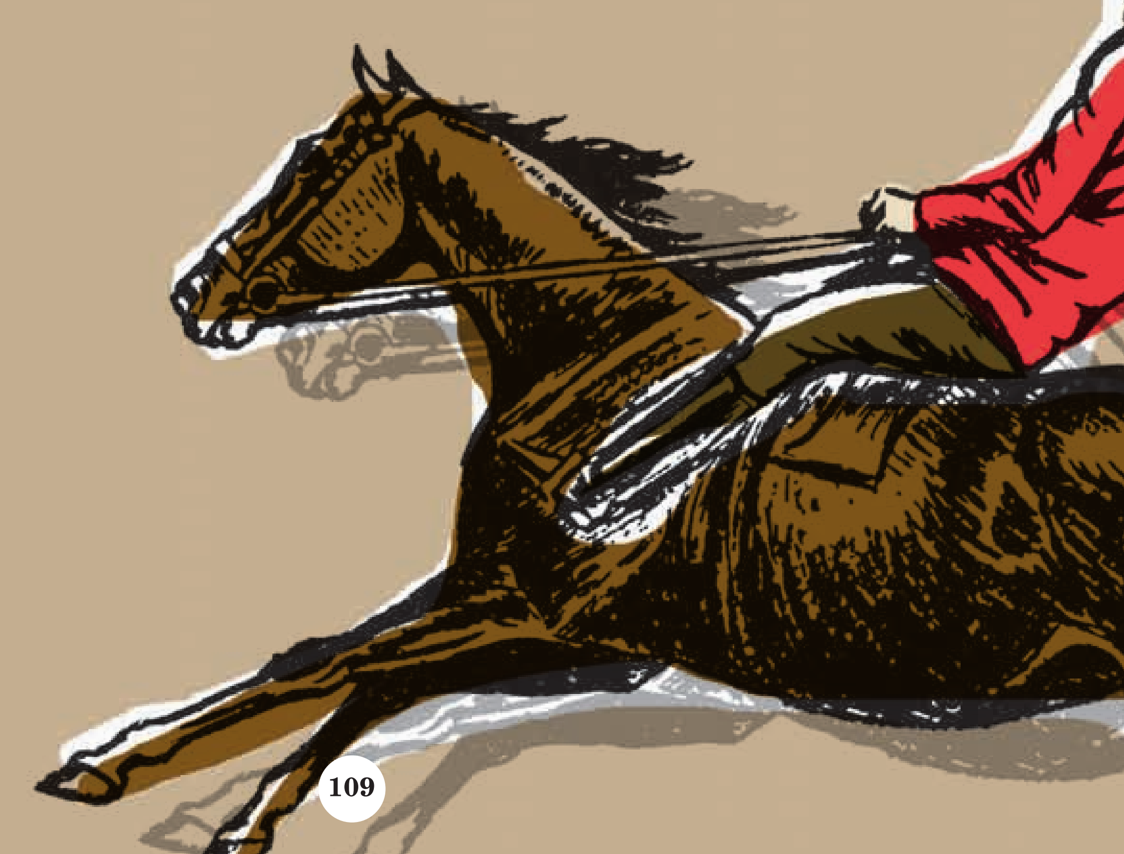
—Así es, vine de vista y no sé quién es, no lo conozco, nunca he oído hablar de él.

El hombre sonrió y respetuosamente se dirigió a mí para decirme –¡Vaya!, ¡que si es alguien importante! Si lo conocen por aquí y por allá, su fama llegó a todos lados, cuando en las Olimpiadas de Londres en 1984 ganó las dos primeras medallas de oro en el equipo ecuestre, montado en el *Arete*, nombre de su caballo, dando unos saltos que como solamente él lo sabe hacer, con una técnica que..., él es todo para nuestro México, y además es mi Coronel.

Apenada contesté ah, —pues, ahora ya entiendo por qué lo llaman héroe.

Y la mujer aclaró: —Por eso decimos que él no ha muerto, afirman que murió un 7 de diciembre en 1972, pero para nosotros no es así, está en nuestro recuerdo y lo conservaremos siempre vivo en nuestra memoria.

Ya era tarde, me despedí muy contenta por haber aprendido algo tan interesante. A veces oigo con desánimo que los mexicanos nunca ganamos en los Juegos Olímpicos, pero como ves, esto no es cierto. También en el deporte en México hay héroes.





Rita, la punk

Sandra Lorenzano

Para Javiera, que podría haber sido amiga de Rita

Ella era la chica más rara de todo 6º "B". Más que eso: la más rara de toda la escuela. Había quienes decían que hasta tenía un *piercing* en el ombligo. Ninguno lo había visto nunca. Pero tampoco habían visto un microbio y la maestra aseguraba que ahí estaban por millones a punto siempre de provocarles alguna enfermedad. Aunque todas tenían que ir con ese ridículo uniforme de suetercito rojo y falda gris, ella siempre se las ingeniaba para ponerse algo que la distinguiera: una camiseta negra debajo de la blanca, un sombrero que enseguida le hacían quitar (¿qué importaba?, ya todos lo habían visto), botas pesadas llenas de hebillas, alfileres atravesados en cualquier lado, y los infaltables audífonos, claro. Lo importante era que nadie se olvidara de su verdadera personalidad: Rita, la punk de la primaria "Benemérito de las Américas" (¡qué palabra más rara "benemérito"! La escuela era el lugar de las palabras extrañas; palabras que nunca podían usarse en la vida normal: álgebra, gerundio, monocotiledóneas… la lista era casi infinita).

"Chayo, ¡a levantarse!", le gritaba su mamá desde la cocina todas las mañanas a las 6:30. "Chayo, Chayo…" musitaba ella tapándose la cara con la almohada. ¡Rosario! ¿A quién se le había ocurrido ponerle ese nombre de niña bien portada y hasta un poco tonta? "A tu abuela, por supuesto, cómo te íbamos a poner si naciste el 7 de octubre, el día de la Virgen del Rosario. ¿Cuántas veces te lo tengo que explicar?" "Pero, mamá…", se levantaba farfullando: "ahora soy Rita". El olorcito a café recién hecho y a pan tostado que le preparaba su mamá hacía que depusiera las armas y aceptara dejar la discusión para otro momento. "Chayo, Rita, lo que quieras. Ahora apúrate que se te va a hacer tarde". Y le daba un beso en la cabeza al pasar.

La idea la tuvo cuando su tío Alejandro, el hermano más chico de su papá, le dijo "Así vestida pareces Rita Guerrero". ¿Quién?, preguntó ella extrañada. "La cantante del grupo Santa Sabina, la mejor voz del rock mexicano." Y agregó una frase que todavía hace que le duela el amor propio: "Uy, niña, aún tienes mucho que aprender." Investigando en Internet sobre esa banda, descubrió que ella no era la única mujer a la que le gustaba andar toda de negro. "¡Hasta la sombra de los párpados!", gritaba su tía Inés horrorizada. Desde entonces había decidido cambiarse el nombre y hacer que todos aceptaran su nueva personalidad: Rita, la punk.


TACOS
ARREGLO
FÁBRICA
1222
FERRE-T
YONKE
PEDRO'S

Ahora que había conseguido esos audífonos chiquitos que casi no se veían podía escuchar música en paz todo el día. Bueno, todo el día no: la maestra de laboratorio era una bala descubriendo sus trampas. "Rosario, ¿qué tal está la música?" ¿Cómo se había dado cuenta? Pero a pesar de todo eso le caía bien porque se veía que le gustaban los animales. Ella hasta quería hacerse vegetariana. Qué necesidad había de matar animales para comer. Pero su mamá insistía: "Estás creciendo, Chayo; tienes que alimentarte bien. Las proteínas son muy importantes." Y la verdad es que renunciar a unos taquitos al pastor o a las albóndigas que le hacía su abuela no era fácil. Será más adelante, pensaba…

Por eso ella, Rita, fue la primera en darse cuenta de que algo raro estaba pasando con los perros del barrio. Primero fue Sultán. A Rita le llamó la atención que no saliera a saludarla cuando pasó el jueves por la puerta de la tlapalería. Siempre que iba de camino a su casa, Sultán salía brincando y moviendo ese rabito que les dejan a los boxer. ¡Qué cruel cortarles la cola! Ella lo acariciaba y él la acompañaba hasta la esquina. Nunca cruzaba.

El viernes tampoco vio a Rubí que dormía siempre enroscada en la puerta de la casa de Mario esperando que él llegara de trabajar. Mario la había encontrado un día al bajar del microbús. Estaba flaquísima y se veía que le habían pegado. No tenía placa. Ni raza. Así que él la llevó al veterinario y se la quedó. Rita iba en tercero cuando pasó eso. Ya hacía como tres años que la veía todos los días al volver de la escuela. Pero ese viernes no estaba.

“Elena, ¿no viste pasar a Pantufla por acá?”, le preguntó Hilda, la de la peluquería a su mamá el sábado justo cuando ella —Rita la punk— salía a comprar pan dulce. ¿Así que tampoco Pantufla estaba?

Se acuerda muy bien de todo porque no fue lo único raro que pasó en febrero. Todo empezó el 14. El día más cursi del año. Cómo detestaba ella esas florecitas y paletas con forma de corazón que todos se regalaban. Qué tontería. ¿No se daban cuenta de que esa fiesta era un invento comercial para vender más? “Ya salió la amargada”, le contestó Araceli mordiendo la flor de malvavisco que algún menso le había regalado. Por eso estuvo a punto de tirar, sin haber visto lo que venía adentro, el sobre que apareció entre las hojas de su cuaderno. Era una notita. Muy rara, la verdad.

Una vez, al filo de una lúgubre media noche,
mientras débil y cansado, en tristes reflexiones embebido,
inclinado sobre un viejo y raro libro de olvidada ciencia,
cabeceando, casi dormido,
se oyó de súbito un leve golpe,
como si suavemente tocaran,
tocaran a la puerta de mi cuarto.

¿Y eso? Un mensajito romántico estaba claro que no era. Desde la primera línea se le fueron las ganas de tirar esa tarjeta escrita con letra parejita. La palabra “lúgubre” la enganchó. Y a media noche. ¿Quién tocaba a la puerta? ¿Por qué? Y lo que era más importante todavía: ¿quién le había dejado ese sobre?

El martes encontró otro. Ahora en el libro de matemáticas.

¡Ah! aquel lúcido recuerdo
de un gélido diciembre;
espectros de brasas moribundas
reflejadas en el suelo…

Esa historia se iba poniendo interesante. “Gélido diciembre”, “brasas moribundas”. ¿Sería la letra de una canción de The Cure que ella no conocía? El miércoles el sobre estaba adentro de la mochila.


NUNCA MÁS

Y el crujir triste, vago, escalofriante
de la seda de las cortinas rojas
me llenaba de fantásticos terrores
jamás antes sentidos.

¿Vago? ¿Escalofriante? ¿Fantásticos terrores? Ese tipo sí que sabía escribir de verdad, y no esos poemitas ñoños que les gustaban a las niñas. ¿Quién era el visitante que quería entrar al cuarto de ese otro personaje? ¿Cómo eran los terrores que lo llenaban? Y ¿quién sería el "extraño mensajero" que quería entrar en la vida de Rita dejándole esas tarjetas? Seguro nadie de su salón. Esos chicos lo único que sabían era hablar de futbol o de coches. ¡Ah, y de tontos jueguitos de video!

El jueves finalmente lo vio: justo en el momento en que con un sobre en la mano se acercaba a su banca. No podía ser. "¿Qué haces ahí?", le gritó jalándole la manga de la sudadera. Estaba gritando como su mamá cuando la regañaba. Uy, no había querido que la voz le saliera así. ¿Cómo se llamaba ese chico nuevo? ¿De dónde habían dicho que venía? ¿De Tlaxcala? ¿De Oaxaca? Había entrado en enero y no en septiembre como todos los demás. La maestra les dio alguna explicación cuando lo presentó. Que había viajado más de un mes, que iba a encontrarse con su hermano mayor al otro lado, o algo así. Ella estaba escuchando a los Ramones y no prestó atención. Le daba igual que hubiera un "compañero" más o menos. Por su ciudad siempre pasaban los que se iban a trabajar a Estados Unidos. Eso sí. Se quedaban unos días cerca de la estación de trenes y después seguían el viaje. Nunca le había tocado que alguno estuviera con ella en la escuela, pero —la verdad— tampoco le importaba mucho. ¿Él escribía esas canciones? ¡No podía ser! Y con el mismo tono sangrón le preguntó "¿Tú escribes esas canciones?" "No, yo no —contestó—. Y no es una canción." Se quedó callado un momento y luego agregó: "Si no lo conoces, es que no eres tan darketa como crees." ¿Qué sabía él de esas cosas si acababa de llegar del campo? Ella era Rita, la punk de la primaria "Benemérito de las Américas". Ella sí sabía (aunque —¿les digo un secreto?— la verdad es que nunca había leído algo como eso). "Es un poema que se llama 'El cuervo' y lo escribió Edgar Allan Poe." ¿Un poema? ¿Entonces no todos eran versitos ñoños?

—Hola, soy Francisco —dijo él cuando ella finalmente le soltó la manga—. Me dicen Pancho.

Eso es casi peor que llamarse Chayo, pensó Rita. Pues para ella sería "Franc" de ahí en adelante. Franc: el amigo que le descubrió la poesía "maldita".

—¿En serio se llama así? ¿Poesía maldita?

—En serio.

—¿Entonces eran parecidos a los punks de hoy?

—Sí, más o menos, pero hace casi 200 años. Si quieres te dejo ver el poema completo.

¡Claro que quería! Le mostró entonces varios pedazos ya recortados y listos para ponerlos en nuevos sobres e ir dejándoselos en su mochila a lo largo de los días. Leyó uno por uno hasta llegar al último:

Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.
Y sus ojos tienen la apariencia
de los de un demonio que está soñando.
Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama
tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
no podrá liberarse. ¡Nunca más!

“Nunca más”. ¿De dónde sabía él todas esas cosas? “Me las cuenta mi hermano. El que se fue a trabajar a Chicago. Cuando mi mamá junte el dinero que nos falta, nos vamos nosotros también para allá.”

Ese día, el día en que se hizo amiga de Franc, cuando el “Nunca más”, la frase que el cuervo de Poe repetía, se volvió el santo y seña secreto de los dos amigos, fue cuando Sultán no salió a saludarla, por eso se acuerda muy bien. Después pasó lo de Pantufla y lo de Rubí.

—No dejes que Rocky salga a la calle, ma, alguien está haciendo desaparecer a los perros.

—¿De qué hablas, Chayo?

—Te lo juro —contestó ella.





—Me tienes que ayudar: están desapareciendo los perros de cerca de mi casa —le dijo a Franc a la salida.

—Primero acompáñame a llevarle a mi mamá unos hilos que me encargó y que le compré en el mercado. Después te ayudo con lo que quieras.

Rita iba poco por aquel rumbo cerca de la estación de trenes. Desde que era chica le decían que era peligroso.

—Ahora sí, Franc, necesitaríamos que el cuervo de tu canción viniera con la respuesta.

—No es canción, Rita.

—Bueno, del poema o lo que sea.

> Profeta —dije— ser maligno,
> pájaro o demonio, siempre profeta,
> si el tentador te ha enviado,
> o la tempestad te ha empujado hacia estas costas,
> desolado, aunque intrépido,
> hacia esta desierta tierra encantada,
> hacia esta casa tan frecuentada
> por el honor. Dime la verdad, te lo imploro.

"¿Te lo sabes de memoria?" Ese chico que venía del campo era el personaje más raro que se había cruzado en su camino. De eso no tenía Rita ninguna duda. Al pasar por la calle Constitución Nacional escucharon un ruido. No era medianoche, ni ése un espacio en el que hubiera cuervos, pero empezaron a sentirse tan inquietos como el personaje de Edgar Allan Poe. ¿Un aullido? ¿Un gruñido? Salía de un local abandonado. Ahí donde antes estaba el taller mecánico, Rita se acordaba muy bien porque muchos sábados había acompañado a su papá. Las ventanas estaban cerradas y no quedaba ningún resquicio por el cual asomarse. "¡Vamos a la azotea!", gritó Rita, porque le pareció recordar que había una claraboya en el techo.

—Yo me subo primero porque soy el hombre y puede ser peligroso —ella lo miró con burla: medía como diez centímetros más que Franc y no parecía nada débil, por cierto.

—Tú serás el hombre, pero yo soy más fuerte y mucho más ágil, así que mejor deja de decir tonterías —le contestó riendo mientras se trepaba por las barras de metal que estaban pegadas a la pared y que seguramente servían para revisar el tinaco. Tenía razón: allí estaba la claraboya, rota como casi todo en esa casa, y podía ver a los perros encerrados en un cuarto. Había como ocho—. ¡Tenemos que avisarle a alguien antes de que llegue el que se los robó —decía Rita mientras bajaba, y los dos se echaron a correr—. ¡Ya sé! A la maestra de laboratorio, que adora a los animales.

Fueron a buscarla, y ella empezó a correr junto con ellos cuando le contaron de qué se trataba. Pasaron los tres por las oficinas del presidente municipal y lograron que uno de sus ayudantes se sumara también a la carrera. Todos llegaron sudorosos y agitados en el momento en que un hombre gordo y con un bigote largo y canoso estaba entrando a la casa.

—¡NOOOOO! —gritó Rita con una voz tan aguda que el hombre se volteó para ver de dónde había salido.

En ese momento, llegó el ayudante del presidente municipal y lo detuvo.

—Después ayudamos a llevar a cada perro a su casa. Y eso fue todo —dijo Rita—. En el recreo, los de 6º “B” habían hecho bolita alrededor de la pareja más rara de toda la escuela: la niña del *piercing* en el ombligo y el chico migrante. Eran los héroes.

—Los tenían encerrados para venderlos. Nos contó la maestra de laboratorio que algunas fábricas de cigarros los usan para probar los efectos del humo. Los tienen conectados a máquinas que les hacen respirar aire contaminado hasta que los matan.

Esa historia era peor que cualquier película de terror porque era verdadera, pensaron los de 6º “B”.

—¿Saben cuándo van a volver ésos a ponerle la mano encima a un perro después del castigo que les espera?

La pregunta los dejó a todos en silencio esperando que ella misma diera la respuesta. Entonces Rita, la punk de la primaria Benemérito de las Américas, se puso los audífonos, agarró a Franc del brazo y se dio la vuelta, no sin antes decirles a sus compañeros una frase enigmática: “Pues como dijo el cuervo: *Nunca más*.”*

* Si quieres saber más de Rita la punk, puedes entrar a la página web <www.ritalapunk.blogspot.com>.


¡NUNCA
MÁS!

El fin del curso de verano (y el principio de una nueva vida)

M. B. Brozon

Era la última semana del curso de verano. Las tres primeras habían sido en el deportivo de la ciudad y esa última era en Tupitla, en la playa. Llegamos casi al anochecer, después de un camino como de seis horas en camión, a una casa del deportivo que está a una cuadras de la playa. Y aunque todos teníamos ánimo y ganas de irnos a nadar, el profesor Quezadas dijo que mejor cenáramos y nos fuéramos a dormir. Que estábamos cansados y que había grandes planes para el día siguiente. Cuándo nos íbamos a imaginar que en lugar de pasarnos el día nadando en el mar y tomando el sol, amaneceríamos en la calle, afuera de una casa que estuvo a punto de caerse, sin luz, sin agua y con mucho pero mucho miedo.

Nos costó mucho trabajo dormirnos porque queríamos hacer más planes; habíamos esperado mucho tiempo por ese viaje; para muchos era el primero



que hacíamos con amigos y sin los papás. Pero el profesor Quezadas pasó uno por uno a los tres cuartos que ocupamos en la casa y nos calló porque él y las personas que atienden el lugar ya se querían dormir. Eso como a la media noche. A mí me tocó con Suárez y con Roberto, y todavía después, con las luces apagadas y la casa en silencio, seguimos platicando un rato en voz bajita hasta que se nos acabó el tema y entonces sí nos dormimos. No pareció que había pasado mucho tiempo cuando oí a Suárez gritando. Un momento después me acabó de despertar un fuerte movimiento y e sonido de los vidrios rotos y las cosas cayendo del suelo.

"Está temblando", gritaba Suárez y tras sus gritos y los crujidos de las paredes de nuestro cuarto podíamos oír las voces de los demás compañeros y la del profesor Quezadas que gritaba nuestros nombres. Yo tenía el cerebro todavía un poco dormido y no sabía si eso era parte de una pesadilla. "No puedo pararme", dijo.



Roberto y fue hasta entonces que yo lo intenté, pero me caí en el suelo. "¿Qué hacemos?", grité, pero no tuve respuesta. En ese momento pasaron por mi cabeza todas las cosas que me contaron mis papás del terremoto que sucedió en la ciudad cuando yo todavía no era ni proyecto, y que no tenía nada que ver con los temblorcitos que sí me ha tocado sentir; me acordé de todo lo que me contaron como si lo hubiera oído el día anterior y decidí que, aunque fuera a gatas, teníamos que salir del cuarto antes de que el techo se nos viniera encima; pero era muy difícil a oscuras y con tanto movimiento, así es que sólo seguimos el sonido de nuestras voces hasta que estuvimos los tres juntos cerca de la puerta.

"Se nos va a caer esto encima", gritó Suárez y yo: "no, no se va a caer nada pero tápate la cabeza mejor". Dije eso para ser optimista y precavido al mismo tiempo. Roberto estaba callado porque, nos dijo después, aunque quería hablar no le salía la voz. Pero a pesar de mi optimismo empezamos a sentir cómo caía algo encima de nosotros y fue cuando pensé: "Ya valimos" y lo iba a decir pero en ese momento las sacudidas pararon y el movimiento fue haciéndose poco a poco más leve hasta que se detuvo por completo. Y entonces lo dije, sólo para comprobar que podía hablar, pues si podía hablar, aunque sea para decir "ya valimos" significaba todo lo contrario: no habíamos valido y podíamos empezar a respirar de nuevo el aire polvoriento. La luz de una lámpara se acercaba, seguida de las voces de nuestros demás compañeros y la del profesor Quezadas, quien gritaba que teníamos que salir de allí. Nos ayudó a ponernos de pie y nos llevó sanos y salvos a la calle, que estaba alumbrada sólo por la luz de la luna y en la que yo estaba muy dispuesto a tirarme a reposar del susto, pero la gente de la casa nos dijo que teníamos que correr hacia la parte alta del pueblo, pues luego de un terremoto siempre viene un tsunami. Así es que volvimos a la casa con gran pavor a recoger nuestros zapatos, porque las calles estaban tapizadas de vidrios rotos, y con las piernas aún

temblorosas corrimos a través del pueblo que parecía fantasma, hasta que llegamos a un lugar seguro.

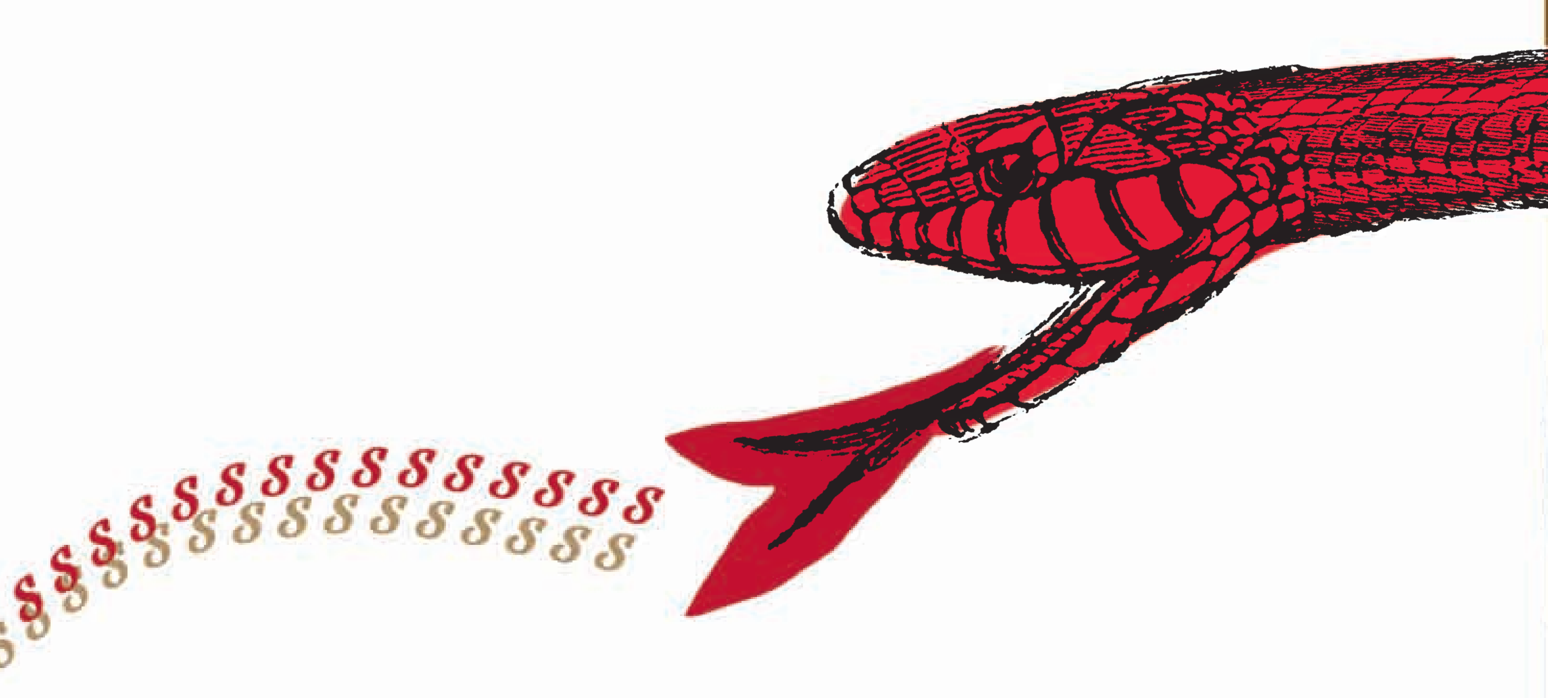
Allá arriba esperamos la luz del día mientras escuchábamos las noticias en un radio de pilas. Supimos que éramos sobrevivientes del quinto peor terremoto de la historia. El sueño vencía al miedo a ratos, y así hasta que nos sorprendió la luz de la madrugada que nos dejó ver realmente todo lo que había pasado y lo que pasaría después: las enormes olas que llegaron más allá de la pensión donde nos habíamos ido a dormir la noche anterior y que se llevaron casas, autos, y a la gente que se había quedado cerca de la playa.

A la luz del día ya no sentíamos tanto miedo, pero empezamos a preocuparnos por las noticias que les llegarían a nuestros papás. El profesor Quezadas intentaba una y otra vez comunicarse a través de su celular, pero no había líneas. Propuse que entre todos intentáramos una conexión telepática con ellos, y aunque no era muy probable que sirviera, al menos a nosotros nos funcionó para matar un poco el tiempo, y olvidarnos del hambre que empezábamos a sentir. El profesor Quezadas, con otros adultos que se habían establecido también por allí se turnaban para bajar a conseguir comida y agua. Lo poco que traían lo repartíamos

entre todos. Era como un gran campamento que habría sido emocionante de no ser por todas las malas noticias de las que nos enterábamos por la radio. Al día siguiente el profesor Quezadas pudo hacer una llamada al celular del papá de Suárez, que estaba con todos los papás de nosotros. "Les ha de haber vuelto el alma al cuerpo", dijo una anciana que andaba por allí cuando cortamos la comunicación después de que cada uno saludó a sus papás, rapidísimo para que no se acabara la pila.

No dejamos de hablar en toda la tarde de lo que había pasado. "Parecía que estábamos en una caja de cereal que alguien furioso agitaba para servirse", dijo Juan Manuel que piensa mucho en comida. Yo más bien me imaginé como su una serpiente metálica e inmensa hubiera pasado por debajo de la pensión. El profesor Quezadas dijo que esas cosas pasan, y que aun con toda la tecnología que tenemos en el mundo, los terremotos son imposibles de predecir y de detener. Dijo que lo primero que haríamos al llegar a la ciudad sería organizar simulacros. Tenemos que estar preparados por si vuelve a ocurrir algún día.

Hasta la tarde del día siguiente pudo llegar el autobús para recogernos y llevarnos de regreso a nuestras casas, con lo puesto. Todo lo que habíamos llevado lo arrastró el mar. Pero eso sí, íbamos llenos de ánimo porque pronto veríamos a nuestros papás y volveríamos a nuestra vida normal. A nuestra nueva vida, como dijo el profesor Quezadas. Y sí, de algún modo había sido como nacer otra vez. Y lo bueno fue que, a partir de entonces, el profesor, mis mejores amigos y yo compartimos un nuevo cumpleaños y una experiencia que no olvidaremos jamás.





Zazil

Laura Martínez Belli

Esa mañana, a Emilio lo despertaron las voces de la gente discutiendo al pie de la ventana. Por quinta noche consecutiva los aluxes habían destrozado la milpa. Los sembradíos estaban desbaratados, como si alguien de pies diminutos hubiese bailado toda la noche sobre la cosecha.

Emilio se desperezó. Se lavó la cara y se dispuso a desayunar. Durante el desayuno apenas habló. Estaba atento a las palabras de sus mayores, argumentando que si debían o no poner ofrendas de fuego o comida a los aluxes para que dejaran de molestar. Unos decían que los aluxes se habían enojado con ellos por su indiferencia, otros decían que eran malos espíritus y debían ahuyentarlos.

Emilio no perdía detalle. No era la primera vez que oía hablar de los aluxes. Su abuela le había contado que eran criaturas de los bosques que salían al mundo con el brote de la luz de la luna, cuando los hombres se entregaban al sueño. Eran criaturas ágiles, ligeras y traviesas. Pocas personas podían verlos —le habían dicho—, pero ella aseguraba haber tenido una amiga alux. Emilio siempre sintió curiosidad por esta historia.



Así que esa mañana, nada más terminar su desayuno, Emilio salió corriendo hacia casa de su abuela con la curiosidad latiéndole en las orejas. Corrió y corrió por los senderos con la urgencia que solo causan las ganas de saber. En el camino, tuvo que esquivar varias ramas de árboles y algunos charcos de agua que la lluvia del día anterior había dejado en el camino. Por fin, llegó a casa de su abuela.

—¡Chiich! —llamó Emilio a su abuela.

Y de una puerta de madera pintada de azul, emergió la abuela como un suspiro. Tenía el cabello recogido en una gran trenza, y la mirada sabia de quienes han vivido ya la vida completa. Al verlo, la abuela sonrió.

Emilio, tras una breve plática de cortesía, le pidió sin rodeos que le contará la historia de Zazil.

La abuela se evadió de sus recuerdos. Hacía tiempo que nadie le recordaba ese nombre. Se sentó en una mecedora de mimbre blanco y empezó a balancearse, como si el vaivén pudiera traer imágenes a la memoria. Y comenzó a hablar.

















Una vez, hace ya mucho tiempo, conocí a una alux. Se llamaba Zazil, y tenía los ojos del color de la miel. Sin embargo, Zazil había aprendido a percibir el mundo no con la vista, sino a través de la palma de la mano. Le gustaba salir en la oscuridad y pasearse entre los árboles. Sentir el viento en su pelo, el fresco de la noche en las pestañas.

Zazil era respetada por todos los aluxes de la comarca porque observaba con inteligencia. Rara vez se la veía haciendo travesuras, a diferencia de otros aluxes, que nada más esperaban a que uno se descuidara para cambiar las cosas de lugar. Pero sobre todo, Zazil tenía curiosidad por las cosas del mundo. Cuando nadie la veía, corría a las casas de los hombres y se paseaba entre sus mesas. Observaba con curiosidad tenedores, cuchillos y cucharas, y cerraba los ojos para aprender cómo se sentía tocar el frío metal de los cubiertos, o la flácida consistencia de la gelatina. Zazil, al igual que todos los aluxes, tenía cuidado en no dejarse ver. Pero un día, quizás porque estaba absorta en el calor que emanaba una vela, yo la descubrí.

Emilio abrió los ojos de par en par.

—¿Y qué hiciste, Chiich? —preguntó.

La abuela sonrió. Luego le dijo:

—La saludé.

—¿Y qué hizo ella? —preguntó de nuevo Emilio.

La abuela sonrió otra vez.

—Al principio estaba tan sorprendida como yo. Creo que yo le causaba más curiosidad que ella a mí. Al fin, desde niña nos habían hablado de los aluxes. De cómo cuidaban la milpa y ahuyentaban a los animales de rapiña o ayudaban a delatar ladrones. Pero no sé si ella sabía quiénes o cómo éramos nosotros.

Nos hicimos amigas. Ella me dijo que se llamaba Zazil. Y una vez al mes, por las noches, cuando todos dormían, ella aventaba piedrecitas al marco de mi ventana para que yo bajara y le contara historias de nuestro mundo.

Yo le mostraba todo tipo de objetos y ella disfrutaba palpándolos con los ojos cerrados. Así fue durante años. Hasta que crecí y me enamoré de tu abuelo. Entonces, Zazil dejó de visitarme. Y no volví a verla nunca más.

Emilio pudo sentir en su abuela una gran nostalgia.

—Y entonces, si son buenos y amigables —dijo Emilio rompiendo el silencio—, ¿por qué la gente está ahora asustada porque los aluxes destruyen sus cosechas, Chiich?

La abuela miró fijamente a Emilio y le dijo:

—La gente se asusta de lo que no conoce, Emilio. El miedo es la ignorancia.

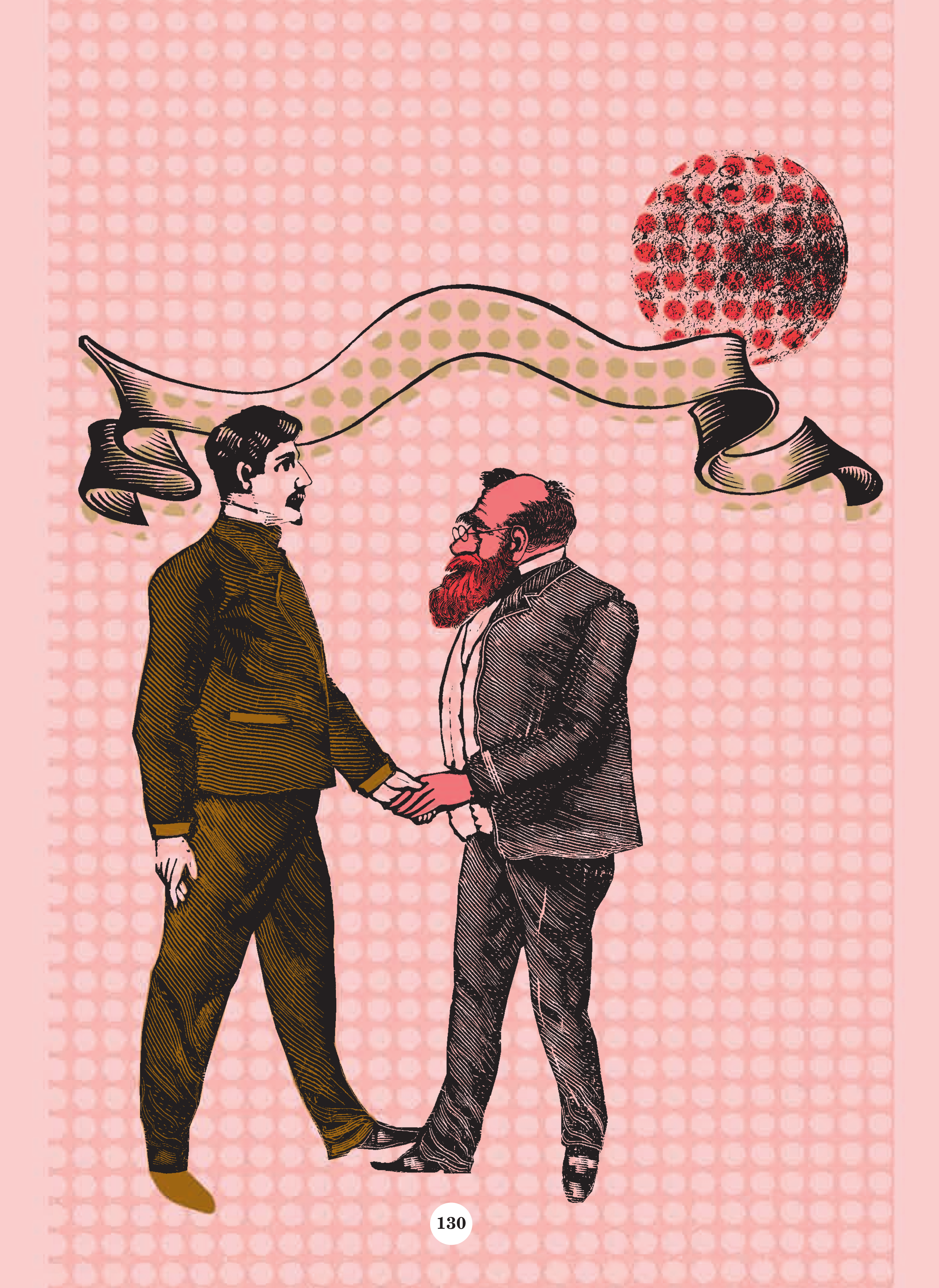


Emilio meditó un momento. Luego, abrazó a su abuela muy fuerte y le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, Chiich —le dijo al despedirse—. Ya sé qué hacer para que Zazil vuelva a cuidar nuestras milpas.

Esa noche, antes de irse a dormir. Emilio dejo sobre la mesa del comedor una campana de metal, la trenza de cabello de su hermana, un pedazo de madera de una silla pulida por su papá, un cucharón de peltre y una vela encendida. Después, con mucho cuidado y empeño, escribió una nota en un pedazo de papel que dejó a la vista. La nota decía: “Zazil, esta ofrenda es para ti. Espero como tú, aprender a apreciar las pequeñas cosas de la vida.”

A la mañana siguiente, la milpa amaneció frondosa. Y los vegetales cultivados en ella brillaron como si fueran pequeños pedazos de sol.



La marimba y la luna

Vivian Mansour Manzur

—Confío en ti. Tiene que ser de madera de hormiguillo. Y además, debes fabricarla cuando sea luna llena. ¿Me das tu palabra que vas a cumplir con estos dos compromisos?

—Claro que sí, te la doy —dijo el carpintero con solemnidad.

Don Abel, músico de profesión, quería heredarle a su nieto la más hermosa marimba para que lo recordara cada vez que pusiera bailar a las taquetas. Porque don Abel ya tenía muchos años encima y sabía que la música dejaría de tocar para él muy pronto.

El carpintero, de nombre Ismael, era muy bueno en su oficio, pero era la primera vez que alguien le encargaba fabricar una marimba. Puso todo su empeño en conseguir madera de hormiguillo, fragante y hermosa en tablones perfectos. Sabía que ni el cedro ni la caoba eran maderas sonoras, pero que sí lo eran la llamada palo de rosa, el hormiguillo y el granadillo. La madera de cedro se usaba para la ornamentación de las incrustaciones que adornaban el frente del instrumento.

El asunto de la madera estaba resuelto. Pero el requisito de fabricarla a la luz de la luna llena le parecía absurdo. Ni que se tratara de armar un ataúd para vampiros. Definitivamente no la armaría durante la luna llena. Se trataba de una superstición sin sentido. Así que se concentró en trabajar a plena luz del día. Sabía que la marimba debía tener una membrana para que el sonido rebotara sobre ella, dándole a los sonidos ese brillo y esa resonancia tan característicos. Consiguió entonces, la tripa de un cerdo, la curtió y estiró para formar esa extraña tela llamada "cachimba".

A duros golpes de martillo unió todas las partes, adornándolas lo mejor que pudo con triangulitos de maderas muy finas.

Se la presentó con orgullo a don Abel. Se organizó una gran fiesta para el nieto donde por primera vez se estrenaría. Todos muy engalanados se reunieron en el jardín de doña Rosaura. Se preparó una tamaliza y barbacoa. El nieto, que cumplía ocho años, tenía el pelo engominado y lo habían vestido con la guayabera de su primo, que le quedaba un poco chica, dando como consecuencia que el ombligo se le asomara cada vez que se reía. Todo era fiesta y algarabía.

Llegó el momento esperado: don Abel pidió silencio, tomó las taquetas, recién lijadas y barnizadas. La fiesta cobró seriedad. Las alzó y las golpeó sobre las teclas de la marimba. Pero en lugar de escuchar la voz cantarina del instrumento, se escucharon sonidos feos y desgarrados como gemidos.

Una serie de desgracias sucedieron a continuación: un gato que dormitaba bajo un platanar, se despertó al escuchar el sonido, lo confundió con un maullido en celo y corrió como flecha a buscar compañera. En su carrera, tumbó el vitrolero de agua de tamarindo. Al caer estrepitosamente al suelo doce litros de agua, una de las gotas cayó justo en el ojo de Robertito que ciego y lloroso, caminó frotándose los ojos. A tropezones, sin darse cuenta, llegó hasta uno de los pilares que sostenía la carpa de tela que servía de techo. Al derrumbarse uno de los palos que servían de sostén, toda la estructura cayó sobre los asombrados invitados. La lona blanca cubrió a los invitados. Aunque todos salieron ilesos del percance, la marimba quedó en el piso, totalmente destrozada.









Don Abel, todavía con las taquetas en mano, miró seriamente a Ismael.

—No cumpliste tu palabra.

—Claro que sí, don Abel. La hice con la madera que usted me ordenó.

—Pero no la fabricaste bajo la luz de la luna llena.

—¿Cómo lo sabe, don Abel? —preguntó con una vocecilla culpable, el carpintero.

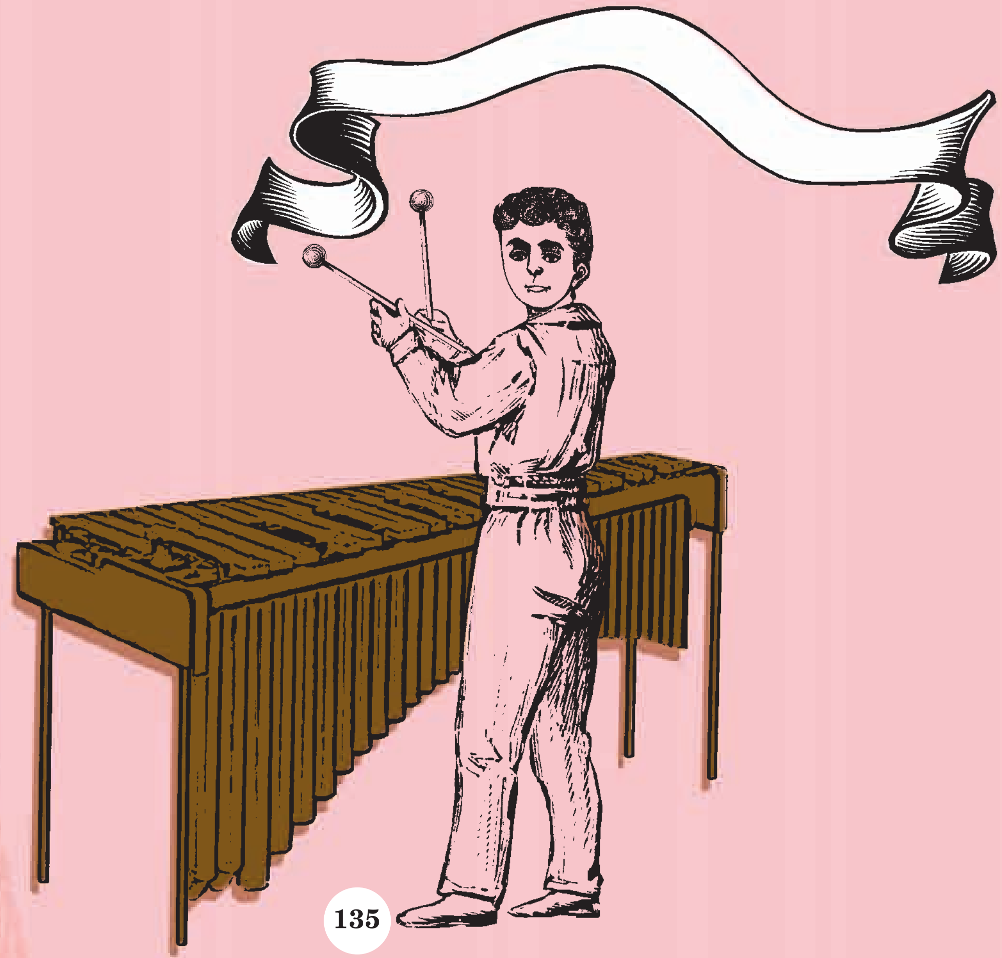
—Porque está apolillada. Si construyes una marimba por la noche, no agarra polilla porque el insecto no sale de noche. La luz potente de la luna llena lo deslumbra. Al armarla de día el olor a madera dulce atrae al bicho. Y además ve perfectamente en la luz del día y sabe bien cómo penetrar en la madera. Al no cumplir con tu palabra, la marimba está apolillada. Y como consecuencia, el sonido que emite está destemplado, es decir, desafinado.

—Perdóneme, don Abel. La voy a volver a armar.

—No cumplir un compromiso tiene consecuencias.

Esta fiesta se pospone un año entero, hasta que mi nieto cumpla los nueve y para que don Ismael tenga un año entero para buscar la luna llena y cumplir con su palabra.

Así lo hizo Ismael al término de un año, aprendiendo que un compromiso roto puede desafinar un buen nombre y también puede acabar con una buena fiesta.







La prueba

José Agustín Escamilla Viveros

Siempre fui un viejo gruñón. Ahora que estoy muerto y soy un fantasma veo a mis familiares llorando frente a mi ataúd. Me duele mucho que mi hija esté deshecha. La acompaña Eduardo, su novio, ¿por qué siempre me cayó tan gordo? ¿Por qué lloran todos si siempre los traté mal?

Nunca creí en la existencia del cielo o del infierno, pero veo una luz muy blanca y siento la necesidad de seguirla. En un instante estoy ante un anciano que tiene una barba muy larga y blanca. Del lado derecho de su túnica cuelga un manojo de llaves. Me mira, sonríe y me dice:

—Eusebio, aunque fuiste un buen hombre, jamás demostraste amor por tus semejantes. Para que entres al cielo, es necesario que regreses a la Tierra y aprendas a amar a tu prójimo.

—¿Voy a resucitar?

—No, reencarnarás.

—¿Seré niña o niño?

—No reencarnarás en un ser humano.

—¿Hoy voy a regresar?

—No, aún no es tiempo. Duerme.

No tuve tiempo para protestar. Todo se volvió oscuro y me quedé dormido.

Los años pasaron tan rápido como un pestañeo. Una luz intensa me despierta.

—Es momento de volver. Es tu oportunidad para demostrar que amas a tu prójimo —Me ordenó el anciano de la barba blanca.

—¿A quién debo amar?

—Lo sabrás en su momento.

De repente regresó la oscuridad, avanzo lentamente por un túnel tibio y húmedo, ahora una luz muy intensa me deslumbra, siento frío, unas manos me estrujan, me limpian con un trapo y me ponen sobre una almohada junto con otros cachorros. ¡Soy un perro! ¿Por qué reencarné en un perro? ¿De qué trata este plan? ¿Cómo voy a demostrar que amo a mi prójimo si soy un perro? Tengo hambre y frío. Por instinto busco el cuerpo de mi madre y sus tetas. Encuentro una, me aferro a ella y la leche sale dulce y tibia. Esto es vida.







Los días de mi vida como perro pasan muy rápido, ya tengo un mes y medio. Los dueños nos colocan a mis hermanos y a mí en una gran caja de cartón, parece que nos van a vender, porque oigo muchas voces de niños. Acerté.

—¡Qué lindos perritos! —las manos de los niños nos toman con rudeza, mis hermanos lloran.

Dos niños, al parecer hermanos, me miran enternecidos. El mayor me toma con cuidado, el menor me acaricia mientras le dice a su mamá:

—¿Podemos quedarnos con éste, mami?

Veo a la señora, me parece conocida. ¡Caramba! ¡Es mi hija! ¡Qué guapa es!

Mi hija paga, los niños, que son mis nietos, están felices, riñen para cargarme. Subimos a un coche. Después llegamos a su casa.

Si mi misión es demostrarle amor a mi prójimo no me va a costar ningún trabajo, pues mis nietecitos son adorables.

Toda la tarde jugué con los niños. Desde hace mucho tiempo no me sentía tan feliz. En la noche llegó mi yerno. Por fin conocería al afortunado que se casó con mi princesa. Salgo de la caja de cartón que me sirve de casa. Todo está oscuro y sólo distingo su silueta. Es delgado. Una luz se enciende ¿Eduardo? ¿Mi hija se casó con ese haragán? ¡Ahora sí lo muerdo! Me lanzo contra él, pero mi nieto me levanta y me muestra orgulloso ante su padre.

—¿Te gusta, papi?

—Es muy bonito, ¿cómo se llama?

—¡Chester!

—Me gusta el nombre y el perrito también —Eduardo extiende la mano para acariciarme y aprovecho la oportunidad para morderlo— ¡Auch! Será un buen guardián porque es muy bravo.

—¡No muerdas a tu amo! —dijo el niño—, de castigo dormirás en el patio.

Empiezo a llorar. Me levantan el castigo. Dormiré en la sala.

Al poco rato los niños se despiden de mí y mi hija los lleva a dormir. Ella y Eduardo se quedan en la sala.

—¿Cómo te fue hoy en el juzgado, amor? —pregunta ella.

—Tuve mucho trabajo. Estoy preocupado porque se desahogaron las pruebas contra la banda de secuestradores. El jefe de ellos me dijo que más me valía que el dictamen fuera favorable porque si no me iría mal.

—¿Qué le contestaste? —preguntó angustiada mi hija.

—Que yo no dictaría la sentencia. No temas. Todo estará bien —le dijo él mientras la abrazaba.

Esa noche fue de perros para mí. ¿Qué podía hacer un cachorro contra unos delincuentes? ¿Quién podrá ayudarme? ¿Qué haré? Protegeré a mis niños y a mi hija de esos malvados. ¡No permitiré que les hagan daño!

Mi infancia perruna fue feliz, salvo por los baños y las vacunas. En las tardes jugaba con mis niños. En la noche salía a esperar a mi yerno, quien se había convertido en un buen hombre. Era trabajador, amaba a mi hija y adoraba a sus pequeños. Lo había juzgado mal.





Una noche, mientras esperaba a Eduardo, vi que un taxi se estacionó en la acera de enfrente. Dos tipos veían con insistencia la casa. “Esto no me gusta nada”, empecé a ladrar con todas mis fuerzas. Los vecinos se asomaron a sus ventanas. El auto arrancó y se fue.

Poco después llegó Eduardo en su coche. Me dio tanto gusto verlo que mi cola se meneaba de un lado a otro. Mi yerno se bajó para abrir y en ese instante escuché pasos apresurados: los tipos habían vuelto. Uno de ellos se llevó la mano a la bolsa y sacó un objeto puntiagudo que brilló en la oscuridad. No lo pensé dos veces, salté sobre el hombre, lo desarmé, lo mordí con todas mis fuerzas hasta que cayó; el otro se quedó paralizado, también me lancé contra



él y un *bang* me detuvo en el aire, caí, en cámara lenta lo vi apuntarle a Eduardo “Dios mío, dame fuerzas”, pensé y me levanté de nuevo, le mordí la mano con la que sostenía la pistola y no lo solté. A lo lejos escuché sirenas y los comentarios de los vecinos.

—¡Qué perro tan valiente! ¡Llamen a un veterinario!

Cuando llegó la policía yo me sentía muy débil y solté al hombre. Todo lo veía lejano, ajeno. Me estaba muriendo de nuevo. Había pasado la prueba.



Vuelo en-armónico[1] (águila)

Sergio M. Tenorio Sil



La cadencia inicial casi terminaba cuando salí impulsado desde el último asiento del segundo piso, hacia lo más alto del recinto; allí, en medio de la oscuridad y sostenido por las corrientes de aire, me acoplé a la música que inundaba el espacio. Comencé a planear suavemente, siguiendo el contorno apenas visible de las paredes, sin que hubiese nada que me distrajera. Debajo, sólo había sombras.

Descendí en una curva cada vez más cerrada y de repente me encontré en un área intensamente iluminada. Ahora podía ver el origen de la música: decenas de hombres frotaban, sacudían, golpeaban, soplaban sus instrumentos creando el mar de sonidos sobre el cual yo navegaba, todos con la vista puesta hacia el centro del área en donde un hombre, colocado junto al piano, los dirigía. Observé la concentración en sus rostros, la precisión de sus manos, el alma puesta en lo que hacían; quise ser como ellos y, sin preocuparme del sentido que pudiera tener mi vuelo, puse todo mi ser en que fuera el más preciso, el más perfecto, en total armonía con la melodía que me acompañaba.

De pronto, la corriente de aire ocasionada por las trompetas y trombones que se incorporaban a la melodía tocada por los violines, aunada al calor causado por la luces, me impulsó nuevamente llevándome hacia el patio de butacas. Ahora podía ver con claridad lo que desde arriba sólo parecían sombras y que, en realidad, eran aquellos para quienes se creaba la música.

Casi todos estaban concentrados en el escenario pero mirando con detenimiento, podía percibir qué diferentes eran unos de otros. Algunos lo miraban fijamente; otros movían discretamente manos, pies, cabeza, al ritmo de la música; uno más parecía cantar moviendo casi imperceptiblemente los labios, mientras a su lado otro ocultaba un bostezo, sin que faltara el que se había quedado dormido. Pero ninguno parecía ver hacia arriba, nadie me miraba, nadie prestaba atención a mi vuelo tan efímero como las notas que escuchaban. La gravedad me vencía y no tardaría en caer; nadie sabría de mí, nadie… ¿nadie? Apenas vislumbrado, un rostro con ojos azorados me seguía sin apartarse de mí, mudo testigo de mi existencia mientras lenta, pero inexorablemente, caía para perderme en algún oscuro rincón. Pero… ¡no!, mi final no sería así. La orquesta ex-

---

1 En-armónico. Se dice de un sonido musical que es enarmónico de otro cuando ambos tienen el mismo tono pero se escriben con diferente nota musical. Por ejemplo, el sonido intermedio entre Do y Re se puede escribir indistintamente como Do sostenido o como Re bemol, va a depender de la nota de la que surge la intermedia. Aquí es usada para describir un mismo evento desde dos puntos de vista diferentes, como el Águila o Sol de una moneda.

plotó con toda su potencia y aprovechando la turbulencia de aire generada, giré y me enfilé como un proyectil hacia el centro mismo de la música…

Atrapado e inmovilizado entre dos cuerdas metálicas, en la penumbra de la caja de resonancia del piano, veía como los macillos[2] se movían sin cesar acercándose y alejándose de mí, haciendo sonar las cuerdas. Al golpear las que me aprisionaban el sonido ocasionado fue sordo y seco, nuevamente fueron golpeadas y de nuevo el mismo sonido. Entonces apareció frente a mí un rostro que, en menos tiempo de lo que dura un compás, transitó al verme, de intrigado a contrariado, asombrado y enojado. Un instante después desapareció y los macillos se alejaron pero sólo para volver con más brío. Antes de llegar a mí, una mano penetró en la caja, me estrujó, me arrojó con violencia y fui a dar debajo de una butaca vacía en la primera fila.

La música cesó, los aplausos estallaron y el pianista, con el rostro contraído por la furia contenida, se retiró rápidamente ante el asombro de músicos y espectadores que no comprendían la causa de su huida. Los aplausos cesaron, se encendieron las luces y una multitud de pies pasó junto a mí.

Una mano me levantó, alisó mis alas y me levantó hacía un rostro sonriente, aquel que había seguido asombrado mi vuelo, ¡el vuelo de un humilde avioncito de papel!

Vuelo en-armónico (Sol)

A diferencia del resto de la temporada, además de que la sala de conciertos no se había llenado, la función terminaba con el concierto solista. Lo primero se debía probablemente a que el programa no resultaba muy atractivo y el concierto se realizaba al salir del puente del Día de muertos; lo segundo, se debía con seguridad a la duración, inusualmente larga del segundo. Concierto para piano de Johannes Brahms. El caso es que cuando hacia el final de dicho Concierto, a pesar de la maestría de Jorge al piano y de Eduardo al frente de la orquesta, yo estaba harto.

Aburrido escudriñaba el techo de la sala de conciertos desde una butaca de la planta baja cuando, saliendo de lo más alto del segundo piso, apareció ante mis ojos un pequeño objeto planeando en lo más alto de la sala. Apenas distinguible en la oscuridad se movía suavemente hacia el costado derecho de la sala descendiendo con lentitud. Asombrado lo fui siguiendo con la mirada

---

2 **Macillo**. Pieza del piano, en forma de mazo con mango que, unida a la tecla por uno de sus lados, golpea las cuerdas haciéndolas sonar.





hasta perderlo de vista al pasar entre la placas del plafón acústico, por lo que supuse que se habría atorado o habría caído entre las butacas del coro. Pero he aquí que habiendo girado por detrás del escenario, reapareció por el lado izquierdo, sobre la orquesta, dirigiéndose hacia las butacas del primer piso. Cuando parecía que iba a caer, ascendió levemente, giró y, para mi sorpresa y gozo, se precipitó como un kamikaze[3] hacía el interior del piano solista.

Parecía que allí terminaría el asunto; ni Jorge concentrado sobre el teclado, ni Eduardo junto a él, se habían dado cuenta de lo sucedido. Sin embargo, cuando la partitura lo llevó hacia las notas altas del piano, Jorge debió notar alguna resistencia en el teclado o un sonido diferente al esperado, por lo que aprovechando un pausa en que la orquesta debía dar respuesta al solista, sin dejar de tocar, se puso de pie para asomarse dentro del piano. Su rostro se contrajo y el movimiento de su cabeza delataba perfectamente su molestia. Siguió tocando y cuando la partitura volvió a llevarlo a la derecha, sin dejar de tocar con la izquierda, metió la mano derecha dentro del piano, arrojó al intruso, convertido en una bola informe, que rebotó en el extremo del escenario y fue a parar debajo de una butaca vacía de la primera fila.

Minutos después el concierto terminó y como de costumbre, la sala reventó en aplausos. Jorge frente al teclado, respiró profundamente, se levantó y salió de la sala ante la mirada azorada del director el cual se preparaba para agradecer conjuntamente con su solista. El público ya aplaudía de pie por lo que después de un breve titubeo, el Concertino dio la señal para que la orquesta se levantara de sus asientos para agradecer los aplausos mientras Eduardo salía en busca de Jorge. Al cabo de unos instantes, Eduardo regresó solo al escenario para agradecer al público mostrando un rostro contrariado. El público comenzó a solicitar con aplausos el *encore*;[4] Eduardo volvió a salir en busca de Jorge y nuevamente regresó solo. Mientras agradecía, se encendieron las luces, los aplausos se extinguieron, la orquesta abandonó el escenario y la gente comenzó a salir de la sala. Antes de que yo pudiera moverme, un niño de nueve o diez años que se encontraba tres butacas delante de mí, se dirigió a la primera fila, recogió el objeto del piso y dándole forma, con una sonrisa corrió a reunirse con su familia.

Fue un concierto inolvidable, al menos para Jorge y para mí quienes, aunque por distintas razones, siempre recordaremos aquel día en que Brahms fue vencido ¡por el *vuelo de un sencillo avioncito de papel*!

---

3 **Kamikaze**. Piloto suicida japonés.

4 **Encore**. Voz francesa que en el ámbito musical se usa para designar la pieza fuera de programa interpretada al final de un concierto a solicitud del público.



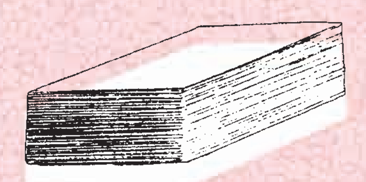


El Señor Embajador

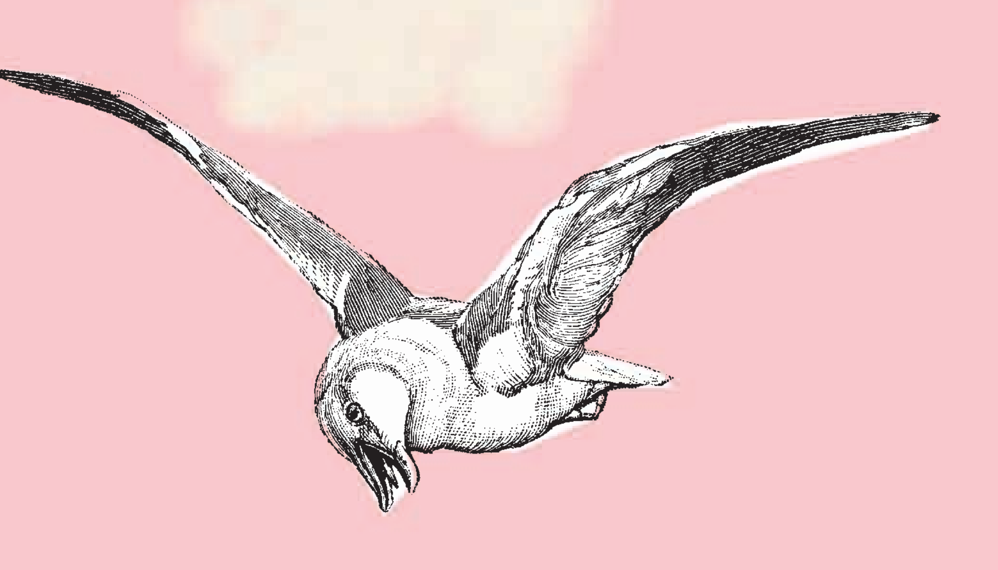
Beatriz Espejo

Para Agustín Gutiérrez Canet

Con su abrigo grueso, su larga bufanda y su estatura alta de hombre altivo, dice que para ejercer su cargo hay que parecerlo. Por eso siempre está impecable aunque su cabellera que admite algunas canas se alborote con vientecillos característicos a principios de septiembre. Hombre consciente de que el tiempo está vivo y no se detiene nunca, se fija horarios y procura cumplirlos. Sabe que del equinoccio de primavera en que los días son iguales en toda la Tierra, vendrá el solsticio de Capricornio y el hemisferio boreal prolongará sus noches. Aparecerá escarcha sobre los tejados citadinos y las palas quitanieve circularán recorriendo calles y banquetas. Desayuna a buena hora, aunque haya cumplido sus deberes en alguna recepción que abandona temprano. Entonces inicia tareas cotidianas sin ser interrumpido. Redacta discursos habituales con clara idea de lo que se propone decir, contesta mails, escribe artículos, organiza exposiciones artísticas en que selecciona materiales y resalta la importancia del arte mexicano. Planea eventos. Sólo con esa vida metódica puede conseguir lo que ha conseguido. Y no cambia horarios a menos que se presenten eventualidades insalvables.



Cuando más metido estaba en su trabajo y poco antes de abandonar la residencia rumbo a la embajada, algo interrumpe su atención. Es un clamoreo extraño, inconsolable. Primero no alcanzó a identificarlo; luego lo escuchó viniendo desde la gran terraza construida sobre una fachada interior que da al mar y donde mira muchas veces los crepúsculos de Helsinki. El horizonte se parte en dos azules distintos marcados por una raya como si seres superiores usaran reglas para no cometer equivocaciones en su bandera. Aprovechan primero un azul claro y luminoso; el segundo más oscuro y denso y el cuadro se ilumina con una roja mancha solar apoderándose del panorama por las mañanas y desapareciendo rumbo a la negrura del anochecer. Pero en ese momento se llenaba de fuertes y vivos colores y las sombras huían extendiéndose hacia puntos lejanos, se dispersaban por bosques y jardines.



Los gritos descorazonados guiaron al Señor Embajador, le dijeron que pisara cuidadosamente, como si el piso estuviera muy frágil, para no lastimar a una criatura negrusca, medio emplumada que se cayó del nido formado arriba del techo y con los ojillos semiabiertos esperaba entontecida la ayuda de una gaviota que volaba angustiada por un dinamismo sin tregua espantando a los intrusos que intentaran lastimar a su polluelo. La presencia del Señor Embajador la alarmó. Temió lo peor aleteando con las alas extendidas como hojas de navaja, gritando violentamente, dando giros en el aire. Aumentaron sus ansias cuando la cocinera a pedido de su patrón —convencido de que las únicas cosas terrestres que podemos llevarnos al cielo son las que regalamos—, dejó cerca trozos de pescado crudo que fueron rechazados con movimientos circulares viendo enemigos en ese par de humanos piadosos cuya ayuda despreciaba. No tenía otra forma de comunicarse sino por aleteos y alborotos. Exigía quedarse sola mientras redoblaba una actividad constante. Salía rumbo al océano y segundos después regresaba con pedacitos de comida recién cazada. Los colocaba suavemente en el pico de su cría. Los habitantes de la casa sintieron que su presencia resultaba inútil y se limitaron a observar esa escena detrás de las cortinas. Asombrados del infatigable ir y venir, hora tras hora, minuto a minuto, sin descanso. La gaviota estaba segura de que el tiempo imparable y mostrenco era su enemigo ¿o su aliado? Segura de que habían llegado los momentos de emigrar. Y ahí quedaron diplomático y sirvienta mirando un rato, desapercibidos tras cortinas que al abrirse operaban milagros y el paisaje se convertía en sutiles movimientos de la gasa.



El Señor Embajador persuadido de que su ayuda sobraba. Pidió un automóvil y salió a cumplir tareas. Sin embargo cuando regresó por la tarde, pues a Dios gracias no tenía compromisos pendientes, aún no se solucionaba el problema. Seguía como lo había dejado; aunque la gaviota no perdía esperanzas. Una fuerza mil veces mayor a su tamaño la impulsaba. El Señor Embajador casi se acostumbró a los chillidos con los que durmió a pesar de que llegaban hasta su cuarto.

El día siguiente se dispuso a retomar rutinas. Adoraba el silencio y sin embargo sintió inquietud porque el ruido había terminado. Se enrolló rápidamente su bufanda sobre la bata y fue a la terraza. La halló vacía. Se habían ido. El cielo seguía dividido en dos; abajo, algo brumoso; arriba transparente y el sol cumplía citas diurnas imponiendo su boceto rojo con un glorioso ímpetu igual a una pintura abstracta hecha en el taller del cosmos. Además se imponían los diferentes tonos grises y verdes de las casas y las plantas extendidas bajo ellas o trepando bardas. La bufanda del Señor Embajador lo convirtió de pronto en un niño fugitivo de obligaciones ministeriales arropado por una lana ardiente protegiéndolo del frío para observar tanto misterio hablándole a los ojos. Supo que el orden y la bondad regresaban al mundo y se detuvo un rato contemplando. Allá, todavía no muy lejos, madre e hijo iban juntos. Ella cambiaba posiciones, se ponía arriba, a la derecha, a la izquierda enseñándole cómo volar y cuidando que no cayera nuevamente. Ambos fueron dos puntitos cada vez más distantes; pero el amor y la persistencia se besaban uno al otro.


REDUCIR
RECICLAR
REUSAR
BASURA

Las tres “r”

Ximena Sifuentes Mar

¿Qué es basura o residuos? La basura o más propiamente llamada residuos sólidos, son aquellas cosas que han dejado de desempeñar la función para la cual fueron creadas, que consideramos ya no sirven, y por tal motivo nos deshacemos de ellas o las eliminamos de nuestras vidas.

La problemática de los residuos sólidos, empezó cuando el hombre se asentó en un lugar y debido a su capacidad para transformar el medio ambiente, empezó a producir deshechos inorgánicos.

Los deshechos inorgánicos están compuestos por materiales que no se degradan fácilmente o esta degradación se da en tiempos muy largos, ejemplo de ellos son: rocas, metales, vidrios, cartón, aluminio, plástico de todo tipo incluido el PET, tetra pack, etcétera.

Otro tipo de deshechos más nobles son los orgánicos, aquellos que proceden de seres vivos que al morir se degradan biológicamente (se pudren), como por ejemplo los desperdicios de comida, jardinería, animales muertos. Por su misma naturaleza son más fácilmente degradables que los inorgánicos.

Separa los residuos en orgánicos e inorgánicos, y lo que se considera basura como los papeles del baño, los pañales o los objetos médicos como vendas, jeringas etcétera, no te preocupes si el camión los vuelve a juntar, las acciones y la voluntad comienza en uno mismo.

Existen tres “R” que debes aprender y aplicar todos los días y en todo lugar.

1. **Reducir**, es decir, cambiar los hábitos de consumo, disminuye la compra de cosas que son innecesarias y cambia comida chatarra por comida fresca: frutas, verduras, legumbres. Utiliza un vaso de plástico para tu jugo o si tus papás compran café diles que lleven una taza térmica; para las compras en el súper lleven bolsas de tela.

2. **Reutiliza**, si no puedes reducir tu consumo, entonces vuelve a usar los envases, las bolsas, los vasos de unicel, el vidrio, el papel, el aluminio. También puedes hacer manualidades.

3. **Reciclar**, es una alternativa de solución del reaprovechamiento de residuos sólidos, cada vez tiene mayor aceptación en el mundo por sus ventajas económicas, sociales, ambientales y sanitarias. En esta R, se llevan a cabo procesos químicos, por ejemplo, el tetra pack tiene cuatro capaz distintas plástico, aluminio y dos tipos de papel. Al reciclar un envase de éstos se hace otros más, al igual que los envases de PET, con éstos se hacen más envases o se puede obtener una fibra parecida al poliéster.

Para hacer más claro lo anterior te ponemos un ejemplo: ¿Qué haces con tus libretas de fin de curso?

Si aplicamos las tres "r", lo primero es **reducir**. Para esto, revisamos nuestras libretas, después identificamos si tenemos hojas blancas, si tenemos hojas con espacio suficiente para realizar más escritos y las que ya han sido utilizadas en su totalidad.

Posteriormente **reutilizamos**. De los cuadernos que tengan hojas en blanco, podemos elaborar una nueva libreta y de las que tienen espacio, hacer escritos que necesitemos.

Finalmente, **reciclamos**. Si existen cuadernos que ya no tengan espacio en blanco podemos juntarlos y venderlos, o bien, elaborar otro tipo de papel con éste.

La recuperación biológica de estas acciones es la producción de composta, abono orgánico que constituye una fuente energética importante en los cultivos agrícolas, a la vez que se puede obtener un combustible gaseoso llamado metano.

Un medio ambiente saludable proporciona bienes y servicios a los seres humanos y otros organismos vivos. Por ello, es de vital importancia cuidarlo, implementando acciones que permitan aplicar las tres "r".

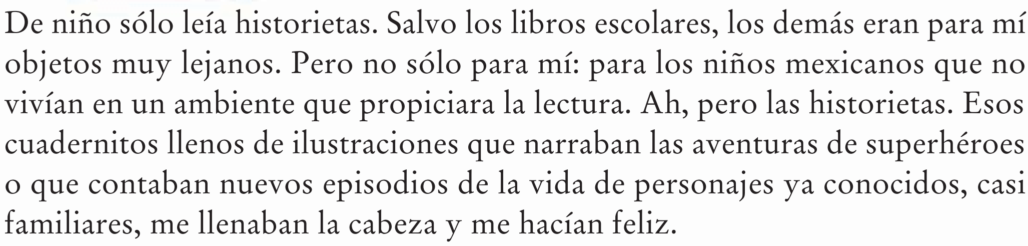

BASURA





Autobiografía veloz

Francisco Hinojosa



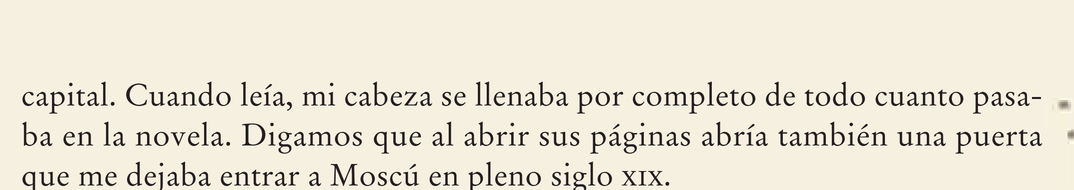
De niño sólo leía historietas. Salvo los libros escolares, los demás eran para mí objetos muy lejanos. Pero no sólo para mí: para los niños mexicanos que no vivían en un ambiente que propiciara la lectura. Ah, pero las historietas. Esos cuadernitos llenos de ilustraciones que narraban las aventuras de superhéroes o que contaban nuevos episodios de la vida de personajes ya conocidos, casi familiares, me llenaban la cabeza y me hacían feliz.

Además de ese placentero pasatiempo, me dedicaba a jugar futbol con mi hermano Javier. Sin nuestras sesiones diarias de pelota, bien uniformados la mayoría de las veces, en el jardín de los abuelos o en la calle, la vida no hubiera sido tan disfrutable. Y no sólo la pelota: jugar a lo que fuera, con la participación de mis otros dos hermanos, era lo que le daba el sentido a todo. Cuatro niños ya eran una buena banda como para inventarse sábados y domingos sin desperdicio. Para ese entonces ya sabía dos cosas importantes sobre mí mismo: que me gustaban los mundos imaginarios de las historietas y que había nacido con una clara inclinación hacia el juego.

Fue hasta los dieciséis años que comencé a leer libros. Resulta que mi hermano y compañero de juego de futbol tenía otras habilidades, además de meter goles en mi portería: le gustaba recitar poemas. Un día decidió participar en su escuela en un concurso. Iba en primero de secundaria y creía que tenía pocas posibilidades de ganar, ya que los de tercero eran más experimentados. Pero ganó recitando un poema de García Lorca, y con ello obtuvo como premio una medalla y un libro, *Crimen y castigo*, de un ruso llamado Fédor Dostoievski, un libro por cierto poco cercano a un joven de trece o catorce años. Lo dejó a un lado: la satisfacción de haberle ganado a los mayores era suficiente recompensa.

Un día en el que no tenía nada que hacer tomé el ejemplar y comencé a leerlo. Leí la primera página, la segunda, la tercera, la cuarta y sin darme cuenta en poco tiempo ya estaba demasiado metido en la historia como para poder abandonarla. Iba a la escuela, regresaba a la casa, comía, me olvidaba de la tarea y me disponía a leer toda la tarde y toda la noche hasta que el sueño me ganaba. Recuerdo esas tardes con mucha nostalgia. Pero pronto llegó el día temido en el que habría de leer la palabra “FIN”. Sentí que algo se había roto en mí. “¿Y ahora qué hago?”, me dije. Muchas de las últimas horas las había pasado junto a personajes que tenía poco tiempo de conocer y en un país que sabía de su existencia sólo porque me habían hecho aprender de memoria su





capital. Cuando leía, mi cabeza se llenaba por completo de todo cuanto pasaba en la novela. Digamos que al abrir sus páginas abría también una puerta que me dejaba entrar a Moscú en pleno siglo XIX.

En mi casa no había muchos libros, pero sí los suficientes como para saciar esa nueva sed: quería seguir leyendo historias. Así comenzó mi amor por los libros, porque muy pronto descubrí que además de novelas podía leer muchas otras cosas: una biografía de Leonardo da Vinci, un tratado sobre las hormigas, poemas de Rafael Alberti, el relato de un hombre que un buen día amanece convertido en un insecto, una mala versión de *La divina comedia*. Un año después me enfermé de hepatitis, lo cual me obligó a estar dos meses en cama. Lo sentí casi como un premio: era una inmejorable situación para dedicarme a leer.

Sin embargo, leía de una manera desordenada: los libros que caían en mis manos, los que había en la casa, los que me regalaban, los que empezaba a comprar con lo que tenía de dinero. Y así fue durante más de un año. Hasta que se me ocurrió ponerle un orden a las lecturas y dejarme guiar por quienes más sabían: me metí a estudiar en la universidad una carrera que tuviera que ver con los libros, Letras Hispánicas.

Y luego llegó algo que no me imaginaba: que ese gusto por la lectura desembocara en un deseo de escribir. ¿Sería yo capaz de crear mundos como los que llenaban las páginas de mis libros? ¿A quién había que pedirle permiso para escribir? Como a los dieciocho años hice mis primeros intentos: me dediqué con esmero a escribir poesía. Lo hice con mucho entusiasmo y guiado por los escritores que más me gustaban entonces. Los imitaba, los copiaba, trataba de ser como ellos. En unos cuantos años llegué a juntar un montón de hojas escritas, casi siempre, con una máquina mecánica. Sin embargo, poco a





poco me di cuenta de que los poemas que escribía empezaban a *contar* algo, hasta que un día escribí una historia. Disfruté tanto hacerlo que supe de inmediato que lo mío era más el cuento que la poesía.

Gracias a algunos compañeros de la carrera, comencé a escribir y publicar reseñas de libros en revistas literarias. Unos editores, que habían leído esas reseñas, me llamaron un día para pedirme que les hiciera un trabajo: adaptar algunos mitos prehispánicos de la creación y algunas leyendas de la época de la Colonia para ser leídos por niños de diez a doce años. Salieron de allí dos hermosos volúmenes titulados *El sol, la luna y las estrellas* y *La vieja que comía gente*. Gustaron tanto esos libros que a los mismos editores se les ocurrió otro proyecto: publicar cuentos para niños que tuvieran que ver con distintas etapas de la historia de México. A mí me encargaron que lo hiciera sobre la primera mitad del siglo xx. Escribir un cuento que transcurriera en los años cuarenta era todo un reto para mí. Y además tenía que ser para niños. Eso no estaba en mis planes originales, pero ¿por qué no intentarlo?

Para situarme en la época, me puse a leer libros de historia y a consultar periódicos de esos años. Al poco tiempo empezaron a llegar las ideas. Se me ocurrió escribir el relato de un niño que vende periódicos en las calles del centro de la Ciudad de México. De esa manera podría situar las acciones en el momento histórico que había elegido, ya que el personaje podía gritar las noticias de una manera natural. Terminé el cuento, lo entregué a mis editores y ellos, responsablemente, se lo dieron a leer a varios niños lectores. La respuesta fue contundente: "este cuento no nos gusta".

Cuando me dieron la noticia me puse triste: sabía que había fracasado en ese primer intento de escribir para niños. Después de releer el cuento y notar todos los errores que había cometido, decidí rehacerlo. Al cabo de unos días



lo terminé y lo volví a presentar. Los niños leyeron la nueva versión y al fin la aprobaron: "ahora sí nos gusta". Ese primer cuento se llamó *A golpe de calcetín*. Lo que aprendí al ser rechazado esa vez fue importante, ya que desde entonces he escrito más de veinte libros a partir de la idea de que los niños son lectores muy exigentes.

Leer libros sigue siendo una de mis actividades favoritas. Gracias a ellos puedo viajar a través del tiempo y del espacio desde la tranquilidad de un sillón en mi casa, conocer a personajes que se parecen a los de la vida real pero que están hechos de palabras, vivir historias que otros imaginaron, dejarme llevar por la música de un poema. Y allí están siempre los libros, listos para brindar sus páginas sin exigir nada a cambio.

Escribir es otra de las actividades a las que más tiempo dedico. Quizás decidí escribir para agradecer así lo que los libros me han regalado a manos llenas. Y también para contarme a mí mismo las historias que no leí de niño. Cuando mis editores me dijeron que ese primer cuento que había escrito fue disfrutado por sus niños lectores, supe que tenía una nueva responsabilidad: exigirme a mí para cumplir con sus expectativas. Algo más: he aprendido que si quiero que alguien disfrute con lo que escribo, debo disfrutarlo yo también.

En cuanto a las historietas, hace mucho que no leo una. Sin embargo, reconozco que me dejaron una gran huella que está presente en todo lo que escribo. En una imagen de cómic aparece un personaje que para hablar despliega un globito: en él caben, digamos, siete, ocho o nueve palabras, pero no



diez. Ésa es la enseñanza: no hay que escribir palabras de más, sólo las justas. Uno de mis primeros cuentos para adultos —porque también escribo para adultos— acaba de aparecer en formato de cómic: se llama *Informe negro* y es de corte policiaco. Sin haberlo planeado así, un texto mío me hace regresar, 45 años después, a mis orígenes como lector de historietas.

Y finalmente, el juego. Conforme pasa el tiempo, cada vez estoy más convencido de que a mí me tocó relacionarme con el mundo a través del juego y del humor. Y eso puede ser contagioso, ya que por lo general ese estado de ánimo festivo suele compartirse: veo a quienes me rodean —familiares, amigos, conocidos— como compañeros de juego.





Nicolás Tesla, el inventor

Carlos Chimal

Ese día Agustín aprendió en la escuela algo que despertó su interés. Él no sabía, por ejemplo, que hace unos 150 años atrás la gente no tenía luz eléctrica en sus casas ni podía escuchar la radio, ya no digamos ver televisión o usar el Internet. No fue sino hasta que se conocieron las propiedades eléctricas y magnéticas de algunos materiales y objetos que se intentó dominar y transformar su energía. Eso lo impresionó, así como saber que uno de los domadores de tales fuerzas fue el ingeniero e inventor Nicolás Tesla, quien nació en 1856, en lo que entonces era el Imperio Austro-Húngaro.

Después de la clase Agustín salió al patio, se sentó bajo un árbol y se quedó dormido. Soñó que viajaba en el tiempo y se entrevistaba con la persona cuyas ideas y dispositivos iluminaron y cambiaron el mundo. Su sueño lo llevó a la ciudad de Nueva York durante el atardecer de un día soleado de 1942.

Ahí notó cuán oscuras se ponían las calles apenas se ocultaba el sol, en comparación con las ciudades del siglo XXI. El mundo estaba en guerra, sí, pero de todos modos el suministro eléctrico en la calles y en las casas no era continuo. La luz era tenue, a veces pálida cuando bajaba de intensidad, mientras que a veces aumentaba hasta reventar las bombillas o focos. Agustín se acercó al enorme edificio del hotel donde Nicolás Tesla había vivido los últimos seis años de su vida. Subió hasta el piso 33 del rascacielos. A pesar de que estaba sentado en un sillón de piel negra Agustín pudo notar que se trataba de un hombre muy alto. Los pómulos se le habían hundido y la mirada de sus ojos negros parecía tender hacia el visitante una especie de energía magnética. Su frente morena era amplia y aún conservaba una cabellera casi juvenil, si bien totalmente encanecida.

—Señor Tesla, ¿de quién cree que sacó usted el gusto por inventar aparatos?

Tesla hizo una mueca. Luego se quedó viendo al horizonte.

—De mi madre, sin duda, ella sabía diseñar artefactos para resolver carencias.

—Desde muy chiquito fue bueno para las matemáticas, ¿verdad? —dijo Agustín.

—Todo puede expresarse en números —respondió Tesla.

—Mientras trabajaba como ingeniero en Budapest, en 1882, tuvo usted una especie de iluminación y descubrió la corriente alterna. ¿En qué se distingue de la corriente directa?

—En efecto –siguió Tesla—, de pronto vi el dispositivo dibujado en mi cabeza. La corriente directa, que fluye en una sola dirección, fue descubierta por el ingrato de Edison. Produce luz eléctrica pero no es confiable. Tiene el grave problema de que necesita conductores cada vez más gruesos si se quiere llevar energía a sitios más lejanos desde donde se genera y si se desea aumentar la intensidad. En cambio mi motor que induce la corriente alterna, en la que la energía cambia de dirección 50 o 60 veces por segundo, es ideal para alimentar sitios que se hallan a grandes distancias de la fuente.

—¿Por qué dejó a Edison?

Tesla adoptó un semblante aún más adusto del que tenía. En realidad se veía sombrío. Respondió:

—Fue ingrato, como dije antes, pues no sólo le ayudé a mejorar el desempeño de sus dinamos, sino que le demostré la ineficacia de la corriente directa. Electrificar Norteamérica de esa manera hubiera significado instalar estaciones de suministro cada tres kilómetros. Los cables de alta tensión de la corriente alterna pueden ir mucho más lejos.

Tesla tenía razón, todas las casas e industria hoy en día reciben fluido eléctrico de esta forma. La corriente directa sólo se usa para activar las baterías, por ejemplo, de los automóviles.

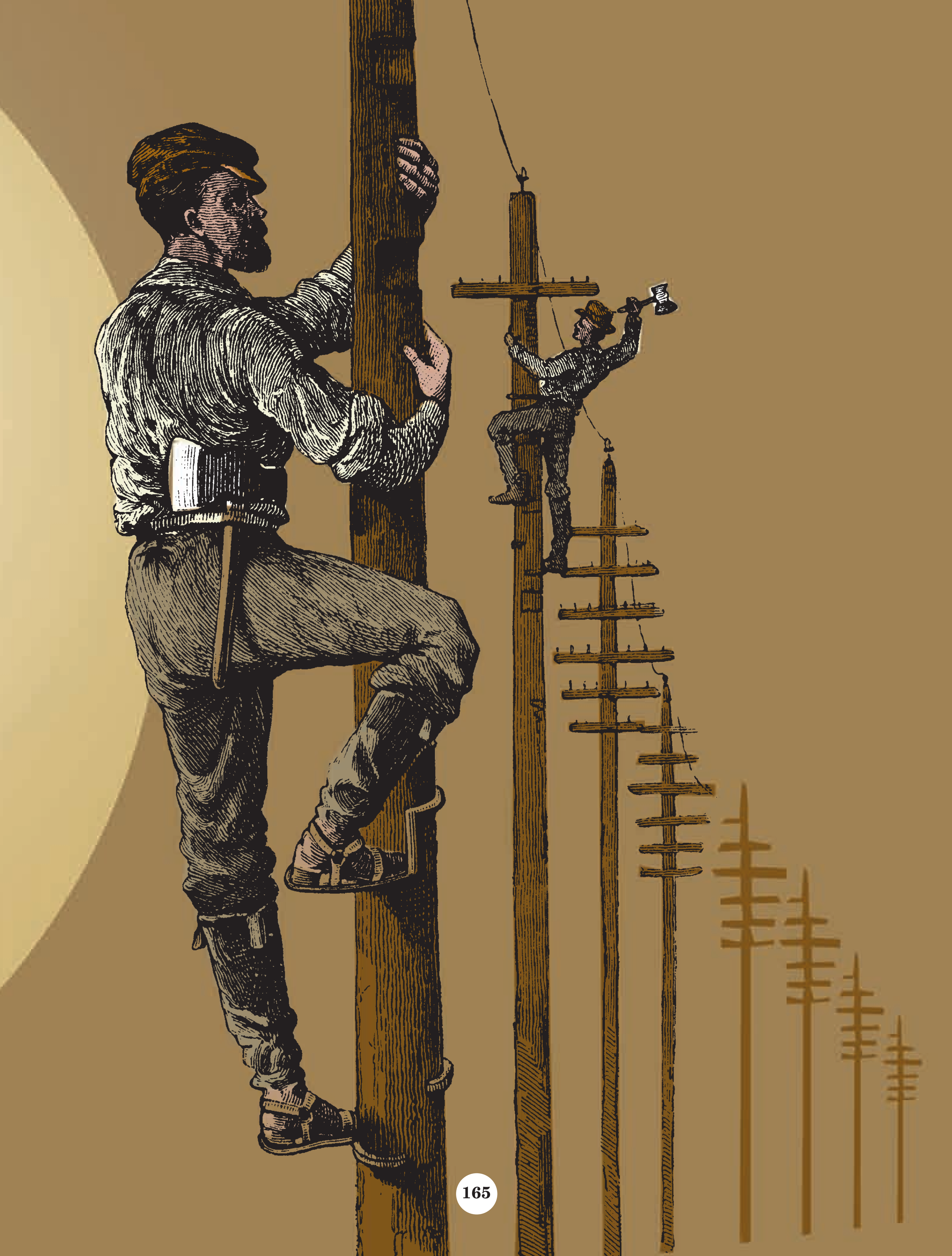
—¿Cuál considera que fue su mayor logro?

—Cuando abandoné a Edison le vendí 40 patentes a Jorge Westinghouse. Iniciamos así “la guerra de las corrientes” con la compañía de Edison, la cual gané cuando en 1893 logré iluminar la Feria Mundial de Chicago. Más tarde diseñé la primera presa hidroeléctrica, así que con la fuerza de las cataratas del río Niágara conseguí suministrar de energía confiable y continua a bajo precio, aunque a mí me hubiera gustado ofrecerla gratis a todo el mundo.

—¿Lo intentó?

—Una vez. Convencí al banquero J.P. Morgan de financiar una enorme fuente generadora que usaría la Tierra como enorme imán para enviar corrientes a todos, sin necesidad de cables.

—¿Y no funcionó?




Sr Tesla

—Nunca fue terminada. Cometí el error de anunciarle antes de tiempo al banquero de mis intenciones, las cuales fueron consideradas una locura, de manera que al día siguiente el proyecto terminó.

—Pero usted no dejó de inventar.

—Es cierto. ¿Sabe?, cuando alguien me habla, las palabras adquieren volumen y no sé hasta qué punto son reales o no. Para dominar esas alucinaciones invento cosas, remedios, soluciones para hacer mejor la vida de las personas.

—¿Por qué rechazó la nominación al premio Nobel de Física, primero en 1912 y luego en 1915?

—Lo dije en su momento. A Guillermo Marconi lo reconocieron 1909 sobre todo por haber sido el primero en enviar una señal de radio trasatlántica basándose ¡en una docena de inventos míos! Y en cuanto al rumor de 1915, se trataba de compartirlo con Edison. Ni él ni yo lo hubiésemos aceptado.

Poco después de la muerte de Tesla, acaecida en enero de 1943, le fue reconocida legalmente la paternidad de la transmisión inalámbrica. De hecho, la bobina de Tesla fue utilizada en aparatos electrodomésticos típicos del siglo XX, como la radio y la televisión, hasta antes de la aparición de las pantallas de plasma y LCD, así como la radio digital. Incluso Tesla inventó un sistema de transmisión de voz e imagen parecido a lo que conocemos hoy en día como Internet, ideó submarinos controlados a distancia y descubrió las señales emanadas de las estrellas llamadas púlsares, que él confundió con señales de seres extraterrestres.

—Ingeniero Tesla, ¿cómo quisiera ser recordado?

Alargó los labios, en lo que Agustín interpretó como una sonrisa, y dijo:

—El futuro mostrará la verdad y se evaluará a cada uno según sus ideas y logros. El presente es de ellos (refiriéndose a quienes lo habían olvidado), pero el futuro, para el que realmente he trabajado, es mío.

Entonces Agustín fue despertado por un compañero, pues ya había que regresar a clases.


150





Un día de noviembre

Javier Malpica



Estamos cerca de la estación de trenes de la ciudad de Ixtepec en Oaxaca. La incipiente luz de un foco alumbra a muchos hombres y mujeres que duermen a los lados de las vías del tren. Un tren estacionado, parece dormir junto con ellos. Efraín, un niño de unos diez años, se aferra a una cobija mientras observa a unos metros de distancia a Luis, otro niño de unos nueve o diez años que duerme en el suelo.

Luis: (*Habla entre sueños).* Ayer no vendimos flores, abuela... pero mañana veras que sí.... venderemos todas las flores. Nos quedaremos por acá… mamá y yo nos quedaremos.

Efraín se acerca.

Luis: Mañana en el camposanto, abuela. Venderemos todas las flores de mayo. No vayas a dejar que me vaya abuela...

Efraín zarandea a Luis.

Efraín: Despierta... Despierta... Estabas teniendo un mal sueño.

Luis: ¿Qué pasa?

Efraín: Te desperté porque estabas hablando muy duro…

Luis: ¿Estaba hablando?

Efraín: En sueños.

Luis: Creo que fue una pesadilla.

Efraín: Te desperté porque podías despertar a los adultos. Ya ves cómo se ponen los adultos cuando están ruqueando y los despiertan.

Luis: ¿A ti no te desperté?

Efraín: Ni siquiera me he dormido...

Luis: ¿No tienes sueño?

Efraín: No puedo dormir. Tengo hambre.

Luis: También yo... Me podría comer diez platos de gallopinto.

Efraín: ¿Gallopinto? ¿Qué es eso?

Luis: Un platillo que hace mi abuela con frijoles y arroz.

Efraín: Pues yo me podría comer un enorme plato de logro con papas.

Luis: Nunca he comido uno de esos.

Efraín: Todos lo hacen en mi pueblo. Créeme, es riquísimo.

Luis: ¿Extrañas tu casa?

Efraín: Las montañas. Extraño las montañas y el cielo. A veces el cielo es tan azul que puedes ver hasta los cóndor volar. Dicen que ya no hay, pero juro que los he visto.



Luis: Yo extraño las flores. Creo que estaba soñando con ellas.

Efraín: Mi hermana me dijo que lo mejor era estar descansado. Dicen que no es bueno subir al tren si estás cansado. Tengo sueño, pero no puedo dormir.

Luis: No quiero volver a trepar allá arriba.

Efraín: Mi hermana dice que el tren no nos va esperar. En cuanto el tren despierte hay que apurarse a tomarlo. Dicen que...

Efraín se ha quedado mirando a un arbusto, donde surge la luz de una vela.

Luis: ¿Qué pasa? ¿Qué miras?

Efraín le señala donde está la luz. Oculta en el arbusto, María los llama.

Voz de María: ¿Tienen hambre?

Luis: Este...

Efraín: (*Duda un poco. Al fin se anima a responder).* Llevamos dos días sin comer.

María: Acérquense. Sigan la luz...

Luis y Efraín se acercan hasta el arbusto, lo rodean, alejándose del tren y la gente que duerme. Ahí se encuentran con María una niña de diez años que viste un típico vestido de tehuana. Lleva una vela prendida y carga una canasta con viandas.

Efraín: Me asustaste.

Luis: A mí también.

María: Tengan... pero que no los vea nadie... Son tortillas con un poco de mole… Sólo tengan cuidado, porque es un poco picoso. También tengo pitayas, camarón seco y agua de chiya por si tienen sed, Luis y Efraín comen y beben ávidamente mientras conversan.

Luis: ¿También eres de lejos?

María: Yo vivo aquí. Cerca del ojo de agua. Y ustedes ¿de dónde vienen?

Luis: Soy de un pueblo que se llama Catarina.

María: No conozco ese pueblo.

Efraín: Ni yo.

Luis: Está en Nicaragua... es mi país.

Efraín: Mi país se llama Ecuador.

María: Qué bueno que hablan español. Una vez me tocó conocer a un niño de Brasil. A ése sí que no le entendía nada. Mi profesor dice que en Brasil se habla portugués, pero que en casi toda América Latina se habla español.

Luis: ¿Vas a la escuela?

Efraín: Yo dejé de ir a la escuela hace mucho. Tuve





que ayudar con la cosecha de la papa.

María: En la escuela me enseñaron a coser. Miren, entre mi abuela y yo hicimos este vestido.

Luis: Es muy bonito.

María: Es un vestido de tehuana.

Luis: Me gustan las flores en la falda negra.

Efraín: ¿Vienes de una fiesta?

María: Hoy es día de difuntos, ¿no lo saben? Hoy es día de pasar la noche en el cementerio.

Luis: En mi pueblo pasamos el día de muertos en el camposanto, pero no la noche. Lavamos y pintamos las tumbas. Y las llenamos de flores... todo se ve muy bonito... rojo y azul.

Efraín: Creo que en mi pueblo lo único que hace la gente el día de muertos es comer guaguas de pan y beber colada morada.

María: Aquí prendemos velas y llevamos comida a nuestros difuntos su comida favorita, Por eso le llevo a mi papá su plato con mole, agua y un poco de mezcal. A él le gustaba mucho mi vestido de tehuana. Le gustaba cuando en las fiestas bailaba con mi mamá el Baile de la Escoba.

Efraín: ¿Se murió tu papá?

María: Mi papá subió en el tren. Quería llegar a los Estados Unidos. Como todos. Se quedó sin trabajo en el rastro y quiso ir al otro lado... Yo hubiera querido que se quedara. Aunque no tuviéramos dinero.

Efraín: Nosotros también nos quedamos sin dinero. Cosechábamos patatas y mi hermana las vendía en el mercado...Y a veces vendíamos alguna de nuestras ovejas para no estar tan pobres. Vendimos la última antes de venir para acá. Lo vendimos todo.

María: Si yo fuera presidente, haría una ley para que ya no hubiera dinero. Así no habría ni pobres ni ricos.

Efraín: Mis hermanos mayores se fueron de mi pueblo hace siete años.

María: Casi todos los que toman el tren van a California. Le dijeron a papá que en California pagaban muy bien por recolectar fruta.

Efraín: Mi hermana y yo vamos a una ciudad que se llama Chicago. Dicen que por allá hace mucho frío, pero allá viven mis hermanos. No sé por qué todos quieren ir a Estados Unidos, yo hubiera preferido ir a España, como el tío de mi amigo Saúl. Dice mi amigo que allá no hace tanto frío y que la

gente come tortillas de papás y beben mucho vino. Claro que estoy chico para tomar vino.

María: (*Hablándole a Luis que se ha quedado pensativo).* ¿Y tú por qué te quedaste tan callado? ¿También vas a ir a buscar a tu familia?

Luis: En mi pueblo vendíamos flores cerca del camposanto. Yo iba con mi mamá todos los días. Llevábamos de todas las flores; flores de mayo, sacuanjoche y tres moños, pero apenas sacábamos para comer. Por eso nos fuimos del pueblo la primera vez… Yo ya me había subido al tren. Hace como dos meses que mi mamá, mi padrastro y yo nos fuimos a una ciudad llamada Juárez, en la frontera, pero no pudimos cruzar. No sabíamos que había que pagarle a un señor para que poder pasar. Nos quedamos a vivir ahí. Mamá se puso a trabajar en una fábrica para juntar. Cuando al fin juntamos el dinero, mamá habló a nuestro pueblo. La abuela le dijo que mi abuelo estaba enfermo. Nos regresamos a verlo. Mamá quería que me quedara con mi padrastro, pero yo no quise. Preferí venir con ella. Pero no me gusta el tren. No quiero subirme otra vez.

Efraín: Dicen que en Estados Unidos la gente sólo come hamburguesas y pizzas. Yo nunca he comido una pizza. Tal vez eso voy a comer toda mi vida.

Luis: Mi padrastro se enojó mucho cuando nos vinimos. Dijo que si nos tardábamos, él cruzaría sin nosotros. Por eso todo lo hicimos muy contra el cacho, o sea, muy rápido.

María: A veces cuando no puedo dormir me doy una vuelta por acá. Sin que se dé cuenta mi abuela. Desde que se fue mi papá, vengo a traerle comida a la gente. El día de muertos, traigo comida a todos los que han muerto en el tren... los que se caen y los que han sufrido algún accidente.

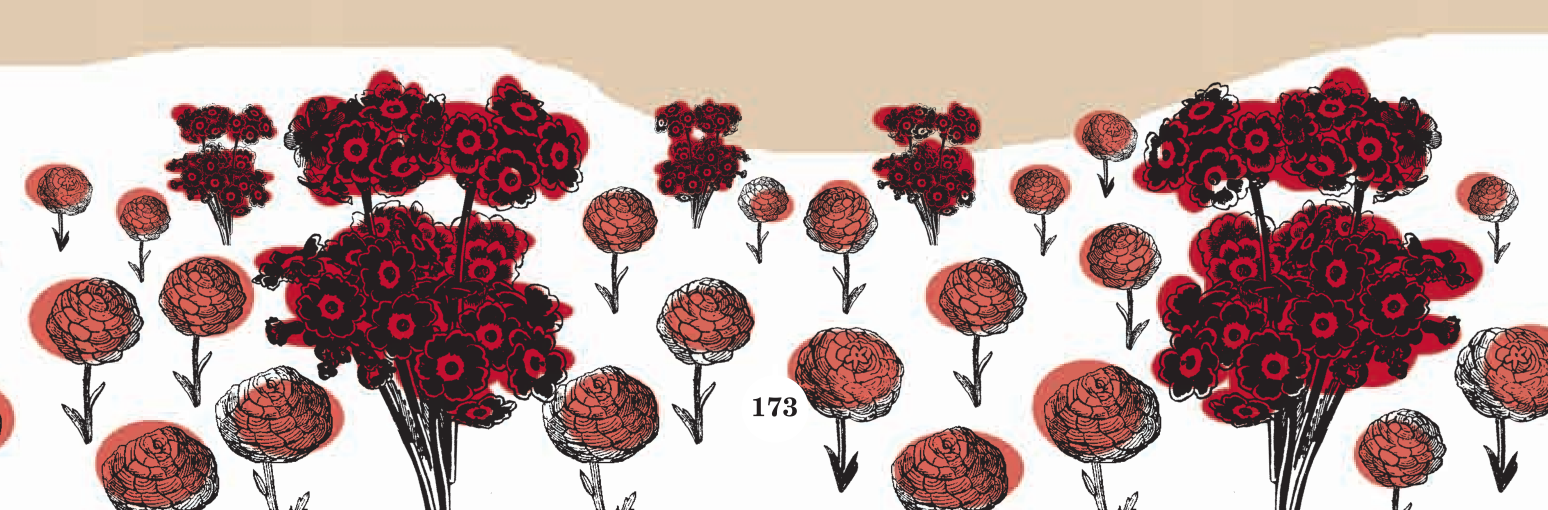
Luis: ¿Qué horas son? El tren debería de haber salido.

María: El tren ya se fue. Se fue hace mucho.

Luis y Efraín se dirigen a las vías. Ya no está la gente. Tampoco el tren.



Efraín: Pero... ¿y mi hermana? No se iría sin mí...
Luis: Mi mamá, tampoco me abandonaría. No debimos separarnos. No la veo.
María: No se preocupen... ellas no los abandonaron.
Efraín: ¿Dónde están? ¿Dónde está mi ñaña?
María: El día que mi padre tomó el tren yo vine a despedirlo...Yo era chica y lloraba mucho. No quería que subiera sobre los vagones, se me hacía muy peligroso, pero muchos se treparon...luego nos enteramos que el tren se descarriló muy cerca de aquí. Iban muchos... gente de muchos lugares...
Luis: Mi mamá estaba aquí hace rato.
Efraín: ¿Ustedes escucharon cuando se fue el tren?
María: Todos los días de difuntos vengo a iluminarle los pasos a mi padre y a todos los que no pueden encontrar su camino de regreso. Por eso traigo muchos pétalos de flor de cempazuchitl. (*María saca dos velas de su canasta).* ¿No me recuerdan? Yo los vi subir ese día. Tú (*enciende una vela y se la pasa a Luis*) ibas llorando y a ti (*enciende otra vela y se la da a Efraín*) te iba cargando una muchacha. Te estabas cayendo de sueño.
Luis: ¿Entonces ya no tenemos que subir al tren?
Efraín: Creo que ya no tengo sueño.
María: ¿Por qué no me acompañan a buscar a mi padre... seguro que en el camino encontramos a sus familias. Deben estar perdidas, como ustedes.
Luis: Cuando vea a mi mamá le voy a decir que regresemos con nuestro abuelos y nuestras flores.
Efraín: ¿Podré volver a ver las montañas y los cóndor volar?
María: Y hasta podrás volar con ellos...
María va regando pétalos de flor mientras avanzan, Se pierden en la oscuridad. El silbato del tren se escucha en la lejanía.



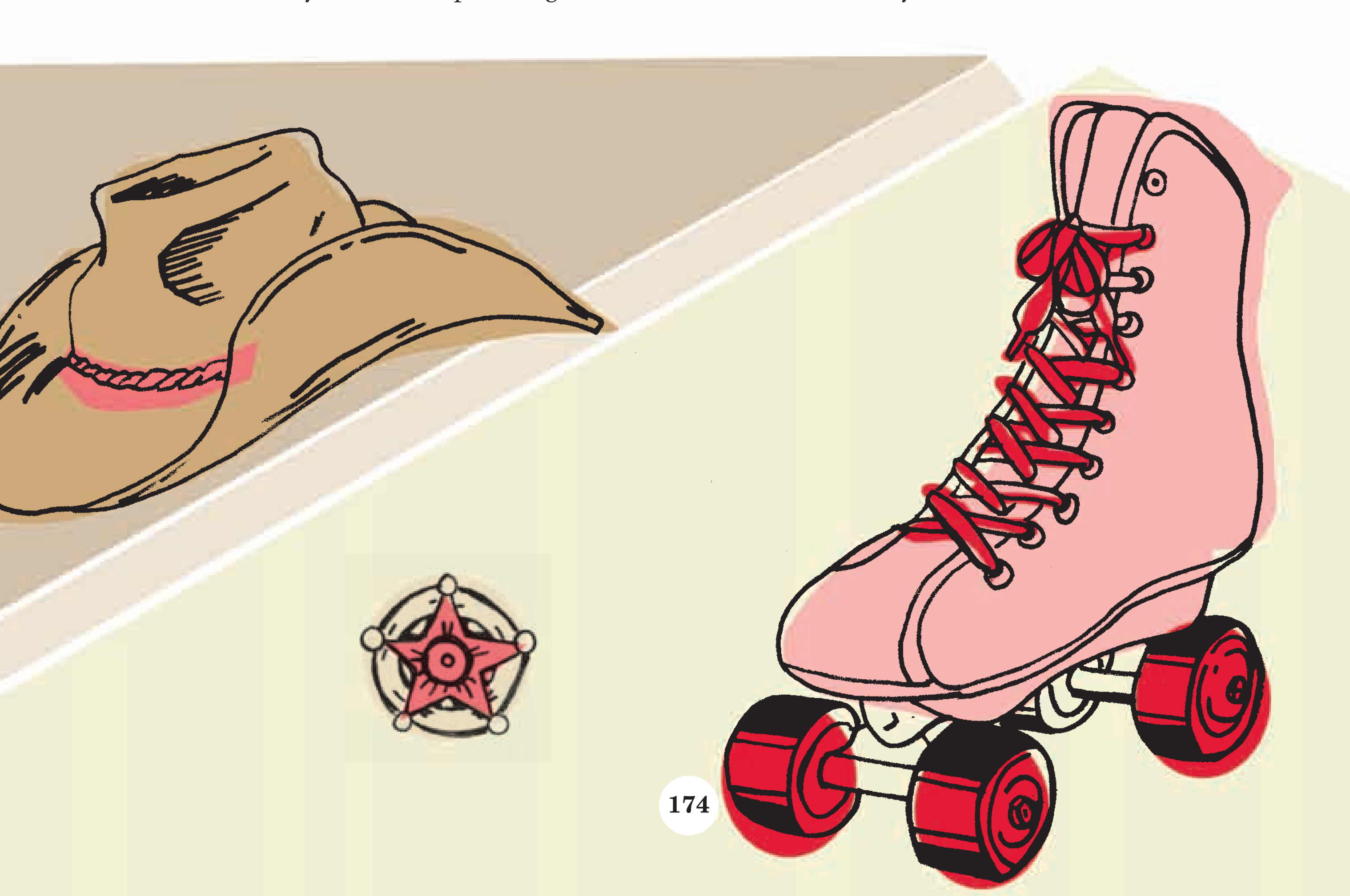
La mudanza

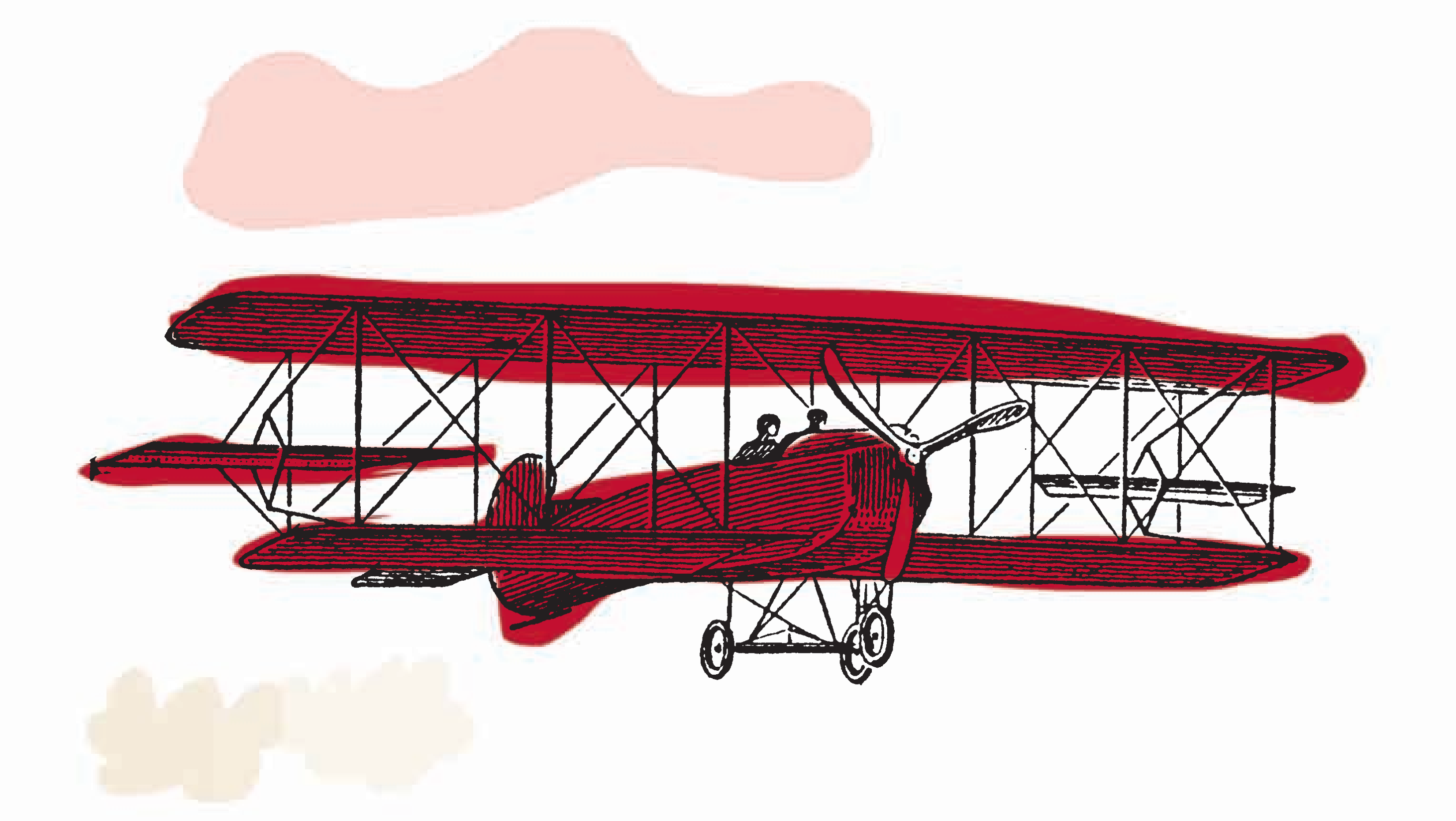
Elsa Cross

Ese día, cuando llegué de la escuela, vi que el camión de mudanzas iba arrancando de la casa de Esteban. Sentí horrible. Era mi mejor amigo. Y ahora, ¿cuándo lo iba a ver?, ¿con quién iba a jugar?

Entré a la casa. Cuando mi mamá me llamó a comer, no tenía hambre. Hice a medias la tarea. Estaba triste, y de la tristeza pasé al aburrimiento, porque Pablo y sus hermanos, y Poncho, sólo salían a jugar porque estaba Esteban. Yo no me llevaba mucho con ellos. Es más: a Poncho no le gustaba que estuviera yo, porque era niña. Y a mí me aburría mucho jugar con niñas; ni siquiera tenía muchas muñecas. Me parecía más divertido jugar a los vaqueros, treparse a los árboles y hacer coleadas en patines a media calle. Entonces no había mucho tráfico y siempre podíamos jugar afuera.

Yo no tenía hermanos ni Esteban tampoco, así que supongo que cada uno era como el hermano que al otro le faltaba. Y aunque yo sólo extrañaba no tener hermanos porque no tenía con quién pelearme, Esteban y yo rara vez nos peleábamos. Esteban no tenía papá tampoco. Su papá había nacido del lado americano, y cuando empezó la guerra lo llamaron a las armas y murió en combate.





Esteban tenía apenas dos años, así que no se acordaba de él. En su cuarto tenía una foto de su papá, con su uniforme. Cuando hablaba de él se ponía triste.

Nos llevábamos muy bien Esteban y yo. Siempre nos gustaban las mismas cosas, y a veces él tenía la mitad de una idea y yo la completaba. Como la vez que inventamos un aeropuerto en la azotea, porque teníamos muchos avioncitos, y con unas cubetas viejas que Estaban partió a la mitad, con unas tablas, cartones y palos de escoba, él armó las pistas de aterrizaje y los hangares, y yo los mostradores y las salas de espera; jugamos como tres días al aeropuerto. Y otra vez que se nos antojó jugar a cocinar, fue en serio, e hicimos unas palanquetas de cacahuate, que eran muy fáciles de hacer y a todo el mundo le encantaron. Hasta llevamos a la escuela. Nos divertíamos tanto juntos, que ni veíamos televisión.

Nuestros papás ya sabían que Esteban y yo nos íbamos a extrañar cuando ellos se cambiaran de casa, y el último mes nos llevaron a muchos lados juntos. La mamá de Esteban nos llevó al cine y a una feria donde Esteban ganó al tiro al blanco. De premio le dieron un conejo de peluche, que me regaló. Mis papás nos llevaron de día de campo a La Marquesa y nos alquilaron unos caballitos, y anduvimos muy contentos. Nos tomaron muchas fotos y le dimos a Esteban una copia, que pusimos en álbum chiquito. Fuimos también a Chapultepec y al Museo del Papalote.

Pasó toda la tarde. Me acordaba del camión de mudanzas y me daban ganas de llorar. No sabía qué hacer. Salí a la calle a patinar, pero sola era un poco aburrido. Me volví a meter. Prendí la televisión y todos los programas me parecieron tontos. La apagué. Mejor acabé la tarea.



Después de tres semanas la mamá de Esteban habló por teléfono; ya habían acomodado todo en su nuevo departamento y me invitaron a comer un día. Después de la comida salimos a jugar y fuimos a un terreno baldío donde Estaban me enseñó una madriguera de conejos que había encontrado, entre un montón de escombro. Se alcanzaban a ver unos conejitos, pero le habían dicho que uno no debe tocarlos cuando están todavía con su mamá, porque la mamá percibe un olor extraño y luego ya no los quiere. Me enseñó también una mata de tomates verdes y cortamos muchísimos y los llevamos a su casa.

Esteban también vino un día, pero como se habían cambiado tan lejos era difícil estar yendo y viniendo, así que luego solo nos veíamos en las fiestas de cumpleaños.

Cuando Esteban cumplió 13 años fue muy chistoso. Yo había entrado en la pubertad y había crecido tanto en los últimos meses, que estaba mucho más alta que Esteban, aunque yo era un año menor. Esteban se sacó mucho de onda cuando me vio. Su mamá dijo que yo era ya "toda una señorita". Y yo me moría de risa al ver que Esteban seguía siendo un niño. Pero no le dije nada ni le hice burla. Por suerte, porque cuando lo volví a ver, él se había dado un tremendo estirón y estaba altísimo, mucho más que yo.

Esa vez, que era mi cumpleaños, nos dimos cuenta de que habíamos cambiado mucho. Ya no sabíamos bien ni de qué hablar. Él tenía otros amigos y yo también. Estábamos ya en secundaria y las cosas eran distintas. Me di cuenta de que tal vez no volveríamos a vernos, porque ellos se iban a mudar otra vez, pero ahora se iban al norte, al pueblo de su mamá.

Cuando nos despedimos, sentí que tenía que decirle algo, pero temí que se fuera a reír de mí, o que me dijera que yo era una cursi. Me iba a quedar callada, pero pensé que luego me iba a arrepentir siempre de no haberle dicho lo que sentía.

—Gracias por ser mi amigo cuando éramos niños —le dije.

—Gracias a ti también —me respondió—. La pasamos muy bien.

—Sí, la pasamos súper bien. Yo te extrañé cuando te fuiste. Qué bueno que pudimos jugar tanto.

Nos dimos un abrazo de despedida, con mucho cariño, y se fue.




Gracias por ser mi amigo cuando éramos niños.

Diez consejos para evitar un incendio



1. Evita sobrecargar enchufes. Desconecta los aparatos eléctricos después de utilizarlos.



2. Maneja con cuidado cerillos o encendedores y nunca los dejes a la mano de niñas o niños más pequeños.



3. Cuida cuando algún adulto plancha la ropa que la plancha no se quede encendida apoyada en la ropa ni sobre la tabla de planchar, ya que la ropa se puede quemar y producir un incendio.



4. Si ves que alguna persona está fumando, tirando las colillas encendidas en la basura o en la calle. ¡No lo permitas, puede provocar un incendio!



5. Si en tu casa utilizan braseros de carbón o leña, solicita que los prendan al aire libre o en un lugar ventilado.



6. Vigila con los adultos de casa que no se queden velas o veladoras encendidas cuando salen de casa o van a dormir.



7. Evita prender cohetes, ya que además del riesgo de producir un incendio, puedes sufrir graves quemaduras.



8. Si en tu casa cuentan con un calentador eléctrico, comenta con tu familia que no se coloque cerca de muebles o cortinas y que no se debe utilizar para secar la ropa.



9. Evita manipular y guardar productos flamables (fijador de pelo, desodorante en aerosol, aceite, etcétera) cerca de puntos calientes como hornos, estufas, o alguien que esté fumando.



10. Elabora un directorio con los números de emergencia y ¡colócalo en un lugar visible!



Lejano San Javier

Inegi

Soy orgullosamente sonorense y, cuando era niño, recorrí con mi papá, quien era comerciante, gran parte de mi estado. El conocimiento que tengo de Sonora me ha servido en distintos trabajos: uno de los que más me ha gustado es el de entrevistador del Inegi, y he participado en varios operativos censales, lo que me ha permitido seguir conociendo más a mi querido terruño, porque he tenido que visitar los poblados más lejanos, pues Sonora es un estado muy grande.

Los censos de población y vivienda se realizan cada 10 años para contar a todos los habitantes del México; para ello, se visitan todas las viviendas que hay en el país, en serio, quiero decir, todas. Hay lugares donde están juntas, pero hay otros en los que se encuentran lejos unas de otras. Es ahí donde los entrevistadores del Inegi tenemos que recorrer grandes distancias, por montes, llanuras y desiertos.



En el Censo de Población y Vivienda 2010, me tocó visitar el lejano San Javier después de atravesar kilómetros por carretera: de Tucutillo a San Vito de los Dolores, por Machaca de Potro, Gallina de Oro, Fuerte Viento, Los Calores y San Guillermo Mártir. Cuando pensé que había llegado a mi destino, aún me faltaba la gran aventura de atravesar el Desierto de Altar, ¡con sus 200 kilómetros de arena!

Allá a lo lejos, entre dunas y matorrales, se veían unos círculos de agua, eran espejismos de lagunas en el desierto. Seguí mi travesía contra viento y polvo hasta que, al anochecer, logré llegar al lugar conocido como Potrero de Cochis, un rancho de pitahayas, sahuaros y tristeza. Me pareció que por momentos había llegado al otro lado del mundo. Por la lejanía, pensé que aquel llano estaba abandonado, pero las huellas de llantas marcadas me indicaban que era un paso frecuente de algún vehículo con motor y un lugar importante, porque el portón estaba celosamente resguardado por un candado del tamaño de mi puño.

Bajé de mi vehículo, que parecía hervir en su interior como cafetera y en la cual yo me venía cocinando. Limpié los cristales de mis lentes porque se habían empañado con el sudor que empapaba mi cabeza y me escurría por la frente y las patillas. Me quité la gorra para limpiarme el brazo y me la volví a poner, aun cuando estaba mojada. La gorra es —junto con el chaleco, la mochila y la credencial— el uniforme que los entrevistadores del Inegi debíamos usar para que la gente nos identificara fácilmente siempre que visitábamos sus viviendas.

Caminé algunos pasos hacia la puerta construida con tubos de metal, y ese trayecto fue suficiente para que me llenara de *alguates* (esas bolitas espinosas que pican bastante feo). De repente, escuché que se acercaba un vehículo, era un vaquero del siglo XXI, montando una *cuatrimoto* que envidiaría cualquier *chavalo*, así como su atuendo: botas de piel de víbora, cinto piteado, pelo largo y sombrero.

Desmontó de su *cuaco de fierro* y, sin decirme nada, abrió la puerta como señal de me daba el paso a un lugar desconocido y misterioso. Me hizo el ademán de seguirlo; entré y cerró la puerta. Después, se sentó nuevamente en la moto y me invitó con señas a montarme detrás de él. El aire caliente se mezclaba con su humor corporal, era un olor guardado de muchos días, combinación de sudor, bacanora y macho endurecido por los rayos del Sol.

Condujo *hecho la mocha* como 20 minutos por la zona desértica, entre estiércol y candelillas, que aquel *vaquero culebrón* sorteaba con destreza. Se detuvo frente a una casa construida de yutes y adobes (esas construcciones frescas en el día y abrigadoras por la noche); en ese momento, me dijo que a él ya lo habían censado, que vive cerca y que después de revisar su rancho volvería por mí.

De la vivienda salieron un hombre pequeño —cuyas arrugas me recordaron a la Sierra Madre Occidental: con surcos hondos y heridos por el aire



caliente y los grandes cambios de temperatura que se dan en el desierto— y un escuálido perro que movía su cola en vaivén, como un péndulo a ritmo de samba, el cual se me acercó y comenzó a olisquearme, pero el señor le gritó: "¡Ey, Jaino, *tate* sosiego, quítate, *uchi* perro!". El Jaino se echó sin perderme de vista con su mirada triste.

—Pásele, ándele, venga, verá, siéntese —me dijo.

Acercó una silla para mí, me senté en silencio, me miró... lo miré, y luego volteó a ver al desierto infinito, como olvidando mi presencia en su casa. Yo también hice lo mismo y, por un instante, nos quedamos sin hablar, confundiéndonos con el horizonte en cada respiración. En ese momento, sentí que la vida es como un largo día. Más que nunca, pude disfrutar el ocaso, que se lleva las palabras y atrapa el alma detrás de las montañas.

Volvimos a mirarnos y saqué un cuestionario del Censo de mi mochila, alistándome para iniciar su llenado. Por la hora, se me antojaba el queso panela *soroso* que estaba cerca de esas tortillas sobaqueras del tamaño de mi panza, con un poco de frijoles *maniados* y chiltepín que tan rico preparan los yoremes del lugar y, por supuesto, unas riquísimas pitahayas de temporada, ese fruto del desierto de pulpa espumosa con la que se hace la mejor nieve del mundo.



—Dígame —exclamó el señor, con lo que me regresó a la realidad—, aquí no ha venido nadie en muchos años, ni un zancudo ni la policía. Me da gusto que me visite, aquí vivo yo solo y cuido los campos estos. Nadie viene *pa´cá* —afirmó contundente, mientras me servía café de talega en una taza de peltre despostillada y se espantaba los *bobitos* que fastidiaban los oídos.

—Le voy a hacer unas preguntas del Censo de Población 2010, no me voy a tardar; es rápido, necesito unos 10 minutos y ya —le dije.

—¡Tárdese lo que quiera, aquí lo que sobra es tiempo! Tómese su café y agarre un cacho de coyota con panocha, ándele. Tengo 73 años, me trajo un tío desde Zacatecas *pa´* buscar trabajo en el *riel*, pero a mí no me gustó la *vaina*, había que *apuchar* mucho. Me la pasé en los ejidos, en los campos de jornalero, me pagaban una miseria, pero me gustaba el campo y, pues ahí me *acabalaba* con una cosa o con otra. Me la pasaba de *colero* en las fiestas. Aquí me casé, tuve cinco hijas, pero mi señora murió porque era *guacha*, de allá de Aguascalientes y no aguantaba los calores de por acá. Mis hijas se fueron con los maridos *pa'* Tijuana porque trabajan con los gringos levantando la cosecha. Dos de mis hijas son enfermeras, otra es maestra, una más anda por Los Cabos y la otra creo que trabaja en el gobierno.

—¡Eh, *pué*! Y de *ónde* es usted —me preguntó.



—Pues yo nací en Cananea, pero mi papá es de Chinapa y mi mamá de Banamichi —contesté.

—Sí pues, ahora la gente es de todas partes y de ninguna. Nacen allá, se viene *pa´cá*, se pasan al otro lado, se cambian *pa´llá*, tienen hijos más *pa'cá*. Y antes, los montones de chamacos que andaban ahí *chiroteando* y *ora*, pues las mujeres ya tienen menos hijos —comentó el señor.

—¡*Tá* bueno! Permítame hacerle unas preguntas —le dije, pues tenía pendiente de que se me fuera *el alma al cielo* y se me olvidara llenar el cuestionario del Censo, que era para lo que estaba yo allí.

—Ah, claro que sí, pues *usté'* hágalas, las que quiera —afirmó el señor.

—Mire, verá, ¿cuántos habitantes hay en este inmueble?

—¿Inmueble? ¿Cómo es eso? Pos aquí nomás vivo yo y el Jaino, ¿cómo voy a tener a alguien conmigo? Eso déjelo al patrón, que es el que lo trajo y vive más *pa´allá* con su familia, fuera del rancho, yo nomás se lo cuido y él viene a darse sus vueltas y pedirme cuentas. Y de inmuebles, pues yo tengo la mesita, una cama, un ropero y nada más. ¿O qué inmuebles dice *usté*? —respondió sorprendido.

Entre plática y plática, le fui haciendo cada pregunta del cuestionario. Me dio la impresión de que algunas le parecían extrañas, pero todo lo respondía con su visión clara y sencilla de la vida.

—Oiga, ¿dónde le pongo ahora la etiqueta de censado? —le pregunté.

—*Pos*, póngamela aquí en la oreja, así se las pongo yo a las vacas —riéndose a carcajadas.

Pegué la etiqueta en el poste izquierdo al frente de la casa, el que detenía el alero; sentí la resequedad de la madera expuesta al Sol y al viento tantos años; pensé que así quisiera estar yo cuando esté añejo: firme, correoso, macizo y sosteniendo un hogar.

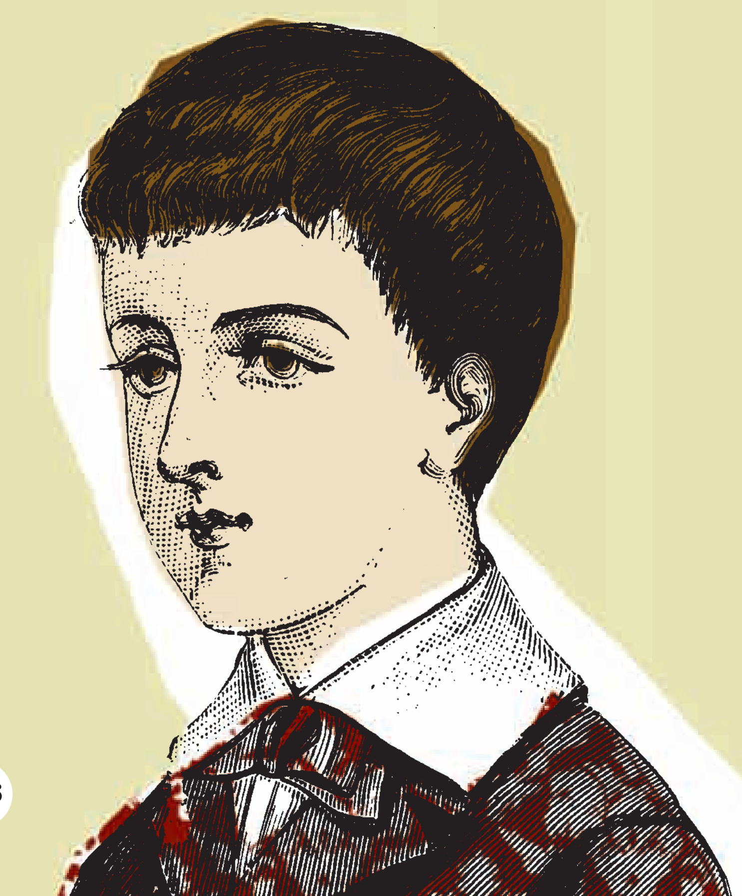
El vaquero estuvo de regreso como me lo ofreció. Me monté nuevamente en su moto, ya era tarde, hora de regresar *en que* mi casa. Entonces, tomé la mochila entre mis brazos y la abracé por el miedo de que se fuera a perder en el camino. Sabía que no sólo traía un cuestionario para el Censo, sino una historia de mi tierra en un *bonche* de palabras que resonaban todavía en mis oídos. Traía la historia de un hombre que vivió y fue contado para fecundar el *guato* de información que, unos meses después, tendríamos. Al verlos, yo podré leer, sin perder el asombro, que entre los montones de números están las almas de los hombres que habitan el desierto de Sonora.

Julia y Manuel

Carmina Narro

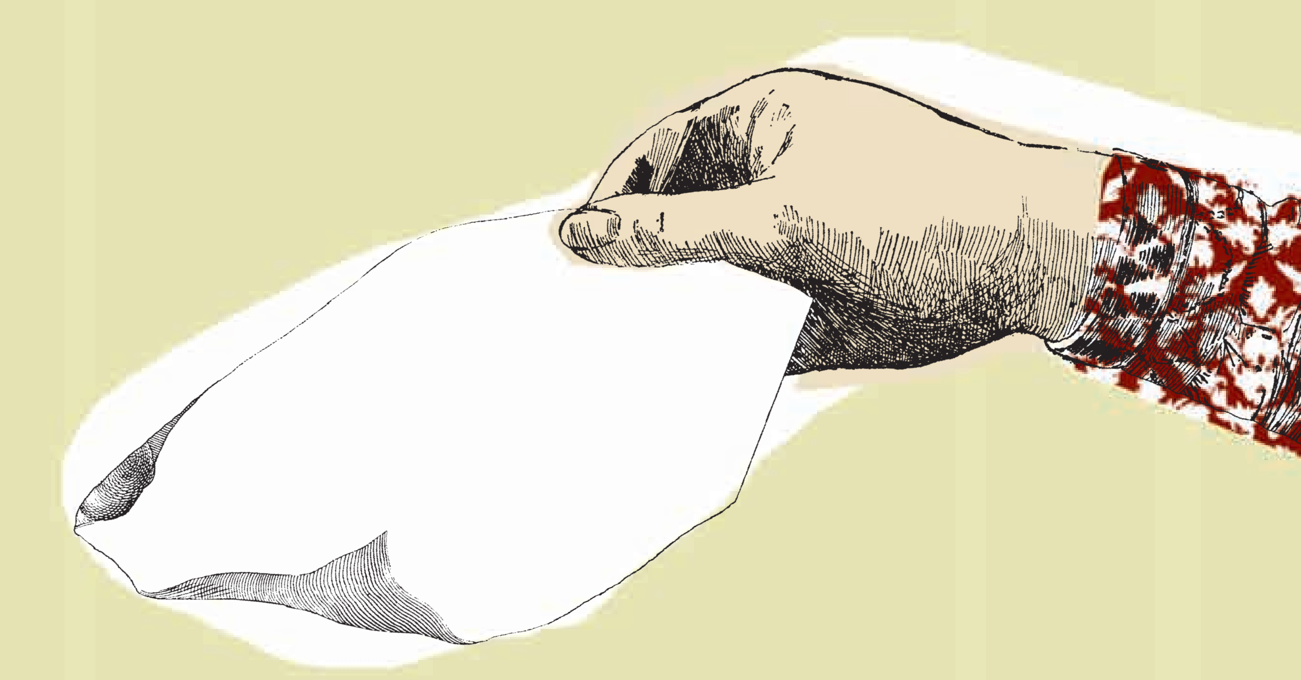
Las filas empezaban a formarse lentamente entre el barullo de los niños uniformados de café y verde porque el timbre del fin de recreo había sonado. Julia los veía desde el piso de arriba como si fueran células vivas en un microscopio; se movían como si día tras día tuvieran que aprender nuevamente cuál era su lugar. Bajó las escaleras tranquilamente y cuando llegó a la fila, aventó a alguna de sus compañeras contra otras que ya se estaban formando; otra niña la aventó a ella y entre el chacoteo, volteó hacia la fila de 5º "A" para ver a Manuel Orozco. Él ya estaba formado, viéndola a distancia, como todos los días. Siempre en algún momento de la formación sus miradas se encontraban y se quedaban largo rato así, mirándose, a unos diez metros de distancia el uno del otro con niños formados de por medio que terminaban siendo invisibles para ellos hasta que la directora decía por el micrófono que avanzara 4º "A" y Julia después de subir las escaleras se cercioraba de que Manuel la seguía viendo. Así fue día tras día mientras estuvieron en esa escuela.





Era 1979 y hacía un año que no se hablaban después de haber sido novios una semana. Sólo en dos ocasiones más volvieron a cruzar palabra. La diferencia entre ser novios y ser amigos para ellos consistía en que al llegar y despedirse, se saludaban de beso en la mejilla y a medio recreo, el niño dejaba de jugar espiro, platicaba unos cinco minutos con la niña en la línea divisoria del patio de hombres y mujeres.

Casi toda la escuela sabía que Julia y Manuel se gustaban. Ella se dio cuenta porque un día su maestra la mandó a darle un recado a la maestra de 5º "A". A Julia le sudaban las manos cuando tocó la puerta y con voz temblorosa preguntó si podía pasar. Cuando entró, todo el salón empezó a gritar "¡Manuel! ¡Mira quién está ahí! ¡Manuel! ¡Manuel!" Todo el salón se volvió una algarabía, tanto que la maestra tuvo que azotar el borrador contra el escritorio



y pedir silencio. Julia recordó alguna caricatura de chimpancés alborotados. Manuel no tuvo más remedio que recargarse en el pupitre y taparse la cabeza con los brazos como si los gritos fueran piedras que le lanzaban. Julia salió de ahí feliz, los labios no le alcanzaban para su sonrisa. Que ella le seguía gustando a Manuel no era una fantasía; todos los niños de un salón no podían estar equivocados. Inmediatamente se paró en seco y su sonrisa se congeló. "¿Pasaría lo mismo si Manuel entrara en su salón?" No. Ya había entrado. Había sido cuando ella acababa de ingresar y a él lo habían castigado llevándolo al

salón de Julia. Desde entonces Manuel la veía insistentemente, incluso la maestra le había dicho que se pusiera a hacer las planas, que no estaba en el salón de vacaciones.

Julia también era rebelde por naturaleza pero ahora todo el tiempo estaba provocando que la sacaran de la clase para coincidir con Manuel, que bastante seguido también estaba en el pasillo por ser igualmente indisciplinado. Sólo una vez coincidieron los dos fuera de su respectivo salón. Sin embargo ninguno de los dos hizo el menor movimiento por entablar comunicación. Se la pasaron recargados contra la pared, ella con las manos unidas atrás y él con los brazos cruzados al pecho, mirándose. Así estuvieron todo el tiempo que faltaba para la hora de salida. Era el último día de clases, venían las vacaciones largas y no cruzaron palabra.

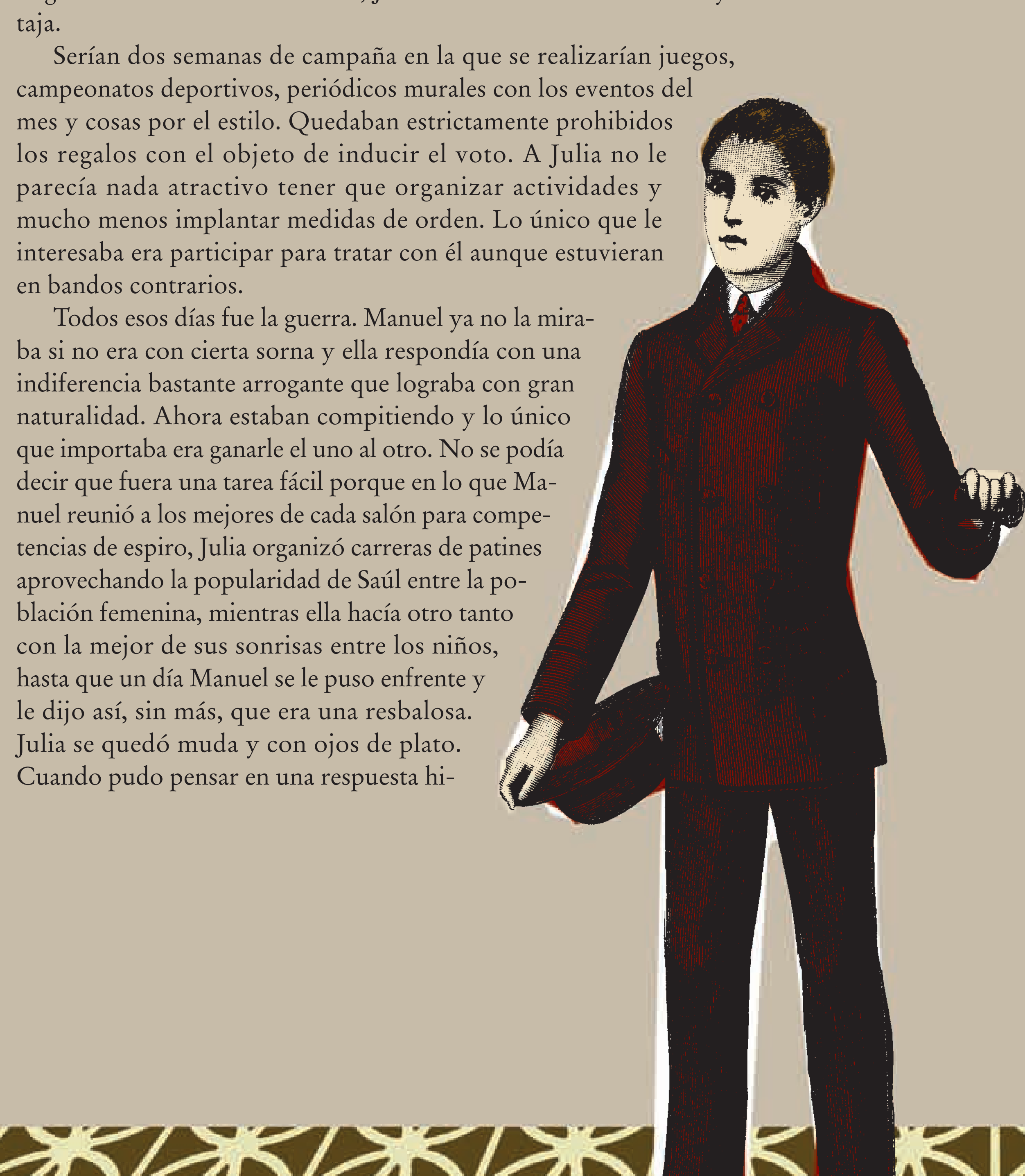
Eran los primeros días del siguiente año escolar y la maestra Tayde dijo por el micrófono en la formación de entrada que se iban a realizar elecciones en la escuela con todo lo que ello conllevaba y que estas actividades iban encaminadas a promover la participación del alumnado para un mejor funcionamiento de la escuela a partir de inculcarnos un sentido cívico. Habría una planilla azul y una verde, se elegirían representantes, habría campañas de proselitismo, votación y la planilla elegida sería quien instauraría las actividades comunitarias y de recreación lo que restaba del año. Julia no estaba muy segura de que todos hubieran entendido algo del discurso entero, pero todo mundo empezó a gritar hurras y a aplaudir ante su desconcierto. Apenas había pasado una semana cuando surgió la primera desavenencia entre los maestros porque Manuel y Julia habían sido elegidos por sus respectivos grupos para representarlos a pesar de su mala conducta. Fue la maestra de canto quien puso punto final al conflicto cuando dijo que no iban a tener la menor credibilidad si no respetaban la votación del alumnado. Que era vergonzoso que en ese momento quisieran impugnar las elecciones porque finalmente el error había sido de quien no había aclarado que los elegidos tenían que ser alumnos modelos; que eso bien lo hubieran podido establecer las maestras de cada salón, que entonces dónde quedaba la democracia.

Un día Julia fue citada a la hora del recreo en el salón de 6º "A" para una junta de todos los representantes de la primaria. Entró un poco nerviosa, mordiendo una bolsita de chamoy. Ahí estaba Manuel con Susana Carreón, una niña chaparrita con unos senos enormes para su edad. Julia siempre la relacionaba con la reproducción de un cuadro de Velásquez que había en la sala de su casa: un niño que parecía enano por como estaba vestido, con un sobrero raro, trepado en un caballo panzón. Julia iba a acompañada de Saúl Ricalde, un niño tan guapo como poco carismático; hubiera querido estar en la planilla

azul junto a Manuel, en lugar de la nomo de Susana que se la pasaba riéndose, jalándolo del brazo para acaparar su atención. Manuel sólo se dedicaba a molestar al bonachón de Saúl, que desde hacía tiempo sufría su acoso constante por el simple hecho de ser un niño bonito y porque se rumoraba que él y Julia se gustaban. Ante esta situación, Julia se sentía francamente sola y en desventaja.

Serían dos semanas de campaña en la que se realizarían juegos, campeonatos deportivos, periódicos murales con los eventos del mes y cosas por el estilo. Quedaban estrictamente prohibidos los regalos con el objeto de inducir el voto. A Julia no le parecía nada atractivo tener que organizar actividades y mucho menos implantar medidas de orden. Lo único que le interesaba era participar para tratar con él aunque estuvieran en bandos contrarios.

Todos esos días fue la guerra. Manuel ya no la miraba si no era con cierta sorna y ella respondía con una indiferencia bastante arrogante que lograba con gran naturalidad. Ahora estaban compitiendo y lo único que importaba era ganarle el uno al otro. No se podía decir que fuera una tarea fácil porque en lo que Manuel reunió a los mejores de cada salón para competencias de espiro, Julia organizó carreras de patines aprovechando la popularidad de Saúl entre la población femenina, mientras ella hacía otro tanto con la mejor de sus sonrisas entre los niños, hasta que un día Manuel se le puso enfrente y le dijo así, sin más, que era una resbalosa. Julia se quedó muda y con ojos de plato. Cuando pudo pensar en una respuesta hi-



riente, Manuel ya estaba en los espiros, metiéndose en un juego que no era de él, dándole un golpe a la pera. A Julia se le llenaron los ojos de agua de puro coraje, hubiera querido pegarle como él le pegaba a la pera. Era la primera vez que le hablaba después de su ruptura y le decía eso. Se fue a meter al baño porque no estaba segura de poder controlar las lágrimas. Cuando pasó un rato, se sintió un poco reconfortada porque tal vez su arrebato había sido provocado por los celos. Con Manuel siempre era igual, la hacía sentir mal, la hacía sentir bien, la descontrolaba; con él nunca se sentía segura de nada. Y ultimadamente con qué derecho le decía algo si él se la pasaba chacoteando con Susana Carreón y sus amigas que tenían la gracia de un ostión y que muy pronto se dedicaron a hacerle la vida imposible a Julia. Si quería encargarle a alguna niña que ya estaba formada en la cooperativa que le comprara algo, ellas, que siempre la andaban rondando, la acusaban con la maestra porque no estaba haciendo fila. Si pasaba al baño, tenía que soportar que la remedaran como caminaba ante las risas de los que se daban cuenta. Un día ya estaban en formación y una de ellas aventó a otra contra Julia, que llevaba un refresco. Julia vació el resto que le quedaba del *Boing* en Susana y todavía alcanzó a darle dos golpes con el puño cerrado. Pocas cosas había disfrutado tanto en su vida. Una vez más Julia estaba en la Dirección, Manuel no estaba ahí y su representación de la planilla verde se tambaleaba como Susana Carreón cuando le dio el primer puñetazo. Ya no quería competir, se quería ir a su casa a jugar con su perro sin preguntas de su mamá. La maestra Tayde apareció en la puerta recriminándola con la mirada. Julia no bajó la vista y se pudo dar cuenta de que en el fondo no había dureza en sus ojos.

—Ella me empujó, todo el tiempo me están molestando.

—Caíste en la provocación, Julia.

—¿Pero sí sabe que siempre me están molestando?

—Sí, pero eso no te justifica. Vas a estar suspendida por tres días y vas a entregar un trabajo sobre la violencia tan extenso que no vas a tener tiempo de nada.

—Bueno, ¿pero puedo dejar de representar a la planilla?

—No. Vas a terminar lo que empezaste y bien.

Ya faltaban pocos días para el conteo de los votos y Julia estaba harta. Manuel ya casi ni la veía y cuando llegaba a sorprenderlo, se volteaba de inmediato. Eso ya no estaba resultando divertido.

Julia estaba estirando un limpiatipo, viendo los hilitos tan porosos que se formaban y tan suaves al aplastarlos, cuando recibió un papel arrugado de una de sus amigas. "A. O. y las de su salon estan aciendo papelitos en el salon de cantos y juegos". Julia, sin entender muy bien lo que pasaba, sospechando que no era nada bueno, pidió permiso para ir al baño. Subió las escaleras de preprimaria para poder asomarse al salón sin que fuera vista. Ahí estaban. Sentados

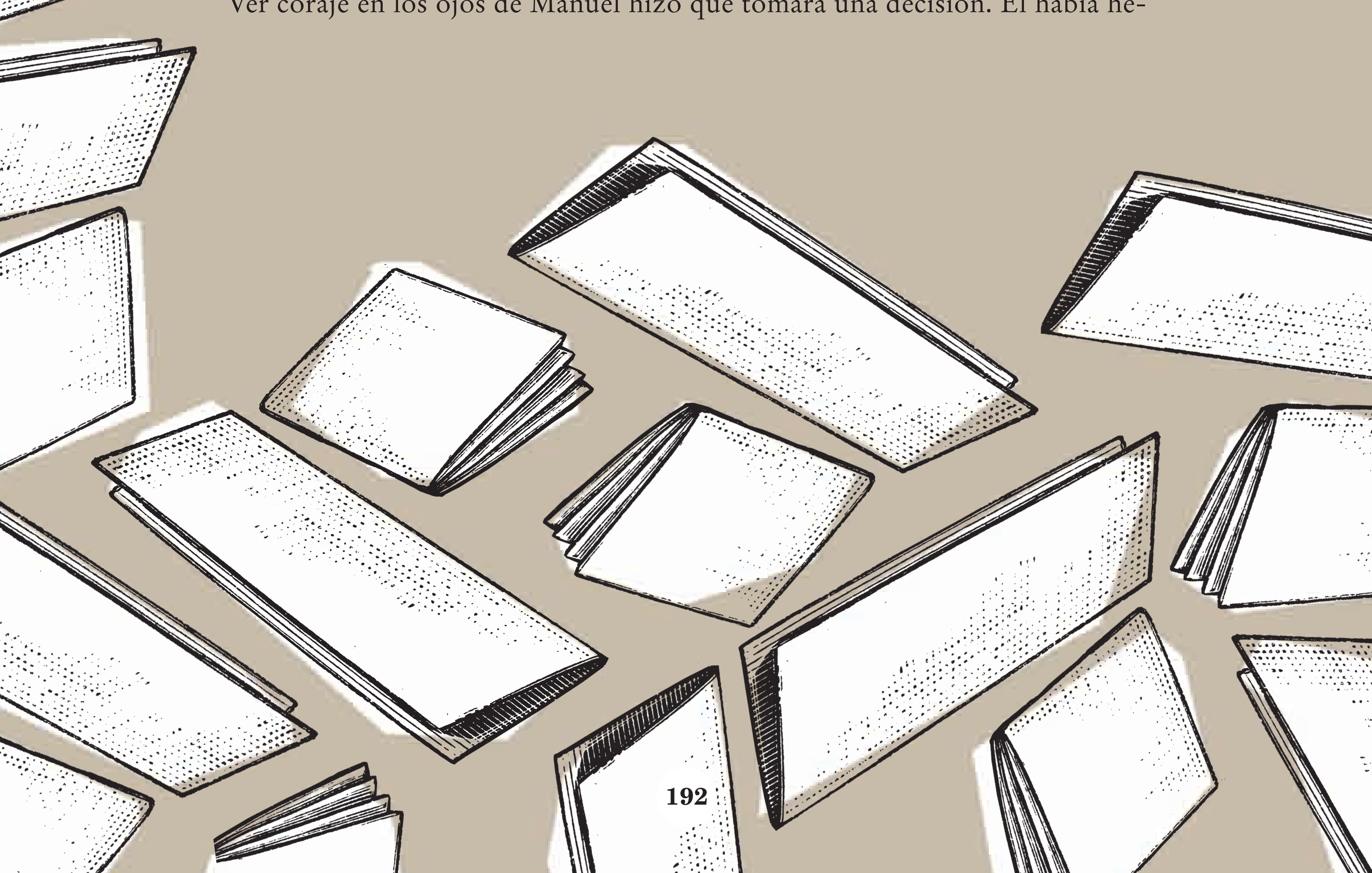


en ruedita recortando los papeles y poniéndoles el sello de la escuela, falsificando boletas de votación. A Julia le dieron ganas de llorar. No sólo Manuel estaba haciendo trampa, sino que la había traicionado. Varios niños de ambas planillas habían sido comisionados para hacerlas. Todo tenía que ser muy exacto: papel lustre morado de ocho por diez centímetros, escritos a máquina con los nombres de todos los representantes y el sello de la escuela. Seguramente habían comprado el papel en la tienda de *Los Chinos* porque la mayoría vivían en la colonia, pero sobre todo quién sabe cómo le habían hecho para conseguir el sello. Bajó las escaleras de preprimaria y se dirigió al baño por si acaso la veían no se dieran cuenta de donde venía. De repente sintió una punzada en el estómago: ¿Y si su mamá pensaba que ella era la que había hecho trampa? ¿Y la maestra Tayde? Julia siempre la había mirado con admiración y no sabía por qué pero creía que la maestra Tayde también veía en ella algo que le agradaba a pesar de todo. Sintió un alboroto en su estómago, como si sus tripas se estuvieran peleando. Tampoco se creía capaz de acusar a Manuel. A Susana Carreón sí, pero si la acusaba a ella, era lo mismo que acusarlo a él. Si

no lo hacía sería su cómplice, pero nadie tenía por qué saber lo que había visto, pero la que le había aventado el papelito lo podía decir, pero... muchos peros, demasiados peros. Lo único bueno que podía pasar era que la letra de la máquina de escribir que habían utilizado fuera distinta a la de la escuela y que eso los delatara. Iba caminando pensativa por el patio cuando su maestra le gritó desde arriba que se tardara todo lo que quisiera, que al fin y al cabo ya le iba a poner falta. Julia le gritó que no y se echó a correr escaleras arriba.

Todo el resto del día Julia estuvo inquieta, no sabía qué hacer. Le dolía que Manuel no hubiera pensado que también le estaba haciendo trampa a ella. Le dolía y le daba coraje al mismo tiempo. Julia se la pasó toda la tarde en el columpio del parque pensando. Si al día siguiente lo acusaba, ya nunca voltearía a verla, se enojaría con ella y la posibilidad de que algún día volvieran a ser novios quedaba reducida a nada. Y si no lo acusaba, podría ser que él se sintiera tan bien por haberle ganado que tal vez hasta le volvería a hablar... Eso era horrible. Así hasta le iba a caer gordo. Gordísimo. Lo podría odiar. Sólo el día que su perrita Dina se había perdido era tan triste como ése. Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre, quería llegar pronto a la escuela aunque no supiera todavía lo que iba a hacer.

Manuel estaba con Susana Carreón y las niñas ostión al lado de los bebederos cuando entró. La miraron todos al mismo tiempo. Algo había pasado. Ver coraje en los ojos de Manuel hizo que tomara una decisión. Él había he-



cho trampa y si no lo acusaba iba a ser su cómplice y además su cómplice para perjudicarla a ella. Pensándolo así, no se explicaba por qué había tardado tanto en decir lo que sabía. Iría en ese momento a hablar con la maestra Tayde. Pero entonces él ya nunca iba a ser su novio... No, no era tan fácil decidir.

Julia estaba en clase de matemáticas cuando una niña de su planilla de tercero llegó a decirle a la maestra que llamaban a Julia de la Dirección. La maestra Tayde estaba sentada en su escritorio y Manuel, Susana Carreón y las ostión.

—¿Qué pasó, Julia? —preguntó severamente la maestra.

—¿Con qué?

—Con las boletas de votación.

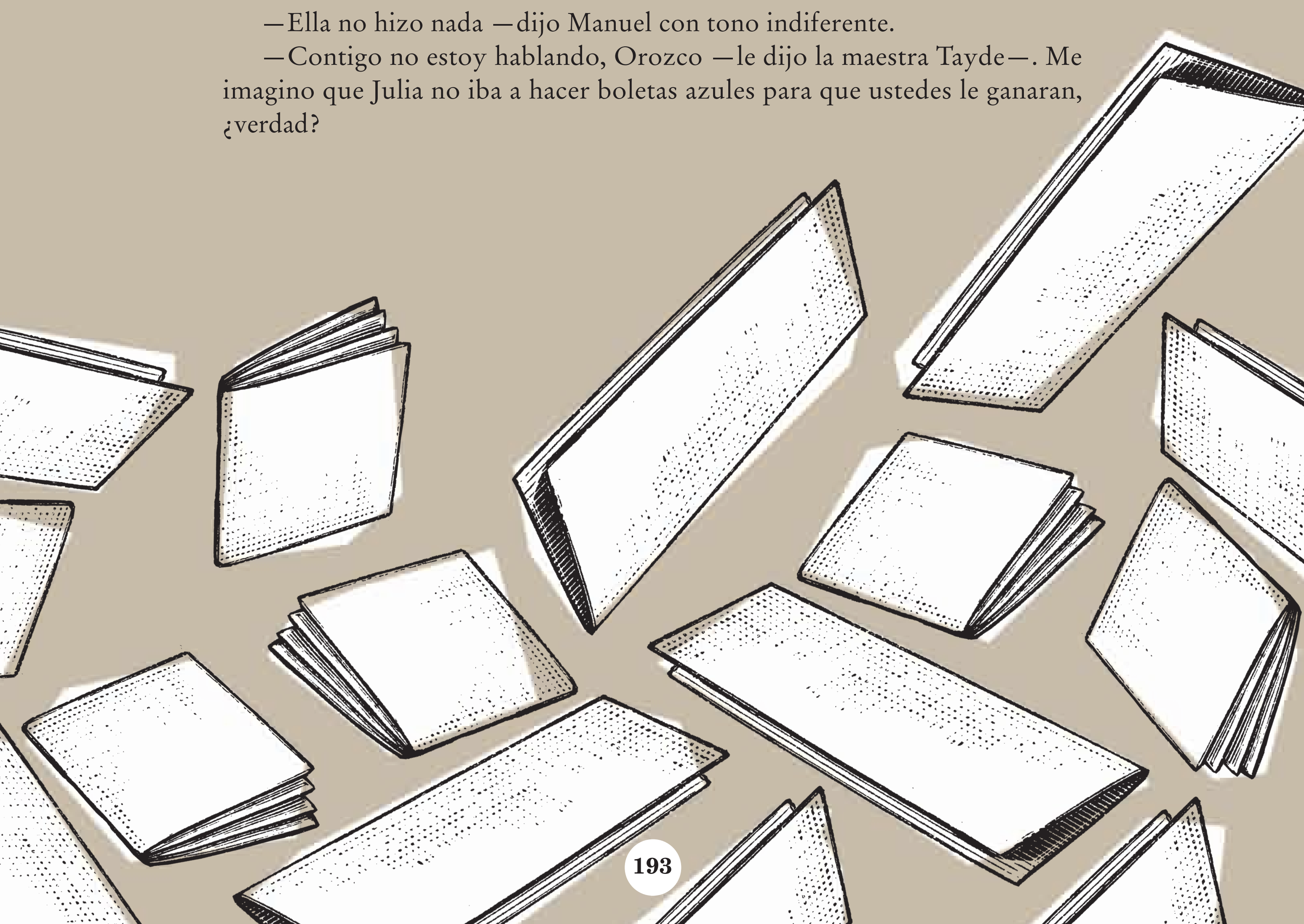
—¿Y por qué me pregunta a mí?

—No seas majadera. ¡Te estoy preguntando a ti porque tú sabes!

La maestra Tayde había perdido la compostura. Manuel estaba en su clásica actitud: los brazos cruzados al pecho y la cabeza ligeramente echada hacia atrás indolente, retador y no le quitaba la vista de encima como diciéndole que era una traidora.

—Ella no hizo nada —dijo Manuel con tono indiferente.

—Contigo no estoy hablando, Orozco —le dijo la maestra Tayde—. Me imagino que Julia no iba a hacer boletas azules para que ustedes le ganaran, ¿verdad?





—¿Entonces para qué la llamó? Ella no tiene nada que ver —repuso Manuel. La maestra Tayde estalló en cólera.

—Mira, jovencito, tú no tienes porqué cuestionar lo que hago o dejo de hacer. ¿Te queda claro? Lo que hiciste fue muy grave y aún así tienes el descaro de tener esa actitud.

Quién sabe qué tanto le siguió diciendo la directora a Manuel, Julia sólo pensaba en que seguía sin saber qué hacer. No quería que Manuel pensara que era una traidora, pero él ya la había traicionado, aunque ahora tratara de exculparla. Los ojos de Isabel Carreón eran cuchillos girando de coraje. Julia le sonrió para hacerla enojar más.

—Maestra Tayde —dijo Julia—, ¿me va a castigar por no haber dicho lo que sabía?

—Eso se llama complicidad. ¿Lo sabes, no?

—Sí, maestra.

—Pero a los soplones en las películas siempre los matan... —dijo Manuel entre dientes.

—¿Qué dices, Manuel? —preguntó la directora con los ojos brillosos, casi fuera de órbita.

—Que a los soplones no los quiere nadie. Entonces no ha de ser muy bueno, ¿no?

La maestra Tayde se salió de sus casillas. Le dijo que no sólo lo iba a expulsar definitivamente por lo del fraude, sino por irrespetuoso. Julia iba a ser expulsada una semana por no haber dicho lo que sabía. Pudo haberse defendido alegando que ella apenas se había enterado el día anterior, pero prefirió recibir el castigo sin decir nada. Al fin y al cabo, en el fondo, algo le decía que se lo merecía. Susana Carreón y las niñas ostión fueron expulsadas definitivamente.

Julia fue a recoger su mochila al salón soportando las miradas curiosas de sus compañeros. Sabían que había sido expulsada, pero no sabían por qué. Le dijo a la maestra en voz baja que había sido suspendida y salió.

Afuera, a media cuadra de la escuela, estaba Manuel esperándola. Ella caminó hacia él con el estómago tan alborotado que se le figuraba que se podía escuchar el relajo de sus tripas.

—Ojalá te hubiera acusado —le dijo Julia fingiendo más enojo del que sentía.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—No sé.



Muro
Información
Fotos
Notas
Amigos

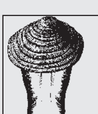
Amigos (420)

 Manuel Orozco

 Susana Carreón

 Saúl Ricalde

 Maestra Tayde

 La niña ostión

Julia Fernández Alva

Julia hubiera querido preguntarle muchas cosas, pero no dijo nada. Él tampoco. Ella fue sintiendo su mirada hasta que dobló la primera esquina.

Tuvieron que pasar treinta años para que Julia un día supiera de él en una red social. Lo encontró muy parecido al niño que recordaba. En la foto estaba con su hijo de la edad que él tenía cuando lo conoció. Estaban en un bosque nevado, él abrazaba a la que suponía era su esposa. Se veían como una familia feliz. A Julia le pareció de pronto que guardaba cierto parecido con ella. Desechó casi inmediatamente la idea. Se quedó pensativa, dudó si ponerse en contacto con él. No terminaba de sentirse a gusto en las redes sociales y decidió no hacerse presente. Pensó que esa nueva manera de relacionarse ya le había dado algo bueno porque había podido ver a Manuel una vez más. Aunque fuera en foto. Aunque hubieran pasado más de treinta años. Aunque fuera sólo una vez más.

Para comentar la lectura

Las lecturas que contiene este libro son una selección de diversos géneros: poesía, relato, fábula, textos informativos, refraneros populares, entre otros. De la experiencia de la lectura brotan nuevas inquietudes, ideas e interés por temas distintos. Su propósito es abrir una puerta al conocimiento, pero también ser un espacio de entretenimiento, disfrute y convivencia.

Así, una vez que compartieron las lecturas, reconocieron personajes, historias y objetos, y quizá se detuvieron especialmente en un detalle que captó su atención, a continuación les sugerimos algunas preguntas que serán útiles para continuar los comentarios sobre las lecturas. Estas preguntas y muchas otras, tantas como su imaginación proponga, les permitirán dialogar, enriquecer su lectura, atender a otros temas que tal vez en un principio pasaron desapercibidos y reafirmar aquellos que les eran familiares.

El Batallón de San Patricio (p.10) Carlos Alberto Reyes Tosqui	¿Quiénes eran los integrantes del Batallón de San Patricio? ¿Cuál fue la causa por la que luchaban? ¿Qué información tienes relacionada con la invasión americana de 1847?
Los sapos son pájaros que cantan (p. 15) Beatriz Espejo	¿Por qué al principe lo llamaron Xcambó? ¿Cómo ayudó el perico al príncipe Xcambó a encontrar el amor? ¿Qué imaginas que sucedió cuando Xcambó encontró a la princesa?
¡Avanza joven…avanza! (p. 24) Estela Maldonado Chávez	¿A qué se refiere la autora cuando dice que el joven debe atesorar su tiempo? ¿Qué quiere decir que para los jóvenes “el aula es su batalla”? ¿Qué te gustaría hacer cuando crezcas?
Las hadas (p. 27) Versión Aurora Consuelo Hernández	¿Cómo se representa el bien y el mal en el cuento? ¿Por qué premió el hada a la hermana menor?
Después de muertos, sólo flores (p. 30) Luis Guillermo Silva Rojas	¿A dónde se dirigía Óscar cuando se encontró a la anciana? ¿Por qué la anciana decidió dejarle a Óscar sus pertenencias?
El cuento chino de Cornelio (p. 35) José Gordon	¿Cuáles son las semejanzas entre el cuento de Murakami y la historia de Cornelio? ¿Por qué se separaron por segunda vez los muchachos del cuento de Murakami? ¿Cuál fue el dato que más llamó tu atención sobre la biografía de Murakami?
Primavera de papel (p. 42) Enrique Lepe García	¿Cómo se celebra en el pueblo de Quesería el Día de Muertos? ¿Cómo se celebra la tradición del día de muertos en el sur de la República Mexicana? ¿Qué tradiciones celebran en el lugar donde vives?
La luna de abril (p. 46) Miguel Ángel Pérez Rojas	¿Por qué no se celebró el Día del Niño en 2009? ¿Qué precauciones se tomaron para evitar el contagio del virus de la influenza? ¿En tu escuela qué medidas tomaron durante la epidemia de influenza?
El coyote hambriento, príncipe de Texcoco (p. 51) Edna Marisol Torres Olvera	¿Por qué Acolmiztli cambió su nombre a Nezahualcóyotl? ¿A qué dedicó su vida Nezahualcoyotl?
Lotería Nacional (p. 53) Luis Mario Moncada	¿Cómo fue el engaño que le hicieron el licenciado y la señora al protagonista? ¿Qué lección aprendió el muchacho engañado?
El mito de Atlatl (p. 60) Antonio Domínguez Hidalgo	¿Qué era el atlatl? ¿En qué consistía la ceremonia que se realizaba en la en la parte plana de la pirámide? ¿Qué representan los macehualli atlatl?
Agujereado colador (p. 64) Laura Martínez Belli	¿Por qué no aceptaba Beatriz los comentarios amables o de aliento? ¿Qué hizo el muchacho desconocido para ayudar a Beatriz? ¿Quién es el “agujereado colador”?
La monja roja (p. 70) Karolina Grissel Lara Ramírez	¿Qué hizo Elvia Carrillo Puerto? ¿Cómo era la participación social y política de la mujer en México antes de 1953? ¿Por qué es importante el voto para todos los ciudadanos?
Calaverita (p. 74) Francisco Hernández	¿Quién fue Mozart? ¿De sus obras más famosas cuáles conoces?
La recompensa de Nefru (p. 77) Enrique Serna	¿Qué se guarda en la tumba de los faraones? ¿Por qué Nefru no sabía leer? ¿Cómo pudo salvar Nefru a su familia de la ruina?
Rasgo de buen humor (p. 87) Manuel Acuña	¿A quién van dedicados estos versos? ¿Qué es lo que halagan los hombres a las mujeres?

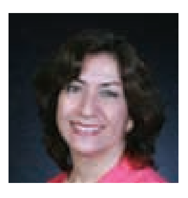
Antonio y los lectroides Púrpuras (una aventura extraterrestre) (p. 90) Pedro Ángel Palou García	¿Por qué los lectroides púrpuras van a buscar a Antonio? ¿Para qué se llevó ÑP-309 a Antonio a su planeta? ¿De qué otra manera te gustaría que terminara la historia?
Igual que ayer... (p. 100) Norma Guadalupe Ramírez Sanabria	¿Cuáles son los principales cambios que experimenta el personaje del cuento? Ahora que estás en 6°, ¿qué cambios has sentido?
Oda a las librerías de usado (p.102) Antonio Domínguez Hidalgo	¿Qué se vende en las librerías de usado? ¿Cuál es el libro que más te ha gustado?
La mujer que se casó con un mueble (p. 104) Marlene Guerin	¿Cómo era el carácter de la hermana antes de "casarse con el mueble"? ¿Estás de acuerdo con que al crecer se hacen cosas raras?, ¿cómo cuáles?
Héroe del equipo ecuestre (anécdota) (p. 108) Edna Marisol Torres Olvera	¿Por qué Humberto Mariles Cortés era considerado un héroe? ¿Por qué es importante conservar a alguien querido o importante en el recuerdo? ¿Conoces a algún otro héroe como Humberto?
Rita, la punk (p. 110) Sandra Lorenzano	¿Por qué a Rita la punk le gustaba llamar la atención? ¿Por qué se comunicaba Franc con Rita la punk a través de un poema? ¿Consideras que Rita la punk y Franc fueron valientes al salvar a los perros?, ¿por qué?
El fin del curso de verano (y el principio de una nueva vida) (p. 120) M. B. Brozon	¿En dónde pasarían la última semana del curso de verano? ¿Sabes cuáles son las medidas de precaución que debes tomar en caso de temblor?
Zazil (p. 126) Laura Martínez Belli	¿Qué ocurrió para que los aluxes dejaran de destruir la cosecha? ¿Por qué sólo algunas personas pueden ver a los aluxes? ¿Por qué Chiich se sorprendió menos que Zazil cuando se encontraron por primera vez?
La marimba y la luna (p. 131) Vivian Mansour Manzur	¿Qué es una marimba? ¿Para qué la mandaron hacer? ¿Cuál instrumento tocas o te gustaría tocar?
La prueba (p. 137) José Agustín Escamilla Viveros	¿Cómo era el cachorro en qué reencarnó el hombre viejo? ¿Cómo demostró el viejo amor por su familia?
Vuelo en-armónico (p. 143 y 144) Sergio M. Tenorio Sil	¿Quién narra en la primera parte y quién en la segunda? ¿Por qué el concierto fue inolvidable?
El Señor Embajador (p. 149) Beatriz Espejo	¿Cuáles son tus rutinas? ¿Qué hubieras hecho en el lugar del Señor Embajador ante el accidente de la gaviota? ¿Qué opinas de los cuidados que le prodigó la gaviota a su cría cuando se cayó?
Las tres "r" (p. 153) Ximena Sifuentes Mar	Propón una acción por cada r. ¿cómo puedes reconocer un desecho orgánico?
Autobiografía veloz (p. 157) Francisco Hinojosa	¿Por qué son importantes para el autor el juego y el humor? ¿Cómo comenzó su amor por los libros? ¿Qué consiguió el autor con la lectura?
Nicolás Tesla, el inventor (p. 162) Carlos Chimal	¿Cuál fue la principal aportación de Nicolás Tesla? ¿Cómo te imaginas la vida en el siglo XIX? ¿Cómo sería la vida actual si no existiera la luz eléctrica?
Un día de noviembre (p. 169) Javier Malpica	¿Qué hacía María cuando iba a las vías del tren? ¿Qué le ocurrió al papá de María cuando viajó en el tren?
La mudanza (p. 174) Elsa Cross	¿Para ti cuál es el valor de la amistad? ¿Por qué Esteban y la narradora eran buenos amigos? ¿Cómo ocurrió que dejaran de ser buenos amigos?
Diez consejos para evitar un incendio (p. 178) Bárbara Atilano Luna	¿Cómo evitarías un incendio? ¿Cómo sabes a quién debes dirigirte cuando tengas una emergencia?
Lejano San Javier (p. 180) Inegi	¿Cuál es la función de un entrevistador del Inegi? ¿Dónde se localiza la población de San Javier? ¿Cuáles son los principales aspectos sobre los que platicaron para cada pregunta del cuestionario del censo?
Julia y Manuel (p. 186) Carmina Narro	¿Cómo se hubieran resuelto los conflictos de forma no violenta? ¿Por qué Julia y Manuel no son capaces de tener una relación sin violencia? ¿Por qué Julia no quiso establecer contacto con Manuel utilizando la red social?

Acerca de los autores

Cada uno de los autores de tu *Libro de lecturas* ha puesto su imaginación y talento para que logres entrar a esos anhelados mundos de aventura, diversión y fantasía. Gracias a los textos que escribieron pensando en ti, podrás conservar, ampliar o alimentar tu gusto por la lectura. ¡Te invitamos a conocerlos!



Antonio Domínguez Hidalgo. Profesor de educación primaria, maestro en Lengua y Literatura Españolas, doctor en Pedagogía, diplomado en Lenguaje y Literatura, especializado en lingüística y semiótica. Nació en la Ciudad de México en 1944. Sus estudios los hizo en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros, en la Escuela Normal Superior de México y en el extranjero. Ha escrito hasta la fecha más de 190 libros. Es catedrático de la Escuela Normal Superior de México desde 1967. Con ese carácter participa como asesor en la DGME en la revisión de los libros de texto gratuitos de Español para la educación primaria.



Aurora Consuelo Hernández Hernández. Catedrática formadora de docentes por la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños. Se ha desempeñado como jefa del departamento de Calidad de la Educación (INEA), investigadora científica, en la Dirección General Adjunta de Contenidos y Métodos Educativos, coautora de *Mi cuaderno de trabajo*, nivel preescolar (SEP, 1982), coautora del *Libro para el maestro*, 2º grado de educación primaria (1981), coautora de los libros de texto de los seis grados de Español, primaria, 2010.



Bárbara Atilano Luna Estudió la licenciatura en Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha participado en la elaboración de las Guías articuladoras de apoyo a la docencia, así como en la revisión técnico-pedagógica del libro Prevención de la violencia y perspectiva de género para educación primaria, editado por la SEP en colaboración con el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM. Actualmente estudia la maestría en Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad.



Beatriz Espejo. Originaria de Veracruz, es maestra y doctora en Letras Hispánicas por la UNAM. Fundó y dirigió la revista *El Rehilete* (1961-1971). Ha sido conferencista en diversas ciudades del país y del extranjero. Su primera colección de textos breves *La otra hermana* (1958) apareció como el número uno de los ya célebres Cuadernos del Unicornio que editaba Juan José Arreola. Posteriormente escribió *Biografía de Leonardo Da Vinci* (1967), por encargo de José Revueltas. Es investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas y maestra de posgrado y licenciatura en la UNAM. Recibió el Premio Universidad Nacional en el rubro de Excelencia Artística y Difusión de la Cultura (2008), la Medalla Bellas Artes (2009) y la Medalla Jaime Sabines (2011).



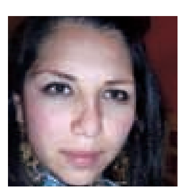
Carlos Alberto Reyes Tosqui. Nació en la Ciudad de México, en 1967. Estudió la licenciatura en Historia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la maestría en Humanidades en la Universidad Autónoma Metropolitana, y actualmente estudia el doctorado en Historia en la UAM-Iztapalapa. Fue jefe de departamento en la Dirección General de Materiales Educativos por 13 años, durante los cuales fue autor de 10 materiales educativos para educación primaria y secundaria, entre los que se encuentran los Libros de Texto Gratuitos de Historia de la RIEB.



Carlos Chimal. Novelista y escritor científico mexicano. Hizo estudios de Química y de Lengua y Literatura Hispánicas, ambas en la UNAM. Fue becario del INBA bajo la tutoría de Augusto Monterroso. Como escritor científico fue becario del Consejo Británico en la Universidad de Cambridge. Forma parte del grupo de escritores científicos adscritos al CERN en Ginebra, así como del Instituto de Astrofísica de Canarias. Ha sido tres veces becario del Hawthornden Castle for Writers, en Escocia.

También ha sido becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Carmina Narro. Dramaturga, directora de escena, cuentista y guionista. Nació en Sinaloa, México. Egresada del Núcleo de Estudios Teatrales (NET) con Héctor Mendoza. Estudió dramaturgia en el taller de Hugo Argüelles y análisis teatral con Vicente Leñero; dirección de escena con Juan José Gurrola, de quien fue asistente de dirección. A los 22 años escribió y dirigió su primera obra: *Recuerdos de Bruces*, con la que ganó el premio Salvador Novo de la UCCT, en 1992. Obtuvo el premio Bravo a la mejor comedia del año, en 1996, por su obra *Credencial de escritor*. En 2005, estrenó en Nueva York el libreto de su ópera *Loveless (La ópera del desamor)* con música de Jorge Sosa, y su obra *Round de sombras* con actores del Actors Studio y músicos del Mannes College of Music de la New School University.



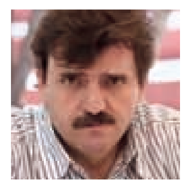
Edna Marisol Torres Olvera. Licenciada en Pedagogía egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Durante el 2008 y 2009 desarrolló actividades relacionadas con la investigación educativa como becaria en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM. Actualmente proporciona asesoría pedagógica en la Dirección General de Materiales Educativos de la SEP.



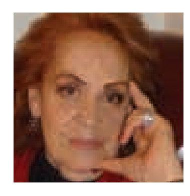
Elsa Cross. Poeta mexicana nacida en 1946. Tiene maestría y doctorado en Filosofía por la UNAM, donde es profesora titular de Filosofía de la religión, además es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Ha publicado veintidós libros de poemas. Los más recientes son: El vino de las cosas (2005), Bomarzo (2009) y Nadir (2010). También es autora de los libros para niños El himno de las ranas (1992) y Tía Chita y Jerónimo (2006). Entre los premios que ha recibido se encuentran: Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1989), Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1992), Premio Xavier Villaurrutia (2007) y Premio Roger Caillois para autores latinoamericanos (París, 2010).



Enrique Lepe García. Originario de Colima, México. Estudió en la Normal de Maestros de Ciudad Guzmán, Jalisco. Es licenciado en Educación Media con especialidad en Lengua y Literatura Españolas y cursó la maestría en Investigación Educativa en la Universidad de Colima. Ha trabajado como profesor de educación primaria y maestro de español en la educación secundaria de 1986 a 2001. De 1996 a la fecha ha impartido cursos y talleres de actualización a maestros de educación básica en el ámbito de la enseñanza del español, temas especializados en el lenguaje y en la formación de lectores.



Enrique Serna. Narrador y ensayista nacido en la Ciudad de México. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado las novelas *Uno soñaba que era rey* (1989), *Señorita México* (1991), *El miedo a los animales (*1995), *El seductor de la patria* (1999), *Ángeles del abismo* (2003), *Fruta verde (2006)* y *La sangre erguida (2010);* los libros de cuentos *Amores de segunda mano* (1991) y *El orgasmógrafo* (2001); y las colecciones de ensayos *Las caricaturas me hacen llorar* (1996) y *Giros negros* (2008). Ha ganado el premio Mazatlán de Literatura, el Premio de Narrativa Colima y el Premio Antonin Artaud. Sus libros se han traducido al francés, al italiano, inglés y portugués.



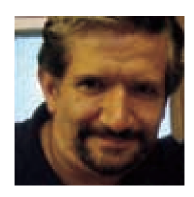
Estela Maldonado Chávez. Nació en la Ciudad de México, en 1933. Egresada de la Escuela Normal de Maestros en la Generación (1951). Es miembro fundadora, en 1968, del Sistema Nacional de Enseñanza Secundaria por Televisión, ahora Telesecundaria. Profesora de Español y de Enseñanza Secundaria por Televisión. Se ha desempeñado como profesora en el Instituto Politécnico Nacional, y durante veinte años como directora general en el Colegio Israelita "Beth Yaacov". Escribe poesía infantil y colabora actualmente en la DGME, como revisora técnico pedagógica de los libros de texto.



Francisco Hernández. Poeta mexicano nacido en San Andrés Tuxtla, Veracruz, en 1946. Es una de las voces representativas de la nueva poesía mexicana. Su poesía es muy versátil y maneja con igual vigor los temas sensuales, el humor negro y la añoranza. En 1982 obtuvo el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes, en 1993 el Premio Carlos Pellicer por obra publicada, y en 1994 el Premio Xavier Villaurrutia. Actualmente es becario del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fonca. Foto: Sofía Hernández



Francisco Hinojosa. Nació en la Ciudad de México, el 28 de febrero de 1954. Poeta, narrador y editor. Estudió la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Una gran parte de su obra ha sido dedicada a la literatura para niños y jóvenes. Ha impartido talleres de literatura infantil en distintos países. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *A golpe de calcetín, Cuando los ratones se daban la gran vida*, *Aníbal y Melquíades, Amadís de anis... amadís de codorniz* y *La peor señora del mundo.*



Javier Malpica. Nació en la ciudad de México en 1965. Después de estudiar la licenciatura en Física, realizó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sogem. Ha escrito más de diez dramas (varios en coautoría con su hermano Antonio), la mayor parte de ellos han sido llevados a escena. Entre sus obras destacan: *Cartas en el asunto, El último viaje, Papá está en la Atlántida.* Ha recibido varios premios y reconocimientos en literatura infantil.



José Agustín Escamilla Viveros. Nació en la Ciudad de México en 1960. Cursó la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva en la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde 1990 comenzó a trabajar en el ámbito editorial cuando ingresó como corrector de estilo y ortotipográfico en el *Semanario Punto.* También trabajó en Limusa, Pearson Educación de México, entre otras editoriales. Desde 1996 trabaja como editor en la DGME de la Secretaría de Educación Pública.

José Gordón. Novelista, escritor de ensayos y traductor. Es autor, entre otros libros, de *Tocar lo invisible*, *El libro del destino*, *El novelista miope y la poeta hindú*. Junto con Guadalupe Alonso escribió el libro *Revelado instantáneo, las claves de la memoria*, un registro de sus conversaciones con algunos de los creadores sobresalientes de nuestro tiempos, entre ellos, Elie Wiesel, Nadine Gordimer, Juan Goytisolo, Pierre Alechinsky, Philip Glass y Yehuda Amijai. Actualmente escribe la columna de ciencia y arte en la *Revista de la Universidad*, espacio en donde también publica sus entrevistas. Escribe y conduce una serie de cápsulas televisivas llamadas *Imaginantes,* ganadora en NewYork Film Festival.



Karolina Grissel Lara Ramírez. Egresada de la licenciatura en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha impartido clases en preescolar y participado en la elaboración de Guías articuladoras de apoyo a la docencia, así como en la revisión técnico-pedagógica del libro *Prevención de la violencia y perspectiva de género para preescolar y primaria*, editado por la SEP y el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM. Actualmente colabora en la evaluación de materiales educativos para primaria y secundaria.

Laura Martínez Belli. Originaria de España. Estudió Ciencias de la Información e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid, y en 1995 se trasladó a México donde continuó sus estudios en la Universidad Iberoamericana. En 1998, regresó a España y colaboró en instituciones dedicadas a la protección del patrimonio artístico, hasta que en 2004 retornó a México, donde estableció su residencia. En 2007 publicó su primera novela titulada *Por si no te vuelvo a ver*, a la que le siguió *El ladrón de cálices* que se convirtió en un éxito de ventas.



Luis Guillermo Silva Rojas. Estudió Comunicación en la UNAM y Música (piano y dirección de orquesta) en el Conservatorio Nacional de Música. Ha sido coordinador de medios en diversas campañas políticas. También se ha desempeñado como locutor de radio, y actualmente es productor y conductor independiente de radio en un sitio electrónico con un programa semanal.

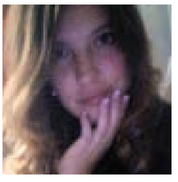


Luis Mario Moncada Gil. Actor, escritor dramático, investigador y docente originario de Hermosillo, Sonora. Egresado con mención honorífica de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro de la UNAM. Como actor ha participado en *Los negros pájaros del adiós* (1999), *Hans Quehans, las opiniones de un payaso* (2000) y más recientemente *Mamut o la prehistoria del sexo* (2009). Ha sido titular del Centro Nacional de Investigación Teatral "Rodolfo Usigli" (citru), de la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM, coordinador del Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y durante siete años fue director del Centro Cultural Helénico.



M. B. Brozon. Narradora y guionista de cine y radio. Nació en la Ciudad de México en 1970. Es egresada de la carrera de Comunicación por la Universidad Iberoamericana. Ha estudiado varios diplomados de creación literaria en la Escuela de Escritores de la Sogem, de donde es actualmente consejera adjunta de la rama de literatura. Ha escrito libros de narrativa para niños, como *Memorias de un amigo casi verdadero* (2008); *El vértigo* (2006); *Alguien en la ventana* (2006); *Historia sobre un corazón roto… y tal vez un par de colmillos* (2002); *Un ángel en la azotea y otros cuentos de Navidad* (1999) y *Cuentos de monstruos para niños* (1999). Foto: Salvador Castañeda, CNL-INBA

Manuel Acuña (1849-1873) Poeta y dramaturgo considerado uno de los más destacados y característicos representantes del romanticismo mexicano. Es conocido también por su faceta de político y periodista de ideas liberales y positivistas.



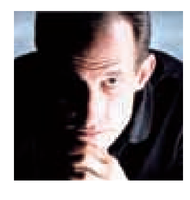
Marlene Guerin. Nació en la Cuidad de México. Estudió cine en la Asociación Mexicana de Cineastas Independientes (AMCI) y se tituló de la carrera de Comunicación con el subsistema de Cine en la Universidad Iberoamericana. Su cortometraje *Ergo, te amo* fue el ganador del Premio del Jurado en Quickflick Film Festival Junio 2009, que a su vez fue seleccionado por Quickflick World para mostrarlo en diez cuidades, incluyendo Tokyo, Londres, Buenos Aires, Sao Paulo, Berlín, Barcelona, Nueva York, Mumbai y Beijing. Actualmente trabaja en la preproducción de un largometraje escrito por ella.



Miguel Ángel Pérez Rojas. Nació en la Ciudad de México el 10 de diciembre de 1994. En primer grado de primaria fue diagnosticado con trastorno por déficit de atención e hiperactividad, por lo que recibió apoyo a través de la música y la lectura. Actualmente estudia música y el primer año de bachillerato.



Norma Guadalupe Ramírez Sanabria. Licenciada en Pedagogía, egresada de la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde hace tres años participa en la Dirección General de Materiales Educativos como revisora técnico pedagógica para la asignatura de Español. Actualmente se desempeña como docente en la escuela Primaria María Patiño Vda. de Olmedo de la Ciudad de México.

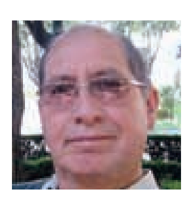


Pedro Ángel Palou García. Escritor mexicano nacido en la ciudad de Puebla. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, maestro en Ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, doctor en Ciencias Sociales por El Colegió de Michoacán. Es autor de novelas, ensayos literarios, crónicas históricas, y se le reconoce como miembro de la generación del *crack*, junto con Ignacio Padilla y Jorge Volpi. Algunos de sus libros son: *Con la*

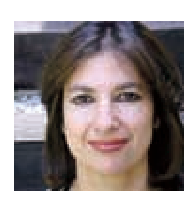
muerte en los puños, *Quien dice sombra*, *Zapata* (2006), *Morelos: morir es nada* (2007), *Pobre patria mía*, *La profundidad de la piel* (2010).



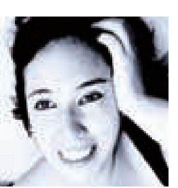
Sandra Lorenzano. Escritora y crítica literaria. Doctora en Letras (UNAM), especialista en arte y literatura latinoamericanos. Fue durante diez años miembro del Sistema Nacional de Investigadores, y actualmente lo es del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Es vicerrectora académica de la Universidad del Claustro de Sor Juana, donde fundó y dirige el Programa de Escritura Creativa. Creó y conduce el primer taller literario radiofónico de México: "En busca del cuento perdido", que se transmite semanalmente por varias estaciones del Instituto Mexicano de la Radio.



Sergio M. Tenorio Sil. Arquitecto egresado de la FES Acatlán UNAM. Ha cursado estudios de cuento y ensayo en la Casa del Lago. Actualmente realiza estudios de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



Vivian Mansour Manzur. Es una reconocida autora de literatura infantil, entre los cuales destacan *Fuiste tú* y *El enmascarado de lata*, *Ladridos en el infinito, El peinado de la tía Chofi, La gran huida, La vida útil de Pillo Polilla,* novela juvenil ganadora del Premio de Literatura Infantil y Juvenil 1995, y *Familias familiares*, novela juvenil ganadora del certamen A la Orilla del Viento (1997) del Fondo de Cultura Económica.



Ximena Sifuentes Mar. Estudió la preparatoria agrícola en la Universidad Autónoma de Chapingo, ha participado en diferentes actividades dirigidas a la concientización ambiental y ecológica como: el Pepenafest, organizado por el Gobierno del Distrito Federal, la Secretariía del Medio Ambiente y algunas ONG, reforestación en una comunidad mazahua del Estado de México organizada por la ONG Manos a la tierra y talleres de vinculación estudiantil en los estados de Oaxaca, Veracruz y Chihuahua. Actualmente estudia la licenciatura en Agronomía en la Universidad Autónoma Metropolitana.

Estándares nacionales de habilidad lectora

El desarrollo de la habilidad lectora es determinante para afinar las competencias en todas las áreas del conocimiento, tanto en la escuela como en otros ámbitos de la vida. Mediante la lectura se desarrollan las capacidades de observación, atención, concentración, análisis y pensamiento crítico. No menos importante es la cualidad de la lectura de ser un espacio para la diversión y para satisfacer la curiosidad sobre innumerables temas de interés.

Para que el acto de lectura ocurra a plenitud se requieren dos procesos: en un primer nivel, la decodificación de las palabras; en un segundo nivel, la comprensión del significado del texto. El lector deber ser capaz de entender y reflexionar sobre lo que lee.

En este sentido, la Secretaría de Educación Pública pone a disposición de quienes acompañan a los niños en el desarrollo de su habilidad lectora determinados estándares que establecen el número de palabras por minuto que se espera que los alumnos de educación básica puedan leer en voz alta al terminar el grado escolar que cursan. Tales estándares no pretenden forzar a los niños a alcanzar los valores máximos, sino darles seguimiento y parámetros de referencia que los respalde en el proceso de mejora constante.

Nivel	Grado	Palabras leídas por minuto
Primaria	1º	35 a 59
	2º	60 a 84
	3º	85 a 99
	4º	100 a 114
	5º	115 a 124
	6º	125 a 134
Secundaria	1º	135 a 144
	2º	145 a 154
	3º	155 a 169

En el acompañamiento de los niños en el desarrollo de su habilidad lectora, usted puede jugar un papel muy importante. Éstas son algunas sugerencias:

1. Lea en voz alta los primeros cinco minutos, para que su lectura sirva de modelo (si usted no sabe leer, entonces es de gran utilidad que escuche al niño cuando él lea).
2. Invite al niño a que lea en voz alta los siguientes diez minutos.
3. Al finalizar la lectura, platique con él sobre lo que leyeron, acerca de sus reflexiones e inquietudes que les generó la lectura.
4. Revise con el niño las palabras que omitió o que se le dificultaron al momento de leerlas.

Conviene que por lo menos cada ocho días cuente las palabras que lee el niño en un minuto y lleve un registro para observar su avance.

¿Qué opinas de tu libro?

Tu opinión es importante para que podamos mejorar este *Libro de lecturas. Sexto grado*. Anota una palomita (✓) en el cuadro que corresponda a tu preferencia.

	Mucho	Regular	Poco
Me gusta mi libro	☐	☐	☐
Entendí las lecturas	☐	☐	☐
Me gustan las imágenes que aparecen en el libro	☐	☐	☐

Escribe los títulos de los tres textos que más te hayan gustado.

____

____

____

Escribe los títulos de los tres textos que no te hayan gustado.

____

____

____

¡Gracias por tu participación!



SEP

DIRECCIÓN GENERAL DE MATERIALES EDUCATIVOS
Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos
Versalles 49, tercer piso, Col. Juárez,
Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06600,
México, D.F.

Datos generales

Entidad: ______________________________

Escuela: ______________________________

Turno: Matutino ☐ Vespertino ☐ Escuela de tiempo completo ☐

Nombre del alumno: ______________________________

Domicilio del alumno: ______________________________

Grado: ______________

Referencias iconográficas

Para la publicación de este *Libro de lecturas. Sexto grado* de primaria, decidimos recurrir a la obra de litógrafos y grabadores para dar a conocer a las nuevas generaciones las técnicas utilizadas en este tipo de propuesta plástica. Las obras aquí publicadas están protegidas por las leyes de derechos de autor y su reproducción en este libro ha sido con fines educativos.

Busch, Wilhlem, *Sammlung mit Max und Moritz*, Brawn & Sdneider, Múnich.

Catálogo ilustrado de ferretería, México, sin datos.

Consolidated Dental Manufacturing Company. Illustrated and Descriptive Catalogue, Nueva York, Consolidated Dental Manufacturing Company, 1899.

Enciclopedia Ilustrada Seguí. Diccionario Universal, Barcelona, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, 3 tomos, 1943.

Estrin, Michael, *2,000 Designs. Forms and Ornaments*, Nueva York, WM Penn Publishing, 1947.

Figuier, Louis, *Le Savant du Foyer. Ou Notions Scientifiques Sur les Objects Usuels de la Vie*, París, Librairie de L. Hachette et Cie, 1864.

George, Ross F., *Arte de hacer carteles a pluma o pincel*, Pensilvania, Hunt Pen Company, 1952.

Grabado de la primera imprenta en México, 1534 (primera en el continente americano), © Other Images.

Guptill, Arthur L., *Drawing Whith Pen and Ink and a Word Concerning the Brush*, Nueva York, The Pencil Points Press, 1930.

Handbook of Designs and Motif, Nueva York, Tudor Publishing Company, 1950.

Harter, Jim, *Animal. 1914 Copyright-Free Illustrations*, Nueva York, Dover Publications, 1979.

Harter, Jim, *Hands. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Men. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, DoverPublications, 1980.

Harter, Jim, *Women. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1982.

La sagrada biblia, trad. de D. Felipe Scio, Barcelona, Grande establecimiento tipográfico editorial de Ramón Molinas, 2 tomos, 1865.

Lehner, Ernst, *Symbols, Signs and Signets*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

Mendenhall, John, *Scan this Book Two*, Nueva York, Art Direction Book Company, 1996.

Nessbitt, Alexander, *200 Decoratives Title–Pages. An Anthology of Copyright-Free Illustrations for Artists and Desingners*, Nueva York, Dover Publications, 1992.

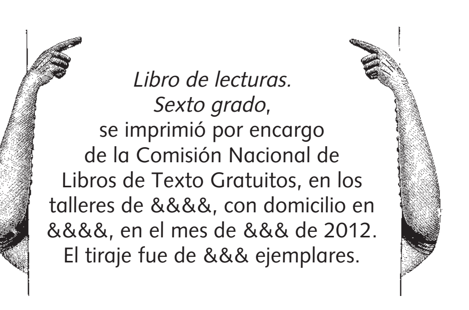
Olian, Joanne, *Children´s Fashions 1860-1912. Designs from "La Mode Illustrée"*, Nueva York, Dover Publications, 1944.

Quinn, Gerard, The Clip Art Book, Nueva York, Crescent Book, 1990.

Saunders, J. B. de C. M. y Charles D. O'Malley, *The Illustrations from the Works of Andreas Versalius of Brussels*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

The Defiance Machine Works, Catalogue 194, Ohio, Defiance, 1850.

Webster´s New International Dictionary, 2a. ed., Springfield, Merriam Company Publishers, 1953.



Libro de lecturas.
Sexto grado,
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de
Libros de Texto Gratuitos, en los
talleres de &&&&, con domicilio en
&&&&, en el mes de &&& de 2012.
El tiraje fue de &&& ejemplares.


BASURA
30
ABRIL
¡NUNCA MÁS!